

COLMENARES
SELENIA

SELENIA.

SELENTIA.

SELENIA.

VIAJE CIENTÍFICO RECREATIVO DE DESCUBRIMIENTOS
EN EL CIELO AUSTRAL, VERIFICADO POR LA FAMILIA S'LAY,
REDACTADO EN VISTA DE
LAS NOTAS DEL MISMO DOCTOR HARRY S'LAY,
Y ORIGINAL POR

D. AURELIANO COLMENARES.

MADRID.—1873.
IMPRESA A CARGO DE JUAN INIESTA,
Hortaleza, 128.

SERIES

MADE IN THE UNITED STATES OF AMERICA
BY THE UNITED STATES GOVERNMENT
FOR THE UNITED STATES GOVERNMENT
WASHINGTON, D. C.
1917

U. S. GOVERNMENT PRINTING OFFICE

MADE IN THE UNITED STATES OF AMERICA

BY THE UNITED STATES GOVERNMENT

WASHINGTON, D. C.

A MIS QUERIDOS PADRES.

No es un libro de creaciones puramente novelescas el que, como un testimonio público de agradecimiento, de veneración y de afecto os ofrezco con tan buena voluntad como grandes son mis aspiraciones; hay en él ideas científicas, si bien es verdad que ofrecen un lado pintoresco más accesible que los otros á la imaginación, y tras de el cual nos arrastramos por esa inclinación que tenemos siempre á lo bello y que nos trasporta como en sueños hácia lo desconocido.

Mi SELENIA es solo un pobre trabajo científico, un ligero estudio en que la verdad, la ciencia física del planeta se halla amenizada un tanto con la novela, con lo maravilloso, lo sublime, lo ideal. Es un viaje puramente imaginario que os dedico con el alma llena de risueñas esperanzas, de doradas ilusiones.

Y vosotros, de quien he recibido las primeras lecciones de amor, de religión en el santuario de vuestro hogar, á quien debo el haber comprendido lo infinito del poder de Dios, lo infinito de su sabiduría, lo infinito de su bondad. Vosotros, que habeis sido los primeros en fortalecer mi imaginación con el estudio á costa de inmensos sacrificios y constantes desvelos que nunca sabré cómo pagar. Vosotros, en fin, que habeis rasgado el velo que oscurecía mi imaginación, recibid este pequeño homenaje de gratitud y reconocimiento, este humilde trabajo; primer fruto de mi estudio, de mis constantes vigiliass, de mi escaso ingenio; con tan buena voluntad como os lo ofrece vuestro amante hijo

AURELIANO.

CAPITULO PRIMERO.

«*The Illustrated London news.*»—El discurso de
Harry S'lay.—Cinco mil libras esterlinas.—Harry
S'lay Sessy.—Un amigo del doctor.—Convencido.
—Ocho dias despues.

Es el 11 de Febrero de 1868.

Rayaba el primer cuarto de noche y la luna, con
sus pálidos rayos, alumbraba débilmente, amortiguando
los lánguidos destellos de los faroles.

En todas las calles de Lóndres se oía vociferar el
The illustrated London news, cuyas columnas ocu-
paban un estenso y erudito artículo. Todos los círcu-
los aristocráticos se ocupaban de una de las más atre-
vidas concepciones del pensamiento humano.

Los cafés se hallaban de bote en bote, las calles in-
terceptadas por multitud de corrillos en que se discu-
tia acaloradamente.

Los mismos miembros de la *Royal geographical so-
ciety of London*, se apresuraban á ocupar su puesto
bajo la presidencia de sir John Milton.

En todas las bocas, desde el obrero hasta el *gentleman*
aristocrático se hallaba el nombre de este sabio y del
proyecto tan diabólico que acababa de concebir.

Bajo los faroles de las calles se hallaba pegado el

número del día de el *Illustrated London news*, siendo el objeto de la curiosidad de los transeuntes una exposición íntegramente inserta en sus columnas, y que el doctor Harry S'lay habia tenido el alto honor de colocar en manos de S. M. la reina británica.

Decía así:

«Señora: Sin duda mi descubrimiento hallará en esa digna Sociedad bastantes incrédulos hoy, celosos mañana, que al fin de nuestra penosa tarea vea coronados mis esfuerzos.

«Debo contar con contradicciones, con toda suerte de ataques, lo sé; pero felizmente, todo lo que se dirá acerca de nosotros en vuestra sociedad, no atormentará mucho á el que tiene el honor de ofrecer á la Inglaterra entera, que ha marchado siempre á la cabeza de las naciones, la intrepidez de un nuevo viaje en la peligrosa vía de los descubrimientos geográficos. Se harán razonamientos sin fin, para probar que no podemos ver lo que cada noche estamos viendo: las conjeturas irán más lejos que el poder de nuestras observaciones, pero al fin vendrá á declarársenos la razón. Para ello poseo un precioso talisman.» Señora, una máquina-locomotora aérea; un globo de forma extraña que se elevará hasta ese mundo desconocido hasta hora, pero que en lo sucesivo no lo será, si todos desean ver en mí lo que siempre he sido, un observador constante y verídico.—Señora, el que tiene la alta honra de poner en manos de V. M. el resultado de sus pacientes observaciones sobre la pluralidad de los mundos habitados, siguiendo con avidez los descubrimientos que han señalado el primer tercio del siglo XIX, ambiciona la gloria de ver á su patria elevarse más y más en esa peligrosa vía de los descubrimientos humanos. Para ello ha pasado incesantemente horas enteras de vigilia, estudio y meditacion con la esperanza de lograr ese día ser de alguna utilidad á su país: discutia mis planes, ordenaba mis ideas y

mis proyectos, cimentándolos en la constancia, en el estudio, en la ciencia y el tiempo. La idea existía, faltaba su prodigioso desarrollo y hé aquí coronadas hoy mis ambiciones, mis deseos; para ello poseo una preciosa máquina motora-aérea, un globo, pero un globo *ad hoc* que podrá elevarse algunas millas más sobre la multitud de mundos que pueblan el espacio en ese *cielo Austral* cuyos misterios intento conocer; si lo logro, no desmentiré á mis constantes desvelos; si esta tentativa tiene buen éxito, completará mis deseos y pondrá á la disposicion de V. M. los misteriosos conocimientos de lo que hasta ahora no hemos podido ver; si fracasara, la historia podrá consignarla en sus páginas de oro como una de las más atrevidas concepciones de la ciencia por el género humano.—Lóndres, 11 de Febrero de 1868.—*Harry S'lay*.

Tal era la exposicion cuyo contenido era el objeto de todas las conversaciones en todas las bocas y en todos los círculos.

Este sábio habia dicho:

En las épocas remotas, el hombre, viviendo en el seno de la ignorancia, no tuvo contrapeso alguno á su orgullo. Creía el universo creado para sí; su *pequeña* tierra, un grano de arena: un átomo de ligero polvo le parecia un mundo sometido á una misma ley, siempre diaria, constante é invariable; creía que el centro del mundo se hallaba dentro de lo que su vista podia abarcar, en lo que su mano podia palpar: era como una máquina, una palanca cuyos movimientos de atraccion y repulsion siempre son los mismos, siempre dan los mismos resultados. El sol, un millon trescientos veinte y seis mil cuatrocientas ochenta veces mayor que nuestro planeta, y aquellos millares de estrellas que pueblan la inmensidad del cielo, y que son otros tantos soles que atraen á sí otras tantas pequeñas estrellas que nuestra vista no alcanza, no inquietaban al hombre gran cosa; los miraba como otros tantos obje-

tos de adorno y aun de recreo, para algunos, de su vista. Su orgullo, preciso es confesarlo, señores, su orgullo era egoísta y su inteligencia se revelaba á ver otros objetos, otros seres. Se creía solo, se veía á sí mismo en el universo y se encontraba bien.

Pero á poco el hombre dejó de contemplar, observó. Dejar de contemplar para observar era abandonar el dominio de la imaginacion para entrar en el de la ciencia. Pero no bastaba esto; era preciso que el hombre desarrollara la potencia de su inteligencia poderosa con el estudio, y el hombre pensó. Entonces llegó á comprender que habia sido víctima de la ilusion de las apariencias creyéndose el rey de ese movimiento general de todos los cuerpos que le rodean, y se halló por la primera vez ¡cuán pequeño era! Entonces comprendió, por medio de la ciencia, que el pedazo de tierra que la mano invisible, poderosa del Creador, le habia dado por habitacion, era un planeta semejante á los que poco antes habian recreado su vista girando en derredor de él. Entonces, en fin, comprendió que el mundo que habitaba estaba rodeado de otros mundos más grandes que el suyo, y conociendo su pequeñez, su inteligencia se reveló, quiso aparecer grande conociendo lo que no le era permitido ver hasta entonces; pensó y recorrió el velo que oscurecia su vista. El sol, uno de esos nuevos mundos que el hombre inmensamente grande desde ese momento ha descubierto, Keppler y Newton le han reconocido y dado la razon de ello matemáticamente. ¿Qué quedaba, pues, en el vacío que el hombre, siempre libre, siempre inteligente, se proponia llenar? ¡La luna! La luna, sí, señores, ese planeta, ese nuevo mundo que acabo de descubrir y que es preciso examinar. ¡La luna! ese satélite de la tierra que, siguiendo las leyes generales de estos, gira en torno de aquella empleando el mismo tiempo en su movimiento de rotacion que en el de traslacion. La luna, ese mundo desconocido

que dista del nuestro setenta y siete mil leguas, y cuyo volúmen es cuarenta y nueve veces menor que él.

Todo esto bien lo sabeis; no es ningun nuevo descubrimiento, pero ¿será posible que despues que sabemos que el sol se halla habitado como nuestro planeta, no lo esté tambien la luna? No; la luna se halla habitada como todos los demas satélites. Sus habitaciones, su senología, el carácter de sus habitantes, costumbres y religion; esto que os ofrezco averiguar, esto es lo que me propongo conocer.

Tal era el discurso que este hombre extraordinario que con indiferencia, ó más bien con una especie de confianza tranquila, propia del hombre de talento, acababa de elevarse de repente coloso en el campo sin límites de la ciencia.

Discurso pronunciado con dignidad y sencillez en la Royal society egeographical of London y que un taquígrafo y una sola máquina habian bastado á ponerlo en contacto con todo Lóndres, horas más tarde con toda Inglaterra.

El pueblo recibió la noticia con entusiastas hurras; los números del *Thé illustrated London news* eran arrebatados de manos de los expendedores. Se habia abierto una suscripcion voluntaria para ayudar á esta atrevida empresa por el valor de una suma de cinco mil libras esterlinas. En los teatros se preparaban grandes espectáculos, cuyos productos debian dedicarse al mismo objeto. Se hablaba mucho, se discutia más sobre tan atrevido pensamiento. Nadie dudaba del buen éxito de la empresa, y sin embargo, la mayor parte no conocian á aquel hombre, que hijo del trabajo y de su constancia en el estudio y en sus pacientes observaciones habia concebido el atrevido pensamiento de penetrar en los altos secretos, en la barrera misteriosa que en los espacios infinitos el Creador habia puesto á todas las criaturas.

Pero era tal la confianza tranquila que en todos los ánimos se despertaba, que no habia uno solo que dudara de la existencia del doctor Harry S'lay. Este era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura ordinaria y constitucion atlética; su rostro moreno, severo y frio, indicaba haber llevado una vida muy pesada con la carga del trabajo, el estudio y una larga meditacion; sus ojos, llenos de dulzura unas veces, mostraban una profunda inteligencia sobre las cosas humanas, pero cuando su mirada se fijaba, viva, penetrante como dos rayos, hacian comprender en la persona de Harry S'lay un carácter audaz y emprendedor.

Veamos ahora al hombre dulce, inteligente, estudioso en su pequeño gabinete rodeado de libros y aparatos químicos y sentado muellemente en un sillón, con un dibujo en la mano de una forma muy extraña. Su brazo derecho apoyado en uno de los brazos del sillón por la parte del codo, y sosteniendo su cabeza con la extremidad de los tres primeros dedos: parece estar sumergido en la más profunda meditacion.

A sus pies, una jóven linda, como la primera baretta de nardos en el mes de Setiembre, llora silenciosamente, al parecer, pues sus lindas y pequeñas manos ocultan su rostro moreno y encantador; su pelo es de un castaño muy oscuro y se halla matizado por una multitud de estrellitas de plata, adorno favorito de la jóven; una rica chinela ocultaba su pié diminuto. En cuanto á lo demás de su rostro no podemos descubrirlo, pues ya hemos dicho que la jóven lo aprisionaba entre sus manos para ocultar su llanto.

¡Lloraba! y Harry S'lay, tan sumergido en su estudio que no lo veia. ¡Ella! su ídolo querido, su adorada hija, su linda Sessy.

En este momento la puerta del gabinete se abrió, y un elegante jóven apareció tras ella.

Sessy alzó la cabeza; el rostro más hermoso se presentó á nuestros ojos; los suyos, negros y rasgados, se

hallaban enrojecidos y húmedos aún. ¡Pobre jóven, cuánto debia haber llorado!

—¡Ah! ¡Ketrli! dijo extendiendo su mano hácia el jóven, llegad, mi padre se ha vuelto loco. Y diciendo así arrojó una mirada hácia el sillón. Harry parecia hallarse en otro mundo (tal vez en el que él deseaba descubrir), tan absorto se hallaba en aquel instante con sus ideas, que no se habia apercebido de la entrada de su amigo y futuro hijo.

—¡Sessy, qué decís? expresó el jóven alarmado, para el que las palabras de la jóven eran siempre la Biblia.

—¡Ah! Ketrli: dijo la jóven sollozando, se obstina en hacer un viaje por el cielo Austral; decididamente se ha vuelto loco.

—Segun eso es completamente cierto lo que acabo de leer en el *North american Review*.

Y diciendo, presentó á Sessy un diario en el que se veia estampado con caractéres sùmamente grandes:

«El célebre, el coloso, el sábio doctor lord Harry »S'lay va á revelarnos, al fin, el secreto de las vastas »soledades de los mundos desconocidos que vagan en »el espacio infinito, en el cielo Austral. Este campeon »moderno se prepara á revelarnos los grandes é im- »penetrables misterios que no han podido descifrar los »sábios de setenta siglos. ¡Honor y gloria al audaz »viajero que tanto arriesga en provecho de la humani- »dad, de su patria y del adelanto de la ciencia y de la »civilizacion.»

—Sí, caballero, es cierto; ese plan, ese proyecto diabólico, bulle en su imaginacion hace dos años; desde vuestra ausencia precisamente, dice haber hallado su prodigioso desarrollo, y está decidido á estrellarse desde mucho más arriba de las nubes.

—¡Qué locura!

—¡Oh! sí, decididamente se ha vuelto loco.

—Pero yo no puedo consentir... expresó el joven alzando la voz para calmar la ansiedad de su prometida, la linda señorita de S'lay.

El doctor alzó la cabeza y la sorpresa se retrató un instante en su semblante; despues, arrojando el diseño sobre la mesa, corrió con los brazos abiertos hácia su amigo.

—¡Cómo, tú aquí, hijo mio!

El doctor llamaba á todo el mundo hijo suyo.

—Sí; yo mismo, querido Harry.

—Deja, deja que salga de mi sorpresa, pero... no ves... añadió con la mayor jovialidad mirando á su hija, no ves qué linda está, mis Sessy... Vamos... vamos, Ketrli, siéntate y dime á qué vienes.

—¿A qué vengo? á impedir un disparate; y al mismo tiempo le mostró el *North American Review*.

—¡Ah! vamos, ya comprendo el disparate de que me hablas.

Y Harry sonrió alegremente.

—Siéntate, continuó, y mientras que yo concluyo mi trabajo, habla cuanto quieras con Sessy, pues os advierto, hijos míos, que antes de una semana quiero veros unidos en lazo indisoluble.

—¿Será verdad? preguntó Sessy llena de la mayor jovialidad y alegría.

—Sí, Sessy; sí, hija mia, al ménos que Ketrli no quiera acompañarme en mi viaje.

—¡Pero, qué viaje ni qué demonios! objetó Ketrli, no he dicho que hé venido para impedirlo.

—Sí, cierto, pero no por eso dejará de serlo ménos que yo vaya al cielo Austral.

—¡Pero eso es insensato!

—No lo es.

—¡Quimérico!

—Tampoco.

—¡Irrealizable!

—No, no; lo tengo ya estudiado y estoy seguro de su éxito.

—Eso no basta: es preciso ensayarlo.

—Eso es lo que falta y eso es lo que voy á hacer.

—Y lo que yo no quiero que hagas.

—¿Por qué?

—Porque existen obstáculos... peligros... que no debes tú exponerte en provecho de la humanidad.

—¡Obstáculos! respondió desdeñosamente Harry.

¿Para qué está la ciencia? Para vencerlos. ¡Peligros!

¿Quién puede decirnos que en este momento no nos amenaza alguno? ¿Este gabinete de sólida construcción no puede venirse abajo y sepultarnos á los tres?

—Sí, mi querido Harry: es cierto cuanto dices; pero confiesa que una cosa es que la mano oculta del que todo lo puede disponga de nuestra vida, y otra es que tú mismo te busques una muerte segura.

—Una muerte segura. ¿Quién te ha dicho...

—Me parece que si caes desde una altura semejante á la que intentas remontarte, á no ser que tengas el privilegio de caer de pié como los gatos, lo ménos que te puede suceder es reventarte.

—Pero como no caeré... Además, ¿crees tú que no he tomado mis medidas para el caso de que llegase semejante lance?

—Es decir, que tú crees, que si desgraciadamente sucediera ese percance, podrias encontrarte sano y salvo en la tierra.

—Sí tal.

—¿Y crees tú poder elevarte tanto como imaginas?

—Sí.

—Y descender luego á tierra sin que la capa inferior del globo se obstine en lo contrario.

—Si tal, y si quieres convencerte tú mismo de ello, vendrás mañana conmigo al taller, donde se halla casi concluido *nuestro globo*.

—¡*Nuestro globo!* exclamó admirado Ketrli no comprendiendo la idea de comunidad que acababa de establecer Harry.

—Si tal, *nuestro globo*, porque... espero que tú me acompañarás.

—¡Yo, ser cómplice de semejante proyecto diabólico!

—Hé contado con tigo.

—Nunca.

—Y si rehusaras me traerías grandes perjuicios. Te digo que vendrás.

—Y yo te digo que hasta el último momento me verás firmemente decidido á combatir semejante locura.

—Harás mal, porque desperdiciarás muy buenos tiros de aves y animales desconocidos en nuestro mundo.

Despues arrojó una mirada furtiva sobre Sessy. Esta se hallaba con la vista fija, perdida sobre el fondo floreado del tapiz que cubria el pavimento del gabinete; parecia una estatua de mármol en muda meditacion, y pasando su vista inteligente al rostro del jóven, continuó con la mayor sangre fria:

—Ketrli, mi buen amigo; y si yo te dijera, por ejemplo, Sessy me acompaña.

Esta se estremeció; su corazon palpitaba con violencia, parecia querérsele saltar á pedazos. Ketrli dió un salto de la silla, y abriendo sus grandes ojos cuanto podia, exclamó llena de angustia.

—¿Es verdad eso que decís?

—Pues qué ¿piensas que yo fuera á dejarme en este mundo á mi hija privándola del placer de instruirse tanto como puede hacerlo en nuestro próximo viaje?

—Pero, ¿y los peligros á que la esponeis?

—Peligros... peligros... ¿no te he dicho que no existe ninguno? ademas, si existen, ¿tendria yo valor para que ese tesoro, que es mi único ídolo, pudiera

ser víctima de ellos? Si eso fuera así, sería indigno de pertenecer á la obra del Creador.

—Dices bien: Harry, dispon de mí. Soy tuyo.

Una lijera sonrisa se dibujó en los labios de Harry S'lay.

—¿Estás convencido? repuso con satisfaccion.

—Convencido.

—¿De veras?

—Ahí tienes la prueba.

Y le alargó la mano que Harry estrechó entre las suyas.

—De modo que...

—¿Qué?

—Me acompañarás.

—Te acompañaré.

Harry se volvió hácia su hija:

—¿Y tú, Sessy?

Esta se estremeció, pero recobrando toda la accion de su espíritu, alzó su hermosa cabeza, erguida, y se acercó á su padre.

—Padre, dijo tristemente, ¿no os detiene nada?

—Nada.

—Entonces no os abandonaré.

Y sus delicados brazos arrollaron el cuello de S'lay.

.

Ocho días despues, la señorita Sessy S'lay, dejaba este nombre para tomar el de Ketrli.

des vêtements de chambre et des robes de chambre.
de porter à la fois les deux.

—Dites donc Harry, depuis que Mr. Sney a
les deux robes de chambre de Harry.

Sney.
—Il n'a pas de robes de chambre.

—Comment ça va?
—Il va bien.

—Ah! tenez la robe.
Y a-t-il la robe de Harry?

—La robe de Harry.
—Oui.

—La robe de Harry.
—La robe de Harry.

Harry se retourne vers Sney.
—Y a-t-il Sney?

—Sney se retourne vers Harry.
de la robe de Harry.

—Sney se retourne vers Harry.
de la robe de Harry.

—Sney se retourne vers Harry.
de la robe de Harry.

—Sney se retourne vers Harry.
de la robe de Harry.

—Sney se retourne vers Harry.
de la robe de Harry.

—Sney se retourne vers Harry.
de la robe de Harry.

—Sney se retourne vers Harry.
de la robe de Harry.

CAPITULO II.

Descripcion de un globo extraordinario.—Aparato ingenioso.—Física recreativa.—Observaciones.—Aparato equilibrador.

Era un lunes: un inmenso gentío ocupaba en el Stret waldrik un gran patio, cubierto en su totalidad por grandes vidrieras; en el centro de este patio se hallaba el objeto de la curiosidad del público, y de la constante solicitud del doctor Harry S'lay. Este objeto era un globo extraordinario de una forma cilíndrica, con los extremos cónicos, teniendo su grande longitud puesta horizontalmente en la direccion que debe viajar.

Harry habia adoptado esta forma porque sus estudios constantes le habian hecho conocer que producia muy considerable disminucion de resistencia á la atmósfera que le impele, comparado con los globos ordinarios.

Antes de la red de cuerda de uso ordinario, S'lay habia protegido su globo de unas fuertes bandas de seda lisa, con la mira de fortalecer al globo y produ-

cir un enlace con la fábrica, obra y carro. De este modo, Harry, conseguia dos cosas: dar mayor resistencia á su máquina y evitar que las grandes capas de atmósfera pesada fueran un obstáculo para elevarse cuanto quisiera.

Además de dar fuerza y ménos resistencia á la motion por el aire, como acabamos de decir, estas bandas, cruzadas convenientemente, daban más union y ménos roce á las cuerdas y á la red, lo cual era una ventaja muy considerable, pues la interseccion de las bandas colocadas en los sitios de los nudos que formaban la cuerda le servian como de almohadilla.

El carro estaba hecho de modo que podia servir de canoa ó hote, llegado el caso que se necesitase.

El propulsor ó impel nte, bajo el principio de las roscas propulsoras se hallaba entre el carro y el globo, sostenido en un fuerte, pero lijero armazon, al cual estaba unido un aparato ingeniosísimo. Constaba este de una especie de timon construido como si fuera un gozne, con el objeto de que pudiese tener un movimiento de rotacion, así tambien como para obtener los necesarios movimientos de una extensa superficie ó abanico semejante á la cola de un pájaro, cuyo cañon hueco absorbia el aire exterior para comunicarlo á unos anchos bastidores laterales á la superficie del globo, giratorios á todos lados y provistos de velas de lienzo como los de los molinos de viento. Este era el gran invento de Harry S'lay.

El aire que aquella especie de fuelle despedia, inflaba las velas, empujándolas hácia el sitio que S'lay queria llevar su máquina, y la fuerza de esta nueva brisa alijeraba el globo arrastrándole tras la potencia de esta nueva máquina.

Ketrli escuchaba espantado la explicacion que su amigo hacia de su obra, y lo que más le admiraba era la sangre fria con que el doctor se expresaba al decir nuestra *próxima ascension*.

Ketrli habia conservado una esperanza: que su colosal proyecto se estrellara ante los innumerables obstáculos que diariamente se presentaban para la fabricacion de un globo cuya capacidad era veinte y dos mil cuatrocientos veinte y tres y medio pies cúbicos y lleno de un volúmen igual de gas hidrógeno.

Pero aquel hombre, que bien distinto de los demas inventores, creia no haber inventado cosa alguna de mérito, contestaba con la mayor tranquilidad á las observaciones que Ketrli se permitia hacerle.

El hombre, decia, observa, piensa, estudia, y descubre las ocultas leyes y misterios de la naturaleza, y entonces las aplica á su propio designio; lo que la naturaleza hace en una cosa se puede hacer en otra si su propia manera de ser se pone en juego. Antes de prometerme que caminaria por el aire, mi querido Ketrli, he observado y estudiado el movimiento de los cuerpos inertes y animados en la tierra.

Ketrli, á quien la idea desubir por los aires le aterraba tanto como á su esposa, preguntó gravemente:

—Crees, segun eso, que el movimiento de los cuerpos inertes en el aire es el mismo que en la tierra.

—No, pero reconoce las mismas causas. Los cuerpos inertes se mueven segun las leyes de la gravedad, y avanzan perturbando ó descomponiendo su equilibrio en planos inclinados; este es el método que la naturaleza emplea para impeler en el agua.

Y volviéndose hácia los curiosos, alzó la voz y continuó explicando esta idea.

—Un procedimiento sencillo, una prueba palpable, que la vemos todos los dias, puede demostrártelo; tira una plancha de metal en cualquier líquido y la verás caminar diagonalmente en el líquido hácia el suelo, y á alguna distancia del punto donde fué introducida; pues bien, mete dentro del mismo líquido una tablita y se elevará oblicuamente á la superficie;

en el primer caso, el metal chato oprime al agua; en el segundo, la tabla recibe su presión.

Todo el mundo escuchaba con gran admiración á aquel hombre que, desde ocho días á esta parte se hallaba en boca de todos, en las páginas de todos los periódicos: Harry S'lay había venido á ser el nombre de moda en todos los círculos de la esfera social.

Cuando hubo terminado esta sencilla explicación tan puesta al alcance de todas las inteligencias, el auditorio prorrumpió en un alegre murmullo.

El doctor continuó:

—Aquí tienes, pues, la doble acción de ascenso y descenso, acciones existentes en la naturaleza desde el principio del mundo, y no invenciones del hombre de que tenga que vanagloriarse.

Has hecho, repuso Ketrli, según se vé, un admirable uso de esta observación tan sencilla en apariencia para tu proyecto.

—Sí, pero para lograrlo he tenido que estudiar la locomoción en los cuerpos animados.

Todo el mundo guardó silencio.

Harry continuó:

—En los cuerpos animados la locomoción depende del mismo principio, sea una gallina paseando por un patio, ó una pareja meciéndose en los primeros acordes de un vals, en uno de los primeros salones de nuestra sociedad.

Si una gallina se mueve á lo largo de la tierra sobre sus pequeños pies, esto es suficiente para llevarla sobre esta última, porque la tierra tiene suficiente densidad para resistir la palanca que pone sobre ella; pero que intente con sus dedos desunidos pasearse por el agua, y se hundirá; no así el ánade, esta ave está dotada de fuertes membranas entre los dedos, y estas le sirven como de un remo para vogar por el agua. La naturaleza á estendido los pies de la ánade porque el agua está muy distante de poseer la resistencia de la

tierra, y por tanto se requiere una grandísima superficie para obtener un apoyo en ella.

Un aplauso apagó la última frase del doctor.

—¿Y habeis hecho, padre mio, las mismas observaciones que con la tierra y con los liquidos con el aire? objetó Sessy S'lay de Ketrli.

—Sí, hija mia, y puedo confesaros que me ha dado brillantes resultados durante mis pacientes observaciones.

—De modo, que los cuerpos se mueven en el espacio obedeciendo todos á la misma ley de gravitacion y equilibrio.

—Con la sola diferencia, Sessy, que en el aire el órgano locomotivo es hecho aún mucho más espacioso porque el aire es aún más elástico, sutil y dilatado que el agua: observa el murciélago, esta ave tiene una grande y estendida ala, semejante á una vela de lienzo que llega desde los dedos de sus manos hasta sus piés, una especie de para-caidas que sacude y aletea; observa ahora al buitre, cuan alto se eleva con tan pequeño movimiento de su cuerpo; el principio es el mismo, es una palanca más ó ménos larga segun que tenga necesidad de descansar sobre un sólido, un líquido ó un fluido. El alon de un buitre, medio de locomocion en el aire, concuerda perfectamente con los piés del hombre, los piés de la gallina ó los de una ánade.

—Sí, pero el hombre, dijo una voz más impaciente ó más curiosa que las demas, el hombre no puede por naturaleza nadar como el pez, volar como la mariposa ni remontarse como el buitre.

—Es cierto, contestó sonriendo el doctor á esta sencilla observacion; pero su mente le habilita para tomar las facultades de las otras criaturas y adaptarlas á sus propios fines. El navio le lanza en el mar, el elástico gas contenido en un globo, le trasporta á las más altas regiones á que jamás el condor se ha remontado;

el vapor le impele por la tierra y le hace capaz de dejar á gran distancia al caballo veloz ó al ciervo; el telescopio da un auxilio á su fantasia tan maravillosa como la imaginacion misma; y, últimamente, el telégrafo elétrico ha aniquilado á su disposicion tanto el tiempo como la distancia.

Ketrli, quien aún no habia perdido toda esperanza de hacer desistir á su amigo y padre político, se atrevió á hacer la última observacion.

—Pero dado el caso que te remontases hasta donde quieres, ¿piensas poder dar al globo la direccion de tan atrevido viaje?

—Sí; para eso cuento con mi timon, el abanico en forma de cola de pájaro y mis velas giratorias, lo cual podré mover á mi disposicion.

—Pero esa seria una operacion irrealizable en el caso que las velas se hallasen henchidas de aire.

—No, porque el aire que reciben del tulo, el abanico, jugando sobre ellas, lo desalojará tan pronto como me fuera necesario. Ademas, caminaremos muy despacio cuando llegue el caso para tener tiempo de desalojar el aire poco á poco con el objeto de que el cambio de viento no arrastre á nuestro globo violentamente, en cuyo caso sufriria algunas averias difíciles de reparar.

—¿De modo que tambien podemos caminar despacio ó aceleradamente? repuso Sessy.

—Como gustes, Sessy.

—Eres el diablo, Harry, repuso Ketrli familiarizándose algo más con la idea de remontarse hasta las nubes.

—No solo podremos caminar á voluntad, sino que nos detendremos, seguiremos á la luna y las estrellas en su curso hora por hora, dia por dia.

—¿Y cómo podreis conseguir eso?

—Ese es mi secreto.

Este aparato ingenioso lo constituia una especie de cilindro ó gasómetro lleno de cierta porcion de gas

hidrógeno; un tubo daba salida al gas alimentado constantemente por un mechero muy delgado; un tubo en la parte superior del globo daba salida al gas, al paso que otro comunicaba desde la válvula á un doble fondo de este aparato, logrando de este modo alijerar ó equilibrar el globo á las capas superiores de atmósfera, sin pérdida de un átomo siquiera de gas hidrógeno. La mayor ó menor tension de las capas atmosféricas las marcaria una aguja construida expresamente *ad hoc* por Harry S'lay. Este aparato habia recibido el nombre de equilibrador; y por él, el ingenioso doctor tenia la certeza de estacionarse en las regiones de las nubes, sin que aquella diabólica máquina alterase en lo más mínimo su movimiento de ascension y sin peligro de la menor sacudida, puesto que el tubo era de absorcion.

En cuanto al aparato propulsor era una simple espiral de seis piés de diámetro, así es que la salida del gas podia verificarse de una manera gradual y constante.

CAPITULO III.

Primeros preparativos de un viaje.—El profundo estudio de un sábio.—El 1.º de Abril.—El Regina.—Adios.

Era el 20 de Marzo. Harry S'lay y su familia no debían verificar su ascension hasta el 1.º de Abril, época en que los vientos *alisios* podían ser de mucha utilidad á nuestros intrépidos aeronáutas. El globo se hallaba terminado en su totalidad, así, pues, este tiempo debía emplearse en hacer los preparativos para su viaje de diez y ocho dias á la distancia de sesenta y siete mil leguas de elevacion sobre nuestro planeta. Se cuidó de encerrar en el carro las provisiones más necesarias y todo lo que pudiera contribuir á la salud de los aeronautas.

Ketrli compró dos escopetas de á dos tiros que se cargaban por la culata, ademas de su soberbia carabina fabricada en Edimburgo, y que habia mandado á buscar á Elmly Woreestershire, pequeña aldea donde el jóven cazador tenia sus posesiones. Con semejante arma Ketrli apostaba su cabeza á poner una bala á dos mil pasos de distancia en el ojo de una liebre. Era lo

que se llama un gran tirador. Además llevaba sus dos revolvers de á cinco tiros cada uno á los que añadió otro par, balas y pólvora suficientes para el caso que fuese necesario, no excediendo de la cifra que Harry le permitía llevar; esto es, ciento diez libras de peso. Este sábio profundo se cuidaba con el mismo celo de las propias necesidades de ellos, comprendió que el jóven matrimonio y él no tendrían bastantes vestidos para sufrir la temperatura de las regiones de nieve cuyos límites se proponía pasar: al mismo tiempo pensó en que los próximos, cercanos rayos del sol se dejarían sentir mucho más, y ajustó con un sastre de los mejores de Lóndres seis vestidos, tres para cada extremo de temperatura.

Ses-sy debía ir vestida de hombre con el objeto de que quedase más desembarazada.

Harry no olvidó sus instrumentos de astronomía; sus cálculos, sus brújulas y sus barómetros; todo pesaba unas noventa libras.

Sessy quedó encargada de los más precisos instrumentos de cocina y de los víveres en las proporciones siguientes.

	Libras, onzas.
Roost-beef.	8
Carne pemnicam.	12
Galletas.	14
Naranjas, un cesto.	25
Limonas, otro idem.	25
(de esto pensaba el doctor hacer un fuerte uso como refrescantes.)	
Café.	3
Thé.	4
Vino de Burdeos, un barril.	25
Agua.	200
Aguardiente.	4
Utensilios de cocina.	59
Botiquin, hilas, vendas.	6
Total.	369 4

á lo cual, si se añadía el peso de ciento diez libras de los avios de caza que Ketrli llevaba, tendríamos un total de cuatrocientos ochenta y dos libras y cuatro onzas.

Este total, unido al peso de cada individuo que era:

	Libras.
Sessy.....	120
Ketrly.....	130
Harry.....	137
Total.....	387
y al del	
Gas hidrógeno.....	276
Globo.....	600
Carro, banda y red.....	300
Instrumentos, vestidos, cobertores, almohadones.....	150
Lastre.....	300
Total.....	1626

Tendremos sumando las tres partidas

369

387

1626

un total de 2.682

y como para que un globo se eleve en la atmósfera es necesario que deshaloje un volumen de aire que pese más que los materiales que lo forman, es decir: la cifra dos mil seiscientos ochenta y dos peso que se halla próximamente representado por un deshalojamiento de aire de veinte y dos mil cuatrocientos veinte y tres piés cúbicos equivale á decir; que veinte y dos mil cuatrocientos veinte y tres piés cúbicos y medio pesan dos mil seiscientos ochenta y dos libras y cuatro onzas luego dando al globo esta dimension de veinte y dos

mil cuatrocientos veinte y tres y medio piés cúbicos, y llenándole hasta la mitad de gas hidrógeno, el cual, como es catorce veces más ligero que el aire, dará una diferencia muy capaz de proporecionar la fuerza ascensional del globo.

Tales eran los resultados del estudio constante y profundo de aquel sábio que se levantaba coloso en medio de la civilizacion humana para enriquecerla con los adelantos de la ciencia.

El 1.º de Abril los preparativos tocaban á su término y el globo de tafetan, perfectamente cubierto de gutta-gamba (sustancia jelatinosa) se hallaba concluido, pudiendo contener dentro de su envoltura una gran porcion de fluido.

En la mañana de este dia fué hinchado.

Una numerosa concurrencia asistia al acto. Su graciosa envoltura fué desplegándose poco á poco, presentando su corte bello y lleno de maestría; su exterior mostraba una superficie de diez mil doscientos piés, y su peso era de seiscientas libras. Los viveres y demas materiales fueron colocados en el carro.

Sessy estaba transformada en un jovencillo verdaderamente hermoso. Vestia de marinero con un pantalon muy fino de lana rayado, una blusita blanca de merino, adornada de azul y botones muy grandes de este color; sus negras trenzas recojidas bajo la ancha ala de un sombrerito á la marinera, sobre el que se leia: *el Regina*.

Su marido estaba convertido en un atrevido cazador con su carabina al hombro, sus bolsas de caza y su frasco de pólvora.

S'lay, aquel pozo inagotable de ciencia, vestia un traje muy oscuro y un sombrero de alas muy anchas, tambien de hule, sobre el que se veian las mismas frases, *el Regina*, ¿qué querian decir estas?

Harry va á hablar, escuchemos:

—Hijos míos (ya hemos dicho que el doctor llama-

ba á todos sus hijos) ha llegado el momento : hace un año que con celo infatigable he trabajado sobre la exploracion del cielo Austral. El nuevo mundo que se ha presentado á mis ojos, desde que me convertí en un paciente observador, de ese espacio ilimitado, ha existido desde el principio del mundo. El que la tierra y el sol es habitable, no cabe duda y todos lo sabemos; no es, pues, este mi objeto; cuál es, ya creo haberlo consignado en otra ocasion; conocer el mundo fisico y el mundo moral de todos esos planetas que estamos viendo todas las noches.

Despues, señalando al globo, que orgulloso se balanceaba en el aire, continuó:

—Con la ayuda de este poderoso medio de locomocion veré coronados mis esfuerzos (todos, sí, sí) así lo espero, hijos mios.

Apenas hubo terminado subió al carro donde Sessy y Ketrly le esperaban con ansiedad.

Eran las cinco de la tarde.

El momento de dar el último adios se aproximaba. Harry, cogió con su mano trémula por la emocion, la cuerda del ancla que, clavada en la tierra sujetaba fuertemente al globo, y cogiendo su sombrero con la otra, gritó con el entusiasmo de un fanático:

—¡Viva Inglaterra! ¡Viva la reina! ¡Viva la Sociedad geográfica!

Un viva atronador conmovió el espacio.

Entonces Sessy se levantó, y extendiendo su blanca mano hácia la multitud, exclamó:

—Amigos mios, ved al rey de los aires, contempladle un momento más, y démosle un nombre que no desmienta de su poder, llamémosle ¡*Regina!*

Y cual si esta hubiera sido la señal, el arpon fué arrancado y la fuerza ascensional del globo fué graduándose rápidamente.

—¡Viva la reina! ¡Viva Inglaterra! volvió á gritar con toda la fuerza de sus pulmones Harry S'lay para

dejarse oír del pueblo que en atronadores gritos todos, con los pañuelos las mujeres, y con los sombreros los hombres, saludaban al *Regina* que, orgulloso y atrevido, se lanzaba perpendicularmente en los espacios infinitos.

paciente observador, de ese espacio limitado, existido desde el principio del mundo. El que la tierra y el sol es habitable, no cabe duda, y todos lo saben; no es, pues, este mi oficio; así es, ya creo haberlo conseguido en esta ocasión; conocer el mundo físico y el mundo moral de todos esos planetas que es-
tamos viendo todas las noches.

Después, separado al globo, que orgulloso se la-
lanzaba en el aire, continuó:

—Con la ayuda de este poderoso medio de locomoción verá coronados mis esfuerzos (todos, al fin) así lo espero, hijos míos.

Apenas hubo terminado así al carísimo Harry y Kelly lo esperaban con ansiedad.

Éran las cinco de la tarde.

El momento de dar el último adiós se aproximaba. Harry, cogido en su mano derecha por la muñeca, la cadera del avión que, clavada en la tierra, sujetaba fuertemente al globo, y coronado su sombrero con la
otra, gritó con el entusiasmo de un fanático:

—¡Viva Inglaterra! ¡Viva la reina! ¡Viva la Socie-
dad geográfica!

Un viva atronador llenó el espacio.
Entonces Sassy se levantó, y extendiendo su blanca
mano hacia la multitud, exclamó:

—Amigos míos, ved al ray de los aires, contem-
plad un momento más y démosle un nombre que
no desmentirá su poder, llamémosle: *Wapant*!

Y así, si esta palabra sido la señal, el avión im-
parado y la luz resaca del globo las gra-
dándose rápidamente.

—¡Viva la reina! ¡Viva Inglaterra! volvió a gritar
con toda la fuerza de sus pulmones Harry y Kelly para

CAPITULO IV.

Una conversacion en los aires.—Lo que empieza á marear á Ketrli.—El primer cuarto de vela.

El *Regina* avanzaba con una rapidez extraordinaria. Empujado por el viento con la velocidad del rayo, ganó las alturas en muy pocas horas. Entonces una corriente más viva, inclinó el globo hácia el Norte, esto es, en direccion completamente contraria á la que los viajeros se proponian seguir, pero Harry se inquietó bien poca cosa, y haciendo girar su aparato, el timon absorbió la brisa, hinchó las velas, y el *Regina* obedeció como un niño lanzándose hácia el Sud con la carrera de un caballo.

¡Qué magnífico y sorprendente espectáculo se ofrecia entonces á los ojos de aquellos audaces viajeros!

Un anchuroso mar se extendió bajo su vista. Atravesaban el golfo Arábigo para entrar en el Océano, el cual, un poco más lejos, presentaba un extenso planimiserio destacando del seno azulado de sus aguas, el oscuro contorno de los campos, las selvas y las ciudades. El *Regina* seguia su fuerza ascensional mediante la fuerte mecha alimentada por el gasómetro y que

S'lay cuidaba de graduar segun queria ascender más ó ménos.

El *Regina*, hemos dicho, que se elevaba en términos, que los hombres que antes parecian hormigas, dejaron de percibirse; los campos, los bosques y las aldeas, que parecian otras tantas manchas de diverso colorido que matizaban el azul oscuro del fondo del mar, se desvanecian hasta el punto que ya no se veia en el espacio más que una masa oscura y redonda.

¡El hombre habia logrado con su inteligencia dominar el planeta que habita!

Entretanto el sol se habia ocultado y en el espacio empezaba á verse brillar algunas estrellas radiantes de luz viva. ¡Qué magnífico espectáculo!

Sirio, esa estrella más próxima á nosotros, y cuyo volúmen es un millon de veces mayor que el del sol; *Sirio*, que dista de la tierra siete villones doscientos diez mil millones de leguas, se presentaba á los viajeros en toda la plenitud de su volúmen.

Harry paró su máquina usando de su aparato equilibrador; para ello fijó su vista en la aguja del gasómetro encargada de marcar: observó en el barómetro la tension de las capas atmosféricas, y abriendo la llave que se comunicaba con la válvula, la aguja dió un salto y el *Regina* quedó inmóvil entre las dos capas atmosféricas, y valanceándose en la inmensidad del espacio.

Ketrli se mostraba maravillado al oír la sencilla explicacion que su amigo le hacia de este procedimiento

—Las capas atmosféricas, decia, á medida que se acercan al espacio, se hacen más pesadas, más densas, esto se prueba por la razon que existe para no llenar nunca los globos completamente de gas, sino en sus dos terceras partes, ó mitad, porque este tiende entonces á dilatarse y no tardaria en romper la envoltura; así es, que la capa inferior, ménos densa que nuestro

globo, le impele hácia arriba, al paso que la superior, más densa le obliga á conservar su equilibrio en el espacio.

El descenso se hace naturalmente como habeis visto, moderando la temperatura que encierra el *Regina* hasta dejar igual cantidad de enfriamiento dentro que la que exteriormente le rodea. Para operar la ascension doy al gas una temperatura mas elevada que la que ahora tiene el ambiente. Entonces el *Regina* aumenta de volúmen, se hace más ligero y sube con rapidez.

Ketrli á quien el dominio que este gran sábio ejercia sobre la ciencia, empezaba á tranquilizarle, preguntó satíricamente.

—Encontrarás atmósfera en la luna como la que nos rodea.

—Sin duda. De otro modo la existencia de los seres en la luna, seria ilusoria.

Ketrli miró breves instantes al doctor; puramente creia broma la contestacion categórica que Harry le habia dado; pero viendo en su semblante que hablaba con formalidad, se aventuró á preguntarle.

—¿Hablas con formalidad?

—¿Por qué no?

—Sin embargo, la igualdad por un lado entre la duracion aparente y la duracion real de la ocultacion de las estrellas por este astro y el presentarse toda la apariencia de una tierra trastornada por los volcanes y enteramente pirotécnica, parece demostrarnos la absoluta carencia de atmósfera en este satélite, y por consiguiente, la ausencia de la vida animal y vegetal.

—Esa es la opinion de sesenta años á esta parte. Es cierto, en efecto, que los fenómenos en la vida animal y vegetal serian enteramente imposibles en un globo cubierto de una doble costra enteramente volcánica y vitrificado y tambien privado de atmósfera. La ausencia aparente de vida animal y vegetal en la superficie de la luna no prueba nada contra el principio gene-

ral de la habitabilidad, porque la constitucion física de que acabamos de hablar, se presenta evidentemente como un caso particular y accidental.

Sessy, á quien en su afan de instruirse, no perdía la ocasion cuando la casualidad se la presentaba, preguntó con el mayor interés.

—¿Y cómo te explicas ese fenómeno conciliando esa existencia de la vida con las condiciones fisiológicas del terreno?

—Muy sencillamente, se apresuró Harry á contestar. Este estado segun toda probabilidad resulta de alguna conflagracion interior sobrevenida en el globo lunar, de una revolucion que habia alterado su constitucion primitiva. Hé aquí la razon por que la opinion general era la de que la luna habia gozado en épocas anteriores de todas las condiciones de vida: veis, pues, como yo nada hé inventado como se supone, puesto que mi descubrimiento habia sido conocido ya hace sesenta años, pues que desde esta época se suponía que una revolucion terrible habia desecado sus mares, absorbido su atmósfera y cubierto su superficie de una erupcion de pústulas volcánicas, y por tanto destruida toda posibilidad del desarrollo vital en su superficie y aniquilado quizá completamente el principio mismo de su materia en su seno.

—Es decir, repuso Sessy, que la luna es un *astro completamente muerto*.

—Esa... esa es la frase que tanto me ha hecho cavilar: *un astro completamente muerto*. Esta idea, me he dicho, prueba la aceptacion del principio de la vida universal porque el concepto de muerte lleva consigo necesariamente una idea anterior de vida, y si en la luna se descubrian grandes espacios ó manchas que segun todas razones podian mirarse como mares espaciosos y elevadas montañas, la existencia de estos lagos, de estos mares, de estas montañas en la superficie de la luna llevaba tras sí, como se sabe, la exis-

tencia de una atmósfera, de un principio de vida humana.

Entonces observé. Sabido es que la luna presenta siempre el mismo hemisferio á la tierra en su evolucion periódica de 27 dias, 7 horas y $3\frac{1}{4}$ de hora alrededor de ella, de tal suerte que no vemos y no podemos jamás ver el otro hemisferio. Se sigue de esto que un punto cualquiera de la luna, haciendo abstraccion de la inclinacion de su eje sobre su órbita y de esta sobre la eclíptica, está por espacio de quince dias sucesivamente expuesto y sustraído á los rayos del sol. Luego la consecuencia inmediata de esto era que cada punto de la luna estaba alternativamente sometido á los ardores de un Estío devorador y á los rigores de un Invierno cruel. Las menores nociones de física bastan para hacer comprender fácilmente que si sucediese lo mismo en nuestro globo, disminuyéndose su movimiento durante el dia en la proporcion de uno á veinte y ocho, no eran necesarios catorce dias de la duracion actual para que un hemisferio de la tierra fuese azotado por los más terribles hielos y el otro completamente calcinado.

—Pero esta excesiva duracion del dia lunar, respondió Ketrli, en vez de ser una prueba de la vida, al contrario, ¡será la demostracion evidente de su carencia absoluta!

—No. Esta era una razon que por sí sola nada me hubiese probado, porque pensé que estos cambios excesivos de temperatura podian ser corregidos por causas dependientes de la constitucion física y de las condiciones fisiológicas del planeta, y esto es efectivamente lo que sucede. De este modo, las desfiguraciones sufridas por ciertos astros en el instante de su immersion y emersion en las ocultaciones lunares, las variaciones muy notables de color, observadas en la superficie iluminada del astro, la existencia de esas grandes manchas ó espacios, que como he dicho, podia mirarse

muy bien como grandes lagos, inmensos mares y erizadas crestas, los grandes lagos luminosos y fosforescentes observados durante las noches en aquel globo y otros muchos fenómenos me probaron:

La existencia de una atmósfera variable alrededor de la luna.

Existiendo una atmósfera variable, medio constante de la vida orgánica de los seres. La existencia de un principio de vida universal en ese astro.

Consecuencia de todo esto. Si existe una atmósfera capaz de dar vida y movimiento á los seres, la luna debe hallarse habitada.

Teoría sencilla, pero que aparecería inconcebible, si no se supiese que en las ciencias los resultados más naturales son siempre los últimos á que se llega.

—Segun eso, dijo Ketrli, el resultado de tus observaciones es que la habitabilidad de la luna es debida á su estado de atmósfera.

—Sí; y mis observaciones se han fijado para ello siempre en el lado de gravitacion, respondió gravemente el doctor. Cómo no se ha podido ver por mucho tiempo que la débil atraccion de la luna sobre la tierra produciendo en ella el fenómeno de las mareas sucesivas; la tierra, con su poderosa atraccion sobre la luna, siempre tiene la misma faz dirigida hácia el centro de la tierra. Desde luego, no es evidente que la atmósfera lunar, obedeciendo á la traccion terrestre debe prolongarse del lado de la tierra bajo la forma de un cono tangente por su base al globo lunar, y siguiendo el gran círculo que limita para los observadores terrestres la figura de aquel satélite.

—¿El eje del cono atmosférico lunar pasa, pues, invariablemente por el centro de la luna y por el centro de la tierra?

—Sí; pero en las libraciones, el gran círculo, base del cono atmosférico varia algunos grados, y como las libraciones son periódicas, no hay duda que llevan

tras sí movimientos regulares de la atmósfera en las inmediaciones de aquel gran círculo, y no producen allí vientos lunares alíseos, de los que seria muy fácil calcular los tiempos y las direcciones en la funcion de las masas respectivas de la luna, de la tierra y de la densidad media de la atmósfera lunar.

Otra causa aún más poderosa de los vientos periódicos en la luna es la atraccion solar. Cuando está próxima la luna nueva, vr. grc., la accion del sol, en lugar de combinarse con la de la tierra para extender del lado de esta última, la atmósfera lunar obra en sentido opuesto: el sol influye sobre el hemisferio que la luna le presenta, como la tierra, sobre el que mira á ella, pero con mucha ménos fuerza á causa de ser la distancia mucho más considerable. La marea atmosférica, debida á la accion solar, efectua pues un cono mucho más pequeño que el causado por la accion de la tierra; pero mientras que este último, que tiene su vértice invariablemente dirigido sobre el centro de la tierra queda inmóvil respecto á la superficie de la luna, el otro, al contrario, sigue al sol en su direccion y hace en veinte y siete dias, siete horas y tres cuartos de hora la evolucion de nuestro satélite.

De esta teoria, que no se puede destruir, sin destruir al mismo tiempo todo el sistema de la gravedad, resulta evidentemente la fácil explicacion de todos los fenómenos atmosféricos lunarios, fenómenos que hasta el presente no se habian podido conciliar; así se comprende, porque la luz es raras veces reflejada en el momento de la inmersion y emersion, lo que no se puede dudar, porque sir Hevelius, uno de los primeros que han estudiado sobre este satélite ha observado una multitud de ocultaciones descubriendo que en las escasas veces en que la refraccion se ha dejado sentir la línea de los centros del sol y de la luna, se hallaba perpendicular á la de los centros de la tierra de la luna y de la estrella ocultada, y que ademas, el movi-

miento de la estrella se verificaba en el plano de estas dos líneas; es decir, que la refraccion ó la mudanza de figura no ha sido observada sino cuando los rayos luminosos atravesaban precisamente el cono de la pequeña marea atmosférica lunar.

—La refraccion, preguntó Sessy, ¿se obtiene en la emersion ó en la inmersion?

—En la una ó en la otra, y del lado del sol, mi querida Sessy.

—Pero con respecto á la duracion de los dias y de las noches, y esas grandes masas calcinadas que se descubren, expresó Ketrli, á quien la ciencia del doctor empezaba á aturdir; es notable, estremadamente notable, que de estas dos causas, cada una de las cuales parece contraria á la vida, sea la una precisamente el correctivo de la otra.

—Verdaderamente es donde brilla con más esplendor el poder de la naturaleza, porque de todos los volcanes cuya inmensa mayoría parecia extinguida, salen durante las largas noches lunares, vapores calientes que se extienden en la atmósfera y obran no solamente por su propio calor, sino tambien deteniendo considerablemente la difusion de los espíritus animales; y, ó mucho me han engañado mis estudios durante cuatro años, ó de ser esto cierto, tiene que reconocerse ser esta la causa de ese enfriamiento de la parte oscura de la luna.

—¿Y cómo puedes explicarte este enfriamiento? preguntó la jóven con el mayor interés.

—Muy sencillamente. Razones muy graves me han hecho admitir que la figura de este satélite, prolongándose bajo la forma de una convexidad por el lado de nuestro planeta, presenta al contrario, por el otro lado una extensa concavidad la cual debe hallarse horadada por grietas muy profundas que comunicarian con el depósito comun de los *seudo-volcanes* en el centro del pequeño planeta. De estos hechos de seleno-

grafía física me resulta que durante las noches del hemisferio lunar que nos mira, los rayos del sol hiriendo sobre la concavidad del otro hemisferio, producirían en él una temperatura sumamente alta; entonces las aguas se evaporizan allí, y los vapores calientes penetran bajo una gran presión en el centro ó depósito común de donde saldrán, naturalmente, por los multiplicados orificios de los volcanes, en que la presión será mucho más débil. En las condiciones inversas, cuando esta parte concava está privada de los rayos solares, el frío condensa rápidamente los vapores y la tensión disminuye; de donde se deduce que el equilibrio tendiendo á restablecerse por las bocas de los volcanes, los cráteres deben entonces convertirse en absorbentes y así á la salida del sol veinte y ocho veces mucho más lenta en la luna que en nuestro planeta; los vapores se disipan, se condensan, humedecen el suelo y lo penetran profundamente. Hé aquí la razón de mis estudios, y repito, que, ó mucho me han engañado ó no tardaré en descubrir la realidad de todos estos hechos.

Cuando hubo concluido el doctor, Sessy y Ketrli sintieron aperitivo; ¡cosa extraña! apenas hacia tres horas que habian comido, y, sin embargo, aquella brisa rsfrescante operó de una manera extraordinaria en los estómagos de los viajeros.

—Basta por hoy de lección de física recreativa.

Preparemos la cena, y despues, á descansar.

Mañana tendremos tiempo de ordenar y colocar nuestro equipaje con el detenimiento y la clasificación que el caso requiere.

—A cenar, añadió Sessy sacando algunas galletas y un trozo de pemmicam.

—A cenar, respondieron Harry y Ketrli.

.

 , . . .

Momentos despues reinaba á bordo del *Regina* el más profundo silencio, oyéndose solamente el ruido que producian los pasos del doctor que se paseaba silenciosamente en el cumplimiento de su deber.

¡Era el primer cuarto de vela!

CAPITULO V.

Teoría de la luz.—¡Ojo certero!—La region de los vapores.—Sobre la tormenta.—Lo que abre el apetito al doctor S'lay.—¡Una lágrima!

El *Regina* continuaba en su progresivo ascenso.

La atmósfera se inundaba en muda é informe raudal de luz, al resplandor de los primeros rayos del rubicundo Febo. Era una de esas hermosas mañanas en que la aurora cubre de oro las copas de los árboles y la atmósfera se halla cargada de los perfumes que despiden las flores silvestres y los sonidos que producen los pájaros al despertarse.

Sin embargo, allí no se descubria el más raquítico arbusto, ni se oía el menor arrullo de los pájaros.

Todo era soledad. Pero aquella majestuosa soledad tenia algo de sublime, de fascinador, que atraía, que hacía latir el corazón y adormecía los sentidos.

—¡Arriba! gritó el doctor; y los dos jóvenes se pusieron en un salto de pié.

La mañana era deliciosa. El sol arrojaba esa sustancia viva y pura con toda su prodigiosa rapidez.

—Mirad, dijo el doctor, en su afán de explicarlo todo, el importante descubrimiento de Newton.

La luz, rayo luminoso, blanco y compuesto de un cierto número de rayos de diversos colores que son susceptibles de refraccion, pero que no sufren por si mismos la menor descomposicion; pero que colocados al través de un prisma triangular de cristal, afecta los colores más vivos, desde el rojo, al amarillo, al verde, al azul, y aun violado con una afinidad de líneas intermedias.

—Segun eso, añadió Ketrlí, á quien parecia agradable discutir con aquel profundo sábio. Segun eso, los rayos de luz difieren entre ellos, no solo por su color, sino tambien por su mayor ó menor refraccion.

—Ciertamente, por eso es una consecuencia inmediata del experimento, que el rojo, como ménos refrangible, se separe ménos de la línea derecha, mientras que el violado se separa más; por consecuencia, es más refrangible porque la especie de color y el grado de refraccion propias á cada especie de rayo (de uno de los siete colores primitivos) no pueden ser cambiados ni alterados, ni por la refraccion ni por ninguna otra causa, pues si bien es cierto que los rayos de una especie han podido ser alguna vez separados de los de la otra, siempre han conservado su color propio por más que se hayan hecho miles esfuerzos por cambiarlos. Yo mismo los he querido mezclar haciéndoles pasar por trozos de diferentes figuras, y jamás he podido producir un nuevo color. La condensacion y la dilatacion aumentan ó disminuyen su intensidad, pero jamás estos rayos cobrizos han cambiado su propio color en otro de otra especie.

Mientras Harry y Ketrlí disertaban de esta manera sobre la teoría de la luz, Sessy, que se habia dedicado á culimentar el desayuno, descorrió las cortinas de su departamento, y asomando su encantadora cabeza:

—El almuerzo, dijo, y volvió á ocultarse detrás del lienzo.

Al oír estas frases, el doctor y Ketrlí se levantaron, y poco después se hallaban devorando un trozo de carne asada y unos huevos duros.

Concluida esta provechosa ocupación, el doctor se puso á ordenar y clasificar todos sus instrumentos, mientras su hija, la linda Sessy, del brazo de su marido, salían á tomar el fresco de la mañana.

Los dos jóvenes, del brazo, se adelantaron al borde de aquel frágil carro extendiendo su vista con profunda melancolía.

Todo era allí soledad, majestuosa soledad. Por todos lados el espacio infinito; místicos vapores, nubes vagorosas envolvían al gigantesco aerostático impeliéndole violentamente al través de aquel denso velo que el *Regina* rasgaba en su veloz carrera.

El espanto cubrió sus rostros al medir con la vista la portentosa altura que los separaba de nuestro planeta.

Los dos jóvenes volvieron el rostro suspirando, encontrándose al sábio que venía hácia ellos.

—Os buscaba, dijo.

—¿Qué ocurre?

—Que el tiempo ha cambiado y el barómetro anuncia una tormenta.

—¡Bien, y qué!

—¡Cómo, qué! Es preciso que obremos con prudencia, pues si bien es cierto que en medio de esta soledad no será fácil vengan á inquietarnos las fieras y los salvajes, tenemos otros enemigos muchos más terribles que combatir.

—¡Enemigos! repitió Sessy algun tanto alarmada.

—Enemigos y muy poderosos, querida Sessy; pero tranquilízate.

—¡Pero, qué enemigos pueden ser... añadió Ketrlí con alguna impaciencia.

—Los elementos, contestó S'lay con voz sonora.

Después añadió más dulcemente.

—Pero nada temais, los venceremos; mi ciencia me dice que esta alhaja, esta gaviota de los aires saldrá victoriosa de todos los peligros que puedan sobrevenirnos. Ve ahí sino uno que si nuestro *Regina* no puede arrostrar, el ojo certero de Ketrli sabrá vencer; y diciendo así el doctor fijó su vista en un punto lejano y apenas perceptible.

Ketrli alzó su vista en la direccion que marcaba Harry con su mano inmóvil hácia el Oriente.

—Mirad: ¿veis aquella mancha oscura que se destaca en el Orizonte?

—En efecto, si veo un punto oscuro inmóvil en el espacio.

—Pues hé ahí uno de los enemigos que debemos combatir, sin embargo, de no haberlos enumerado hace poco.

Esos puntos son condores.

—¡Condores! interpeló Sessy.

—Condores de una magnitud formidable, contra los que tendremos que sostener una lucha encarnizada, si nos atacan.

—Pero no nos atacarán.

—Mucho me lo temo si perciben nuestro aerostático.

—Bah, estan muy lejos y no lo percibirán.

—Te engañas; expresó Harry haciendo un movimiento de disgusto.

—¿Cómo?

—Porque ya nos han visto y se dirigen hácia aquí, y si no, observa con ayuda de este portentoso instrumento.

Y el doctor mostró un magnífico telescopio de lentes Z. P.

Ketrli permaneció un momento en muda observacion.

—Es cierto, parece que los pícaros huelen la carne fresca á más de cien toesas de distancia.

—Veremos si huelen tu pólvora lo mismo.

Ketrli se separó del trípode para ir á buscar su magnífica carabina.

—Todavía no, dejémosles que nos ataquen y preparémonos. Aún tenemos tiempo de arreglar todo lo que nos rodea. Esperemos sin impaciencia.

Entretanto, el magestuoso disco del sol se ostentaba entre una zona de nubes rojas, y sus rayos macilentos envolvían apenas el gigantesco aerostático, dándole un tinte de color de fuego que, maravillosamente combinado en los rostros de nuestros aeronautas resultaban uno de esos fantásticos efectos que nos revelan las mil y unas noches.

Todo era allí impotente; la soledad, la masa informe del *Regina*, aquel denso manto que dejaba velozmente bajo el carro y sobre el cual navegaba victoriosa aquella monstruosa máquina, aquel rojo vapor que lo envolvía; aquel vagoroso cefirillo de la tarde y hasta la misma inquietud que se revelaba en los enrojecidos rostros de nuestros viajeros, todo, ¡todo era imponente en aquel cuadro! Bello, fascinador, arrebatador, digno del pincel de Dumaesqui, Rosales, Goya ó Palmaroli.

Harry, inmóvil, pero tranquilo al parecer, contemplaba absorto el infinito espacio devorando con su vista el horizonte.

Poco á poco aquellas nubes rojizas fueron oscureciendo y extendiéndose como una inmensa techumbre sobre el *Regina*.

El viento comenzó á refrescar y toda la creación parecía estar amenazada de una próxima tormenta.

Harry debió conocerlo, porque aquella tranquilidad aparente desapareció de su semblante, y una agitación febril se apoderaba de su cuerpo.

—¡Vive Dios! exclamó apretando los puños. Parece que todo se conjura contra nosotros, y hasta los mismos elementos muestran señales de querer desmentir mis pacientes observaciones.

Despues, fijándose en los rostros de sus hijos, añadió cambiando de tono.

—Quereis lucha, pues bien, la habrá, y os prometo que saldré garante en mi empresa.

Ketrli se aventuró á preguntarle algo sobresaltado,

—¿Qué ocurre?

—Se prepara una tormenta terrible; antes de diez minutos, sino hemos logrado traspasar esa pesada te-
chumbre que parece querer aplastarnos, nos veremos precisados á dejarnos caer sobre nuestro planeta, y buscar allá abajo, entre las grietas de las peñas, lo que nuestro elemento parece querer disputarnos.

—¿Y qué intentas hacer?

—Subir, subir todo cuanto pueda hasta salvar ese denso manto.

—De modo que vas...

—A forzar cuanto pueda la llama del mechero, y diciendo así, el doctor dió una vuelta á la llave, y el *Regina*, girando como una peonza, se precipitó, silbando, ruiendo, en medio de aquella espesa niebla.

—¿Y los condores? preguntó Sessy. ¡Ja! ¡ja! Buen chasco van á llevarse.

—No lo creas, Sessy; nos han visto, han creído que tratamos de huir, y los pícaros han reforzado su marcha. Dentro de cortos instantes nos habrán alcanzado.

—¿De verás? dijo el jóven cazador lleno de impaciencia.

—Míralos como se remontan tambien ellos al ver el nuevo movimiento de nuestro aerostático.

—Con efecto; qué condenado instinto.

—Parece que les aprieta el hambre.

—Pues les juro... Ketrli no tuvo tiempo de concluir la frase. En medio de la oscuridad que producía la niebla, una masa informe y negruzca pasó rozando por las cuerdas que sostenían el carro, dando un terrible graznido.

—¡Tiral dijo el doctor al jóven cuyos dedos se cris-

paban febrilmente sobre la llave de su famosa carabina.

Y una fuerte detonacion resonó por los infinitos ámbitos de la bóveda celeste.

Al mismo tiempo se sintió un pequeño roce en el borde del carro.

Sessy y el doctor se lanzaron á este, y distinguieron una vaga sombra que se desplomaba desde aquella inmensa altura.

—Bravísimo; es un balazo que vale quinientos francos. No esperaba ménos de un ojo tan certero como el tuyo. Venga esa mano, y el doctor estrechó con efusion la mano del jóven cazador. Pero no nos descuidemos, añadió, la noche está muy oscura, y antes de que estalle la tempestad, esos malditos tratarán de atacarnos. Observemos.

Pero con gran sorpresa del doctor, los condores habian desaparecido como por encanto.

—¡Bah! sin duda asustados por la explosion, lo que á semejante altura no esperaban, han huido los cobardes.

—Tanto mejor, añadió Sessy algo más tranquila.

Mientras tanto el *Regina* seguia lanzándose en medio de aquella region de vapores, dejando bajo él una serpiente horrible de fuego que se desensortijaba retorciéndose con horrisono estruendo.

Era la tempestad que empezaba á estallar con todo el imperio de su voz tonante y poderosa.

Espantosa, horrible tormenta, de la que por fortuna, y la prevision de aquel sábio profundo, habian escapado los tres viajeros.

Pero la humedad de aquel espeso manto candentado por la fuerza motriz de la electricidad, producía una atmósfera que hacia imposible de todo punto la respiracion.

El calor comenzaba á sentirse. Parecía que de aque-

llas nubes se desprendia un raudal de vapor irviente que á cada momento se hacia más pesado y más intenso.

El sol arrojaba sus débiles rayos sobre el gigantesco *Regina*, coloreando de púrpura el vagoroso pavimento, del cual parecia desprenderse una lluvia finísima y brillante, que elevándose al rededor del *Regina*, le envolvian formando círculos concéntricos.

Este fenómeno llamó mucho la atencion de Sessy que se apresuró á interrogar á su padre.

—Este fenómeno, hija mia, es lo que se llama arco austral.

—De modo, añadió Ketrli, que estamos ya en el término de nuestro viaje.

—No, Ketrli, todavía no. Hemos llegado al cielo, cuyos secretos trato de investigar. Ese meteoro producido por el sol que al tocar á su término forma en sus rayos emergentes con los incidentes un ángulo de 42 á 50 grados, me prueba la altura á que nos hallamos, y no dudo en asegurar que aquí es el punto donde debemos saludar á nuestro nuevo planeta.

Eran próximamente las seis de la tarde, el sol tocaba ya en el ocaso.

Los dos jóvenes comenzaban á sentir desfallecidos sus estómagos. Las emociones de aquel dia, el céfiro suave de la tarde y las faenas continuas de la mañana habian despertado el apetito de los dos viajeros.

Solo Harry no sentia hambre; echado sobre el borde de la barquilla miraba con avidez hácia el Oriente; consultaba con su reloj, y despues volvia á fijar la vista con mayor impaciencia.

Así pasó un cuarto de hora.

El mayor silencio reinaba en el *Regina* que se balanceaba en el infinito espacio rodeado de la luz plateada que empezaban á despedir las estrellas.

Durante este espacio de tiempo, el viento habia sufrido una lijera inclinacion hácia S. E.

Harry S'lay al sentir sobre su mejilla aquella suave brisa sonrió dulcemente y redobló sus cuidados.

Este cambio era el precursor de la llegada del celeste viajero, á quien hacia una hora que el *Regina* se hallaba esperando. Así lo comprendió el doctor.

El globo siguió la direccion del viento y fué necesario hacer uso del abanico-timon y velas para volverlo á su puesto. Este ligero cambio debia pasar muy pronto.

A esto, Harry S'lay se precipitó con entusiasmo hácia el borde del carro ó barquilla, tanto, que estuvo á punto de haber sido arrojado fuera de ella por la violencia con que se precipitó, á no haberse asido á una de las cuerdas que la sostenian.

¿Qué era lo que habia tanto llamado la atencion de aquel gran sábio? ¿Por qué se hallaba inmóvil, con los ojos fijos, sin pestañear, en el Oriente?

Una luz vivísima iba extendiendo gradualmente sus círculos de planeta.

Era la luna. El celeste viajero que empezaba su larga peregrinacion.

En efecto, la luna empezaba á dejarse ver en todo su mágico esplendor, en todo su volúmen; es decir, cuarenta y nueve veces menor que la tierra.

¡Sorpriendente espectáculo que llenó de alegría á los intrépidos viajeros! Maravillosa aparicion que abrió el apetito al doctor, ese sábio profundo que un momento antes permanecía inquieto sobre el borde del carro, y mirando hácia el Oriente, donde brillaba una luz vivísima, mucho más viva que la que despedian una multitud de estrellas, mucho más viva que la que despedia *Sirio*, ese mundo inmenso que parecia un volcan en toda su fuerza ígnea, y suspendido sobre la cabeza de nuestros aeronautas como la lluvia de fuego que arrasó á Sodoma. Ese sábio profundo, decimos, que momentos antes explicaba el por qué de lo desconocido; ese sábio, en el momento que vió aso-

marse en el celaje azul y trasparente de los infinitos espacios al ídolo de sus sueños, de sus vigilijs, de sus pacientes estudios, se sintió con apetito.

Sessy y Ketrli lanzaron un grito, ¡grito de admiración! grito que corrió por todas las venas de Harry S'lay como un suave nectar.

Un nuevo mundo, un mundo que habia estado siempre desconocido para ellos, se presentó á sus ojos, con sus montañas, sus bosques, sus lagos y sus mares.

—¡Victoria! exclamó S'lay con el gozo de un niño, y dejó rodar una lágrima por su mejilla. Y el eco, en su inmensidad, comenzó á repetir ¡Victoria! ¡Victoria!

¡Lágrima sublime! ¡Eterno testimonio de gratitud otorgado á la ciencia! ¡Lágrima que legaba á la posteridad más remota de su pátria el grandioso descubrimiento de los espacios infinitos!

CAPITULO VI.

**En los cuernos de la luna.—Ketrli cazador.—Undes-
cubrimiento.—Conversacion astronómica.**

Entre tanto Sessy habia sacado un pedazo grande de roos-bicf, que Ketrli empezó á dividir en pequeños trozos; Harry continuaba sus investigaciones sobre el astro. Una sonrisa vagaba por sus labios, los latidos del corazon parecian arrancárselo del pecho, y de cuando en cuando una lágrima rodaba por sus mejillas. Así pasaron breves momentos sin que nadie se atreviera á romper el silencio.

Por fin, Ketrli fué el primero que le rompió, devorando, más bien que comiendo, el pedazo de vianda que Sessy le presentaba.

—Hé aquí, decia, un comedor que no lo cambiaba por mi linda quinta de *Elmley Worcestershire*.

—Parece, hijo mio, que te vas familiarizando un poco más con nuestro *Regina*.

—Confieso mi error; ni siquiera se siente el movimiento y la naturaleza de este mundo desconocido, lejos de pasar de largo, se toma el trabajo de permanecer inmóvil bajo nuestros piés para que podamos exclamar; ¡qué magnífico espectáculo!

—¡Parece un sueño! ¡un extasis! replicó la linda jóven.

En efecto, el país de la luna, que entonces atravesaban, era fertilísimo. Una selva inmensa se extendía bajo el *Regina*. La noche era clara como todas las de la luna, sin duda por los destellos que Sirio y otra multitud de estrellas arrojaban sobre su pródigo suelo.

—Ved ahí lo que hace un momento os decia, replicó Harry. Esos innumerables respiraderos, digámoslo así, que durante la noche exhalan los vapores húmedos, y que aspiran durante el día el producto de la evaporacion, es lo que causa la respiracion diurna y nocturna de esos vegetales que estais viendo, á quien se debe el mantenimiento de una temperatura favorable y bien graduada, y la que hace como muy probable en estos sitios, la presencia de algunos animales.

Y despues, dirigiéndose á Ketrli, añadió:

—¿Serias capaz, si te se pusiese á tiro, de bajar por una liebre del tamaño de un corderillo de nuestro país.

—¡Hombrel! ¡hombrel! un tamaño semejante, exclamó admirando Ketrli.

—Como lo oyes, puedes convencerte tú mismo, mírala retozar en el fondo de aquella cañada... aquí... á la derecha.

Ketrli hizo un movimionto de impaciencia por coger su carabina.

—Espera aún no está bastante cerca, descendemos, favorecidos por la noche, no tenemos nada que temer: echaremos el arpon, que indudablemente enganchará en alguno de esos corpulentos árboles y por él podrás descender al suelo.

El cazador cogió su carabina mientras el arpon hizo presa entre el ramaje de un enorme árbol, cuyas hojas despedían un olor parecido al que se desprende en nuestras pieles de Rusia.

—Es decir, expresó este lleno de satisfaccion, que voy á ser el primer hombre que pone el pié en este suelo.

—Si, hijo mio, replicó el doctor tristemente, y puedo asegurarte cuán digno de envidia eres en este momento.

—¿Por qué no vienes? ¿por qué no viene Sessy tambien? ¿no dices que ahora no tenemos nada que temer?

—Yo quedo dominando el espacio, no conviene abandonar así nuestro *Regina*, en cuanto á Sessy, es diferente, aunque á tu lado serviria de muy poco y al mio me va á prestar un gran servicio.

—Entonces, hasta la vuelta.

—Ten cuidado, Ketrli; no te alejes, exclamó la jóven llorando y alargándole su linda mano.

Este la cogió entre las suyas estrechándola apasionadamente.

—Sí, ten cuidado, hijo mio, repitió el doctor, no te alejes, yo vigilo, si te amenazase algun peligro, yo te avisaré con un disparo, entonces vuelve en seguida, y en el momento el *Regina* se elevará.

—Descuida, así lo haré.

El cazador escaló la cuerda que sujetaba el globo al arpon hasta llegar á la copa del árbol, desde allí se descolgó, con la agilidad de un pájaro, por las aromáticas ramas de aquel árbol desconocido en nuestro planeta.

—Adios, y prudencia, dijeron en voz baja los del *Regina*; la una temblando como la hoja en el árbol, el otro con la emocion que era natural.

Pero Ketrli no llegó á oir esta tierna despedida.

Harry se apresuró á apagar completamente su mechero.

—Sessy, dijo, vigila y avisame al menor síntoma sospechoso. Mientras yo voy á arreglar mis notas.

Sessy secó sus hermosos ojos y se disponia á seguir

con el auxilio de un anteojo, la ruta del joven cazador, cuando una fuerte detonacion la hizo lanzar un grito.

—¡Diantre! exclamó el doctor avalanzándose hacia el lente, y qué pronto ha logrado dónde poner una bala.

Miró hacia donde el joven se habia dirigido y nada descubrió; hizo girar su anteojo en todas direcciones. y solo vastas soledades se presentaron bajo sus piés;

Dos detonaciones mucho más fuertes y más próximas una detras de otra resonaron en el fondo del bosque.

—¡Demonio! ¡Demonio de chico! exclamó inquieto el doctor; si le habrá sucedido alguna cosa; y se avanlancó al borde de la barquilla mirando en todas direcciones.

—Sessy respiraba con trabajo, las lágrimas de sus lindos ojos se habian secado para caer sobre su corazon; una ansiedad cruel la devoraba y era presa de fuertes vértigos.

De pié, y aturdida, se habia acercado á su padre; sus ojos se hallaban inmóviles, fijos en un punto; despues pasó su pequeña mano con rapidez por su vista como si tratara de ver mejor, y extendiendo la mano hacia el lecho de un torrente.

—Allí... allí... dijo trémula por la emocion.

—¿Dónde? preguntó Harry con impaciencia.

—Allí; ¿no le veis?

En efecto, en el lecho de un torrente, un gracioso animal blanco, parecido á nuestros corzos, y del tamaño de una cabra pequeña, apagaba á grandes sorbos su devoradora sed. El animal parecia haber husmeado la pólvora, pues se hallaba inquieto y receloso; miraba hacia el sitio donde Ketli se dirigia jurando y perjurando en sus adentros por haber desperdiciado tres tiros (cosa, que segun él decia, era la primera vez que le habia sucedido).

Cuando descubrió la soberbia pieza que se le presentaba, Ketrlí se ocultó tras del espeso follaje y apuntó. En este momento fué cuando Sessy lo habia apercibido, pero el animal oyó sin duda el golpe del gatillo al levantarse, pues volviendo rápidamente su cabeza cubierta por un penacho negro, lanzó su brutal carrera hácia Ketrlí, este disparó.

Sessy lanzó un grito cubriéndose el rostro.

Harry apretó los dientes y el puño.

El animal en su carrera habia derribado á Ketrlí, que no sabiendo con qué clase de enemigos tenia que habérselas, se hallaba muy poco sobreaviso.

Ambos rodaron sobre el suelo y al borde del mismo torrente.

Harry cogió su escopeta sin darse cuenta de lo que hacia, y se descolgó desde la barquilla á la copa del árbol.

—¡Oh, no! dijo Sessy dominando su emocion. Ya llegais tarde.

—¡Cómo, tardel! ¡Canario! pues no faltaba más, y se tiró desde el árbol al suelo, sin contar la inmensa distancia que de este último le separaba aquel.

Harry cayó sin sentido al mismo tiempo que Sessy le gritaba.

—Porque ya se ha salvado.

--Cuando Harry volvió en sí, se levantó de un salto pero en este momento vió á su amigo que llegaba hácia él con su presa al hombro; solo un rasguño en un muslo y varios girones en su traje probaban la reciente lucha porque habia pasado.

Sessy echó una cuerda, que fué liada al animal, y poco despues Ketrlí y Harry subian con sus vigorosos brazos la pesada carga.

Despues se procedió á la cura de Ketrlí y al arreglo de sus vestidos; y un momento despues el *Regina* elevaba ancla.

Harry S'lay observó entonces el animal; era una

especie de corzo blanco con el pecho negro y un penacho en la cabeza parecido al de los faisanes de nuestro satélite. Sus patas largas y delgadas probaban la agilidad de que aquel raro animal debia estar probisto. Ketrli lo dividió en grandes trozos, y entregando uno á Sessy, esta tuvo ocasion de probar su maestria en el arte culinario.

Pocos momentos despues la vianda era devorada por nuestros viajeros con el mismo apetito que si hiciera muchas horas que no habian comido.

Enseguida una taza de exquisito café fué servido por el doctor, en cuya preparacion, podemos decirlo en honor de la verdad; no se conocia otro que pudiera rivalizar con él.

—Eh, qué os parece?

—Esquisito, mejor no lo toma ni el gran turco.

—Ahora podeis descansar un rato mientras yo velo y cordinio mis notas.

El país que entonces se estendia bajo sus piés era árido, montuoso, presentando una configuracion constante é invariable. En todas direcciones las crestas de las montañas trazaban curvas, ya circulares, ya elípticas, cuyos diversos puntos están á corta diferencia, situados en un mismo plano. Dichas crestas estan reduplicadas y formaban muchos altos que van disminuyéndose á medida que se aproximan al centro. Estas diversas alturas estan separadas por grandes grietas, cuya profundidad es imposible determinar. No se percibia rastro alguno de vejetacion en estas montañas, y las inmensas rocas que la componian, tenian toda la apariencia de las lavas volcánicas de nuestro suelo, cuando se cuajan por un resfriamiento súbito. Desde las crestas escarpadas del primero de los altos, caian casi verticalmente trozos de peñascos gigantescos, y se veian enormes montones de roca que forman á manera de gradas al pié de esta especie de muralla de muchas millas de alto. Las faldas se hallaban lijera-

mente inclinadas de todos lados hácia un centro; de suerte que todas las aguas del valle venian á reunirse allí, formando de este modo grandes lagos, cuyas orillas deben estenderse ó estrecharse á medida que por la evaporacion se estiende en la atmósfera más ó ménos agua de la que llevan los torrentes ó rios.

Del centro de estos lagos se elevaban una ó muchas masas cristalinas presentando colores variados y brillantes. El número de estos picos variaban de uno á cinco. Sus alturas desiguales, terminadas por superficies conoidales, tan regulares, que Harry S'lay no tardó en reconocer desde luego ser obra de la inteligencia de séres humanos y negar á la naturaleza el poder de haberlas creado.

¡Qué raudal de placer corrió en aquel instante por sus venas! Habia encontrado el término de las fatigas de su celoso y paciente estudio, habia encontrado un rastro de ese principio vital que tantos desvelos le habia causado; habia hallado la habitabilidad de la luna.

Y loco de alegría Harry S'lay se frotaba las manos llamando á sus hijos.

—Mirad, mirad, hijos míos, esos picos cuyas alturas desiguales, y que no pasa el más alto de ellos de unos veinte y ocho metros de elevacion, miradlos cómo se hallan terminados por superficies conoidales tan regulares como perfectas.

—¿Y bien, qué dices á eso? replicó Ketri.

—Esa regularidad en sus formas, contestó Harry, me hace reconocer la existencia de séres vivientes por estos sitios, pues es imposible que la naturaleza, con todo su poder, haya podido formar esos picos tan iguales en sus formas como variados en sus colores.

—¿Luego has dado con la habitabilidad de la luna? preguntó Sessy.

—Sí, ya no me cabe duda alguna de que es habi-

table como otros cuerpos celestes. Solo que las formas de los seres en este satélite deben de ser muy distintas que las de nuestras especies vivientes, porque las condiciones de la vida lunar, tan diferentes de las condiciones análogas de nuestro planeta, exigen grandes y profundos cambios en la naturaleza fisiológica y en el organismo de los animales y vegetales de este globo, de tal suerte, que las desemejanzas de las formas constitutivas que sorprende á primera vista, estan en conformidad con el orden natural.

—¿Sabes que seria cosa muy curiosa que nos encontrásemos hombres con cabeza de elefante y cuerpo de caballo? dijo Ketrli con su acostumbrado buen humor.

—Cualquiera que sea la forma bajo que se nos presenten no tardaremos en encontrarlos.

—¿De veras? preguntó Sessy con la curiosidad propia de su sexo.

—Sí, y puedo aseguraros que debemos estar preparados á ver una variedad estraña en los seres que pueblan este nuevo mundo.

—¿De veras?

—Tanto, que estas desemejanzas de la creacion viviente, que no tardaremos en ver, nos ha de sorprender doblemente cuando hallemos en ella una variedad de clases ó razas á manera de lo que sucede en nuestro globo con la raza kaukasica, la mongólica, la etiópica, la cobriza y la malaya ó tostada; en este satélite espero conocer en ese movimiento particular de la luna, que se viene observando, sino una variedad patente de razas, por lo ménos una desemejanza general de civilizacion.

—Como esperas, mi querido Harry, hallar esos dos grados infinitamente opuestos de la inteligencia humana, el estado del salvaje y del hombre civilizado.

—Sino lo espero, á lo ménos así lo creo.

—¿Has dicho que la luna tiene un movimiento par-

ricular en el cielo? preguntó Sessy deseosa de saber.

—Sí; Sessy, estudiándola cuidadosamente, no puede ménos de inferirse que se halla dotada de un movimiento propio en la esfera celeste. Observa sino cómo en un momento se halla en el cielo muy cerca de una estrella, y enseguida se la vé separarse muchísimo más y correr en una noche un arco muy perceptible en la bóveda celeste. Esto es lo que me ha hecho ver ser cierto por pura presuncion que el movimiento comun no es más que aparente.

—No ignoras, mi querida Sessy, continuó el doctor explicando sus nociones astronómicas, que nuestro satélite, en su movimiento de traslacion al girar en torno del sol describe una órbita elíptica que se conoce con el nombre particular de eclíptica porque en ella se verifican los eclipses. Ya sabes tambien que la luna necesita veinte y siete dias, siete horas y siete cuartos de hora para recorrer su órbita, es decir, para volver á coincidir con una misma estrella en el cielo.

Todas estas ligeras nociones astronómicas que debéis saber os las recuerdo para que así podáis conocer mejor y con más facilidad los descubrimientos que nos esperan.

—Adelante, adelante, dijo Sessy impaciente, á quien el deseo de saber era en ella una virtud.

Harry continuó:

—Pues bien: durante esta revolucion de la luna se presenta á nosotros ya bajo la forma de un menguante con los cuernos trocados, ya bajo la de un creciente, ya bajo la de un círculo entero; despues pasa otra vez disminuyendo por grados desde todo su grandor hasta desaparecer por completo. Este paso gradual y constante de un período á otro, es lo que ya sabéis constituye las fases de la luna. Cuando la luna se coloca entre el sol y la tierra, se comprende fácilmente que la mitad que mira al sol se hallará iluminada y oscura la que mira á la tierra, entonces no la vemos;

pero cuando la luna ha llegado á colocarse detrás de la tierra, la mitad hácia nosotros está clara é iluminada, porque entonces recibe la luz del sol reflectada por la tierra y se ilumina lo bastante para que se pueda ver simplemente con la vista si la atmósfera se halla despejada. A esta claridad se la ha dado el nombre de *luz cenicienta*.

Este satélite como lo ha probado la observacion de ciertos puntos siempre aparentes y bien delineados de su diseo, presenta constantemente el mismo hemisferio á la tierra, y por consiguiente, da una vuelta sobre su eje al mismo tiempo que recorre toda su órbita.

—Pero si da una vuelta sobre su eje ¿cómo es que siempre presenta el mismo hemisferio á la tierra? preguntó la jóven.

—No has comprendido, Sessy, contestó Ketrli tratando de explicarla una cosa tan natural como sencilla aunque bastante oscura para la jóven que sin duda no habia prestado toda su atencion en aquel instante.

Y despues, como si buscara un medio de hacerse comprender, continuó:

—La luna se halla en el caso de una persona, que partiendo de un punto dado en una sala, de una mesa redonda, la recorriese en toda su direccion con la cara vuelta hácia el centro; esa persona cuando hubiese llegado al punto de donde partió, habrá dado una vuelta sobre si misma. ¿No es eso, mi querido maestro.

—Muy bien!, Ketrli: muy bien, así es....., así es.

—Entonces, preguntó Sessy con mayor interés, hallándose inmoble con respecto á la tierra, solo una mitad de la luna podrá ser estudiada por nosotros y no será dado al hombre conocer por medio de la observacion directa el segundo hemisferio.

—Sino se puede descubrir la mitad de la luna, replicó el doctor, el fenómeno conocido bajo el nombre de Libracion, deja percibir ya las regiones polares, ya

las partes vecinas de los bordes del hemisferio vuelto hacia nosotros.

Estas libraciones son debidas á que el eje de la luna no se halla perpendicular al plano de su órbita y á que la marcha de nuestro satélite sobre la curva que traza no es uniforme, sin lo cual los dias serian iguales á las noches en nuestro globo para todos sus puntos y para todos los dias del año; pero el eje de la tierra está paralelo á sí mismo en su movimiento de traslacion, y de esta manera, el sol ilumina ya un polo ya el otro. Hé aquí cómo se explica esa duracion de seis meses en los dias y en las noches de las regiones circumpolares: del mismo modo que un observador colocado en el sol podria ver el movimiento del eje de la tierra, así nosotros desde esta podemos ver el movimiento que se llama *libracion de latitud*, esto es, ya la inclinacion hacia nosotros del eje de la luna, ya la desviacion de este mismo eje hacia nosotros. No es tan fácil concebir el segundo género de oscilacion llamado *libracion de longitud*; para esto es necesario suponer una línea recta que uniese el centro de la tierra con el de la luna; esta línea tocaria la superficie de la esfera en un punto que quedase invariable si nuestro satélite, en vez de volverse uniformemente sobre sí mismo, circulase al propio tiempo al rededor de nosotros con una lijereza siempre igual pero como esto no sucede, es claro que el punto de contacto es movable en la superficie de la luna, cuyo movimiento es más veloz cuando nuestro satélite se acelera que cuando se detiene; lo que equivale á decir que la luna oscila de un modo indefinido, variable al rededor de una posicion media.

Durante esta conversacion en el *Regina*, bajo él, las nubes se iban agrupando y tomaban un color negruzco. Encima, el cielo se hallaba completamente sereno, y la luna brillaba de un modo extraordinario; ni una nube empañaba sobre sus cabezas el azul oscuro de la bóveda celeste. Al poco tiempo un calor sofocante em-

pezó á dejarse sentir en el *Regina*, y el cielo empezó á tomar un color amarillento. Este fenómeno llamó la atencion del doctor. ¿Qué extraña revolucion, estaba pasando en aquellos momentos en el cielo Austral? La luna empezó á tomar un color semi-rojizo y trasparente hasta el punto de parecer toda ella un inmenso volcan en toda la fuerza de su ebullicion, despues fué gradualmente pasando desde este color subido de fuego á un amarillento oscuro que cada vez se hacia más denso; las montañas y aquellos inmensos lagos que tanta admiracion le habian causado, fueron oscureciéndose hasta que al fin dejaron completamente de verse. La luna habia desaparecido repentinamente.

—¡Estrano fenómeno! exclamó el doctor frotándose la frente como si así tratase de despejar sus ideas.

Ketrli, admirado de tan singular fenómeno, se aventuró á interrogarle sobre él.

—Yo mismo, querido Ketrli, no me sé explicar la razon, y por más que trato de investigar á la ciencia, esta se revela... pero, espera.

Y Harry quedó algunos momentos reflexivo.

—¿Habeis hallado la causa de semejante fenómeno.

Harry no contestó.

El silencio reinó algunos instantes más en el *Regina*, hasta que Harry Slay aizó la cabeza, y dándose una palmada en la frente, exclamó.

—Ya caigo. Torpe de mí... sí... eso debe ser.

—¿El qué?

—Escucha: este extraño fenómeno no puede provenir de otra cosa sino de una materia que cubre y envuelve a la luna, y dispuesta á dar salida a los rayos de tal ó cual color.

Ketrli no pareció quedar muy convencido. ¿Cómo era que el doctor Harry, aquel sábio profundo habia hallado el límite á su ciencia, tan vasta como elocuente! Esto mismo se preguntaba Harry; así es que quedó

triste y meditabundo. Indudablemente Harry habia hallado el principal fundamento de tan raro fenómeno, que solo en el cielo Austral se observa, pero si bien era evidente que una materia, un cuerpo extraño podia ocultar la luna y no otra causa, no así hallaba la total ocultacion de la luna. Esto es lo que el doctor no llegaba á descifrar, esto lo que le desesperaba y entristecia.

—Yo me ahogo, exclamó Sessy medio asfíxiada. En efecto, el calor habia aumentado considerablemente y la atmósfera que rodeaba al *Regina* hacia dudosa, imposible la respiracion.

—Bueno, contestestó Harry, que al escuchar la apagada voz de la jóven habia salido de su letargo; descendemos algunas millas, y allí la corriente de aire será más pura: diciendo esto, abrió la llave que comunicaba con la válvula, apagó completamente su mechero y dejó escapar una pequeña porcion de fluido por la válvula, lo que deshinchando algo el globo, este se hizo más pesado y empezó á descender perpendicularmente y con bastante rapidez.

A medida que iba descendiendo, las capas atmosféricas aparecian más ligeras, las corrientes de aire más puras, y la respiracion se hacia más fácil.

Sessy era presa de una fiebre muy intensa que la abrasaba la piel.

Ketrlí, al lado de esta, cuidaba de aplicarla algunas sales, cuya aspiracion podia volverla á la vida, mientras que Harry cuidaba minuciosamente de todas las operaciones necesarias para proteger el descenso del *Regina*. Harry sabia que las nubes llevan siempre consigo un gran remolino de vientos súmamente contrarios, y temia por su globo; temia que fuese azotado por todos lados y desgarrado por sus costados, pero gracias á la precision y agilidad con que fueron todas las operaciones ejecutadas, el *Regina* atravesó victoriosamente la region de las nubes deteniéndose algunas millas

de distancia del suelo selenio, donde el arpon encontró indudablemente alguna grieta en que enganchar.

Sessy volvió en sí, más que por la aspiracion de las sales, por el cambio repentino de ambiente.

Harry dió un grito, ¡grito de alegría! acababa de descubrir la razon de aquel fenómeno que tanto le traía preocupado; esta diferencia determinada de colores, desde el rojizo al amaril'lo tostado, no se hallaba fundada ni en el aire que nos rodea ni en la materia de la luna ni en el ojo observador, sino que era de inferir que la refraccion de los rayos luminosos en las capas atmosféricas de diferentes densidades fuera el solo motivo de semejantes combinaciones de colorido.

Entonces recordó que Keppler habia sido por dos veces testigo de este fenómeno en los años 1581 y 1583; que Hevelius lo habia comprobado en 1620; que la Compañía de jesuitas de Bolonia, el 14 de Abril de 1642, es decir, 227 años antes y en el mismo dia, habian visto una desaparicion total y repentina de este astro en el mismo cielo claro y sereno, «de tal suerte, que no se le podia descubrir ni aun con los mejores instrumentos.» Entonces, en fin, fué cuando recordó que Sessy habia estado á punto de perecer ahogada por la misma densidad de presion atmosférica, y que apenas esta desapareció con su descenso á otra atmósfera más lijera, habia recobrado la salud. Luego era de inferir que la luna se hallaba rodeada á veces de una materia densa, una atmósfera de plomo, y otras, en que dicha materia se hallaba en un estado de escensiva variedad.

CAPITULO VII.

La fiebre.—El sacrificio.—Una noche en la Selenia.

Se ha salvado.

El *Regina* quedó inmóvil á las diez sobre una vasta extension de pantanos, sobre cuya tranquila superficie de agua estancada se cernia el espeso velo de un celaje negruzco.

Todo amenazaba la proximidad de una tormenta. El aire se iba haciendo cada vez más denso, la respiracion era fatigosa, el sonido de la voz se trasmitia con dificultad: ni un rastro de vida, ni un principio de vegetacion; solo vastas soledades, campos estériles se descubrian á cuanto la vista de nuestros viajeros podian abarcar á la escasa luz que podia penetrar por algun claro de aquella bóveda sombría.

Sessy, á quien habíamos dejado algo más aliviada, empezó á sentirse mal con aquella atmósfera pesada, cual una bala de hierro que se suspendia sobre las cabezas de los aeronautas; iba haciéndose cada vez mas imposible la respiracion, y los miasmas insalubres que se elevaban de aquellos lagos de aguas estancadas, alteraban notablemente la salud ya quebrantada

de la jóven, así es que la fiebre habia vuelto con mayor insistencia, la sed que la devoraba la hacia presa de los más horribles sufrimientos; su boca se hallaba completamente seca, su lengua pegada al paladar, y sus dientes fuertemente apretados, no la permitian hablar.

—¡Agua... agua... murmuró la jóven: yo quiero agua, yo me ahogo... uf... agua... agua, volvió á repetir, dadme agua.

Ketrli la aplicó una pocion que Harry habia compuesto, pero esta se hallaba tan caliente, que lejos de apagar la sed la aumentó.

—Subamos. Ved que se ahoga sino, dijo Ketrli estrechándola contra su seno.

—No deseo otra cosa, pues los relámpagos pueden inflamar al *Regina* y entonces éramos perdidos; pero la tempestad...

—Aún está lejos; ganemos las alturas, y una vez allí, la brisa más lijera, nos volverá la vida á mi Sessy.

Y diciendo, estrechaba contra su pecho aquella hermosa cabeza, tan pálida como la misma muerte.

Sessy levantó triste y dulcemente sus negros ojos; Ketrli dejó posar sobre ellos un beso, el primero que la jóven habia recibido en su vida, y sus mejillas se animaron por un tinte pálido sonrosado. Primer testimonio de amor que los dos esposos se daban á las puertas, quizá, de la misma muerte.

—¡Ah! subamos, mi querido amigo; ¡pronto, Sessy se muere!

Y el jóven retorcia sus brazos, se mesaba los cabellos con desesperacion.

—Voy á intentarlo, pero temo que la densidad de las capas atmosféricas sea tal, que el *Regina*, á pesar de nuestros esfuerzos no sea suficientemente lijero. En efecto, elevando el ancla, el globo zozobró en el aire pero no se movió.

—Ya me lo figuraba; expresó tristemente S'lay.

—Arrojemos el lastre.

—Arrojémosle.

Y las trescientas libras de lastre fueron arrojadas.

—El globo siguió algunas varas más, pero á pesar de todo continuó en su inmovilidad.

—¿Qué hacemos? preguntó Harry S'lay.

—¡Agua... agua... más agua! balbuceó Sessy con apagada voz.

—¡Maldicion! exclamó Ketrli que empezaba á desesperarse.

Entretanto, el globo volvía á descender, á medida que la presion le obligaba á ello.

—Todos nuestros esfuerzos son inútiles, Ketrli. Ya lo ves.

—Aún no, arrojemos el resto de mi caza y algunas libras más de pemmican, contestó Ketrli.

Esto fué arrojado y el globo quedó inmóvil; solo faltaban algunas libras más y el *Regina* subiría como el rayo perforando la inmensidad de las nubes que lo aplastaban con su peso.

—¿No sube todavía? preguntó Ketrli.

—Ya lo ves.

—Entonces, yo la salvaré, y santiguándose, corrió hácia el borde del carro como un desesperado.

—¿Qué vas hacer? ¡Desdichado!

—Pero ya era tarde, Ketrli se habia arrojado desde el *Regina*, midiendo de un salto la inmensa altura que le separaba de la tierra; y el *Regina*, aligerado del peso de ciento treinta libras, subió con rapidez ganando las más altas nubes.

Sessy empezó á respirar más libremente y llamó á su marido. ¡Pobre mujer!

Al oír el doctor el nombre del noble jóven en los labios de su hija, un estremecimiento corrió por todo su cuerpo. ¿Qué podía decirle que no fuera para aumentar su desesperacion y la enfermedad de esta?

—¡Ketrli! ¡Ketrli! no me oyes, repitió la jóven con débil voz.

Nadie respondió.

Entonces la jóven se incorporó. Una mirada abarcó en torno suyo cuanto la rodeaba. Su padre, completamente postrado, se hallaba con los brazos cruzados sobre el pecho y apretando sus dientes convulsivamente, juraba y maldecía con frases ininteligibles.

—¡Ketrli! volvió á repetir abriendo cuanto pudo sus grandes y negros ojos mirando con espanto en su derredor. ¡Ketrli! Padre, ¿dónde está mi amado Ketrli?

A este nombre Harry se estremeció.

¡Dios mio! ¿será verdad? ¿Qué, no me oyes, dónde está mi Ketrli?

—¡Dios lo sabe, hija mia! y se echó á llorar con verdadera desesperacion.

—¡Dios mio! volvió á exclamar la jóven pasándose la mano sobre sus ojos como si tratara de arrancar una idea de su imaginacion. ¿Con que no era un sueño? ¡Ah! todo lo comprendo, continuó meneando tristemente la cabeza, ¡se ha arrojado por salvarnos, y á estas horas habrá muerto!

Estas últimas frases de Sessy ¡se ha arrojado por salvarnos y á estas horas habrá muerto! hicieron honda impresion en Harry S'lay. Esto equivalia á una reconvencion; se ha arrojado por salvarnos; es decir, le has dejado sacrificarse por nosotros de ese modo, cuando por tí solo ha venido en el *Regina* á este maldito viaje, y á estas horas habrá muerto; lo cual, en boca de Sessy, que tanto amaba al jóven, queria decir, pues bien yo tambien moriré.

¡Pobre Harry, cuántos sufrimientos no padecía en aquellos instantes! El, que tanto amaba á su Sessy; él, que hubiera dado su vida por una sonrisa en estos momentos de la jóven; la veía triste, convaleciente y llorando con su moreno rostro entre sus pequeñas manos. El, que tanto apreciaba al valiente jóven que tan ge-

nerosamente se habia sacrificado por salvar la vida de su Sessy, de su hija; le consideraba perdido. ¡Perdido! sí, pues solo Dios podia saber dónde estaba.

Ketrli se hallaba, pues, perdido.

—¡Muerto! exclamaba la jóven, y el llanto ahogaba su respiracion.

Harry no pudo resistir más al dolor de su hija, y alzando sus ojos al cielo;

—Sea, dijo, lo que Dios quiera. Y moderó la mecha.

—¿Qué vâs á hacer? preguntó Sessy queriendo adivinar.

—Descender á la luna cuanto más pronto sea posible, y de si la tempestad ha pasado, como creo, buscarle.

—¿Y si la tempestad no ha pasado?

—Entonces las nubes nos lo avisarán y esperaré sobre ellas.

—¿Y despues?

—Despues, contestó el doctor algo embarazado, despues veré de orientarme, pues aunque la oscuridad de la noche era tal allá abajo cuando el *Regina* se precipitó en los aires, que no me permitió tomar una nota exacta del terreno, con todo, no debemos haber andado aún muchas millas, recorreré el terreno, haremos algunos disparos al aire; si Dios le ha salvado los oírâ indudablemente y vendrá en seguida, sino... Y Harry paró la frase como no atreviéndose á formularla, sino... si no nos oye...

—¡Si no nos oye ó ha muerto! quereis decir; se apresuró Sessy á contestar con dolor.

El doctor se estremeció.

—¡Para qué ocultármelo, padre mio! Es preciso que nos vayamos haciendo á la idea de no volver á verlo más; dado caso que no haya caído en alguno de los inmensos lagos que nos rodeaban, ¿creeis que haya podido resistir mucho tiempo á la tromba de fuego que se cernia sobre nuestras cabezas?

—Quien sabe, Sessy, Ketrli es fuerte y vigoroso. ¡Esperanza!

—¡Esperanza! respondió Sessy con el dolor en su corazón.

Mientras tanto, el *Regina* seguía su descenso, protegido por una suave brisa de S. E. El más profundo silencio reinaba en los espacios infinitos de la celeste bóveda. Solo el dolor y la angustia llevaba en su blando seno aquella maquina aérea que diez días antes se había elevado ganando las alturas de las islas británicas, en medio de los gritos de alegría y de los vítores de más de diez y seis mil millones de habitantes.

¡Flaqueza humana! ayer, gozo y alegría; hoy, el más profundo silencio, el dolor; solo el silbido apagado de la respiración angustiada y trabajosa de nuestros dos viajeros dominaba en el *Regina*.

Algunos minutos después se hizo sentir en el carro el roce de las anclas sobre el suelo.

Harry levantó su cabeza inclinada sobre el pecho y descubrió un corpulento árbol á algunos pasos de distancia contra el cual el *Regina* iba á estrellarse.

Sessy lo había visto también y dió un grito, pero S'lay había maniobrado ya dando impulso á su mechero y el globo se elevó como un condor. Una de sus anclas se asió fuertemente al ramaje de este árbol, y de este modo el *Regina* quedó sólidamente sujeto.

Harry S'lay bajó, y después de haber sujetado fuertemente la otra ancla á las altas ramas de aquel corpulento sicomoro, empezó á descender gravemente por su tronco hasta llegar al suelo.

Sessy, á quien el doctor había dado sus instrucciones, quedó de atalaya, un disparo debía avisarle al menor riesgo que uno ú otro pudieran correr.

Esto convenido, Harry se alejó; empezando por orientarse, pronto comprendió que el *Regina*, en su descenso había sido enredado á algunas millas más dis-

tante hacia el S. E. del sitio donde su desventurado amigo habia consumado su sacrificio; así es que sus investigaciones se dirigieron desde luego á este sitio.

La noche era hermosa y clara, aunque algo húmeda por la reciente lluvia que habia caído pocas horas antes. Ni una nube en el cielo, ni un solo rastro del menor ser viviente en la tierra. Esto es cuanto se presentaba á los ojos de Harry S'lay. Este, tremulo, febril, apretando los puños con rigidez, recorría á grandes pasos toda la extension de aquellos grandes lagos de cuyas aguas súcias y estancadas se desprendía un olor pestilente é insalubre. Sus ojos buscaron con avidez. Una pequeña eminencia de roca cristalina como el cuarzo se elevaba á dos pasos de él, algunos más y ganó la cima de esta roca; miró en derredor con el auxilio de su anteojo. Su corazón palpitaba con violencia, y una fatiga mezclada con la angustia y ansiedad, parecia quererle ahogar; así permaneció un cuarto de hora; nada descubrió su lente, nada tampoco su vista. Solo el *Regina* se balanceaba muellemente en el espacio. Sessy se la veía de pié apoyada en una de las cuerdas que sujetaban la frágil barquilla al globo. Se hallaba observando lo mismo que Harry, en todo lo largo de aquella vastísima extension, sin que sus ojos y su grandioso lente tuvieran más virtud que los de su padre.

Solo la multitud de las estrellas en el cielo austral despedían sus silenciosos rayos, que reflejaban en la superficie de las turbias aguas de los lagos, sombreando en ellas el difícil contorno de aquellas rocas inmensas. Todo parecia bosquejar lánguidamente aquel silencioso espectáculo, aquel tristísimo paisaje. Solo dos corazones latían con la misma violencia, apesar de la enorme distancia que los separaba. Solo el sonido de dos respiraciones mal comprimidas en el pecho se dejaban oír, la una á bordo del *Regina*, la otra en la superficie del suelo selenio. Solo el maullido de los cha-

cales y el rugido de las panteras se oían en la selva vecina. El doctor se estremeció por el desventurado Ketrli; llamó una, dos, tres, muchas veces, pero solo el eco respondía, repitiendo este nombre tan querido de nuestros viajeros. Disparó su carabina y esperó algunos minutos. Los chacales dejaron de mallar, las panteras cesaron de rugir, y el silencio quedó completamente tan restablecido en la selva como en los vastos arenales. Harry volvió á disparar hasta seis tiros, y en distintos sitios. Nada le respondió: se dirigió á la selva, la recorrió en todas direcciones. Imprudencia que pudiera haberle costado muy cara, sobre todo para la pobre Sessy, á quien no quedaba otro guía ni más apoyo que él; pero Harry no reparaba: no era aquel el momento de reflexionar. Necesitaba encontrar á su amigo Ketrli, y el doctor era uno de esos hombres audaces para quienes nada les intimida cuando es necesario salir de una empresa con triunfo; pero ¡ay! sus esfuerzos fueron vanos: Ketrli había desaparecido, ¡desaparecido por salvarlos! Y estos pensamientos habían puesto su cerebro en tal estado de exaltación, que corría desesperado, como un loco, sin saber dónde, cuando una detonación lejana, á su espalda, hirió sus oídos. Harry volvió á la razón y quedó como petrificado.

¿Sería Sessy? ¿Le habria sucedido algo á la pobre niña, ó tal vez era él que se hallaba en peligro y esta le avisaba? ¡Entonces conoció cuánto se habia alejado!

—No perdamos tiempo, dijo, volvamos; y volvió con rapidez á desandar el camino que llevaba hecho, y dirigiéndose por tanto hácia el sitio de donde habia salido aquella detonación que él creía un aviso del *Regina*.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡mi pobre Sessy! gritaba. ¡Jesús! ¡Qué imprudencia! ¡Qué imprudencia la mía! Pero Harry se engañaba.

Una voz que pedía socorro le hizo estremecerse involuntariamente.

Habia reconocido la voz de Ketrli.

Sí, no cabia duda, el jóven se hallaba en peligro.

¿Pero cómo ganar la distancia que los separaba?
¿Llegaria á tiempo?

El doctor se dirigió hácia el sitio de donde habia salido tan dolorosa expresion.

Allí, en el fondo de una garganta muy estrecha, tapizada de puntiagudas rocas, se hallaba el desgraciado jóven horriblemente sujeto por *w-hare puniw* ó especie de cepo australiano para los lobos que los neozelandeses forman con dos piedras, cuyas aristas extremadamente cortantes como la hoja de una cuchilla, se halla erizada de puntas que engranan como una doble fila de dientes las unas sobrepuestas en las otras.

Al verle Harry en tan dolorosa situacion, corrió hácia él, descendiendo velozmente aquel desfiladero con gran riesgo de su vida, frecuentemente amenazada por los picos de aquellas rocas, otras tantas pirámides de rico basalto como en la Nueva Alejandría.

La alegría de Ketrli no tuvo límites al ver á su valeroso amigo acudir á su socorro.

En cuanto á este, no consiguió, sino á fuerza de mucho trabajo, separar las dos láminas que oprimian la pierna del cazador.

Despues se abrazaron; pero la fuerte hinchazon del muslo, impidiéndole marchar por sí solo, le obligó á aceptar los brazos de Harry S'lay.

Así se salvaron los dos audaces viajeros del *Regina*, á quien Sessy creia ya perdidos. ¡Perdidos por salvarse los unos á los otros!

Había reconocido la voz de Ketti.
 Si no cabía duda, el joven se hallaba en peligro.
 ¿Pero cómo ganar la distancia que los separaba?
 ¿Llegaría a tiempo?
 El doctor se dirigió hacia el sitio de donde había
 salido tan dolorosa expresión.
 Allí, en el fondo de una garganta muy estrecha, la-
 pizada de puntas de rocas, se hallaba el desgraciado
 joven horizontalmente sujeto por los brazos y las
 caderas a los brazos de los hombres que los rodeaban.
 Las formas con las que quedaban, cuyas aristas extre-
 mamente cortantes como la hoja de una cuchilla, se ha-
 llaban encima de puntas que enganchaban como una doble
 fila de dientes las unas sobreponiéndose en las otras.
 Al verlo Harry en tan dolorosa situación, corrió há-
 cia él, desmenuzando valientemente aquel destellado con
 gran riesgo de su vida, frecuentemente amenzado
 por los picos de aquellas rocas, otras tantas pirámides
 de rico basalto como en la Nueva Alejandría.
 La alegría de Ketti no tuvo límites al ver a su ve-
 leroso amigo acudir a su socorro.
 En cuanto a este, no consiguió, sino a fuerza de
 mucho trabajo, separar las dos láminas que oprimían
 la Tierra del cazador.
 Después se abrazaron; pero la fuerte fricción del
 mástil, impidiéndole marchar por el suelo, le obligó a
 aceptar los brazos de Harry Slay.
 Así se salvaron los dos valerosos viajeros del Weyna.
 A quien Sney creía ya perdido. ¿Perdido por salvar
 a los otros a los otros!

CAPITULO VIII.

Selenografía.—Terreno de transición.—Reino vegetal.—Reino animal.

El *Regina* había desaparecido de la superficie de la tierra ganando las alturas del *Cielo Austral*.

La luna se elevaba sobre el Oriente desembarazada poco á poco de los vapores que oscurecían su claridad.

El cielo conservaba aún en el horizonte un tinte color rosa claro.

El paisaje había cambiado completamente de decoración; en vez de los países montuosos de constante é invariable configuración; en vez de aquellas crestas estériles; en vez de aquellos lagos de cuyo fondo se elevaban aquellas masas cristalinas y de colores vivos y variados; en vez de aquella carencia absoluta del reino vegetal y animal, la luna presentaba llanuras muy fértiles.

Lo primero que hirió la vista de nuestros viajeros, fué una extensa campiña donde la naturaleza, en todo su esplendor, había llenado el cielo y la tierra de una radiante belleza. Todo alrededor de ellos respiraba la

gloria, la fecundidad, la vida: el ojo se hallaba encantado. Cada flor fascinaba por el brillo de sus colores, cada arbusto por sus frutos raros y bellos en sus formas. Los bosques de mirtos, de limoneros y de rosas bajo las pomposas bóvedas de palmeras y de cipreses, animaban las ondas puras de los arroyuelos y los perfumes que caían de la montaña, subían con inefable dulzura envueltos en la brisa. En medio de esta brillantez de paisaje, los castos rayos de las estrellas jugueteaban sobre la superficie de este satélite.

Después, una roca de un color verde, asemejado al lichen, que se riega con frecuencia; aunque su tinte parecía no debía atribuirse á semejante causa, pues su posición elevada y el sumo declive de la roca, facilitando á los rocíos sobrantes un derrame fácil y á la vez ligero, impedía que el lichen participase de la coloración. De haber visto este mineral, no debía inferirse que otro vegetal de la familia de los musgos, buscara allí su existencia, pues era cierto ser ese el color de la piedra. A esta roca siguió una especie de mosaico de pequeños guijarros morenos, un pavimento cortante cuyo número de piezas parecían encajar como en un molde las unas en las otras. Grandes peñascos, entre los que nacían una especie de arbustos de hoja plana y ancha como una pala, se elevaban de la superficie del suelo. Estos peñascos se componían de cristales mal desenvueltos incrustados con piecitas calcáreas é interpoladas de lavas cubiertas de conchas encostradas, teniendo las posiciones más incoherentes.

Un poco más lejos, la abundancia de vegetales, hicieron conocer al doctor la proximidad del terreno húllero, pues que uno de los más recomendables caracteres de esta clase de terrenos, es la abundancia del reino vegetal, el cual contiene muchas especies más que la de los otros reunidos. Entre estas numerosas especies aparecían los *cryptógamos*, *vascularios* y los

phanérogamos, *monocotylédones*, cuyas dimensiones gigantescas atajaban á muchos de los más altos vegetales de nuestro globo.

En estos terrenos llamados de transición ó intermedios, parece no encontrarse unas veces otros cuerpos orgánicos que animales acuáticos y vegetales, cuyas formas anuncian una naturaleza excesivamente diferente en este satélite que las numerosas especies de nuestro globo; otras, por el contrario, aparecen terrenos primitivos donde no se halla el menor trozo de vida, sea animal ó vegetal. Una de las causas que caracterizan estos últimos terrenos, es que generalmente en estos se hallan en capas inclinadas grandes filones que causan la riqueza y la industria humana, es causa de la gran cantidad de metales que en ellos se encuentran.

Harry Slay había moderado mucho la llama del *Regina* y este caminaba alrededor del nuevo mundo lento y rastrero. De este modo, sus observaciones podían ser tan verídicas como exactas.

En cuanto á los terrenos estratíficos primitivos ó primordiales, ofrecían en este satélite más variedad que en el nuestro. Estos terrenos, que son llamados rocas estratíficas, no fosilíferas, presentan en este satélite una contestura que indican haber sido formados por vía de cristalización y no sedimento; lo cual es un carácter muy distintivo, pero la sola diferencia que puede establecerse para distinguirlos de los demás terrenos es la ausencia de cuerpos orgánicos, y su posición inferior á toda capa fosilífera.

Los gueis merecían una particular atención en la luna.

Estas rocas, que son las más antiguas de todas las estratíficas, formaban montañas más elevadas que las otras y que los gueis que se encuentran en nuestro globo. Estos se hallaban ligados tan íntimamente con el granito, que la línea de demarcación entre el uno y el

otro era completamente muy difícil de establecer, tanto más cuanto que sus caracteres distintivos se presentaban muy poco apreciables; así la extratificación de el gneis es frecuentemente difícil de hallar, porque éste es una roca esquista, y la estructura no extratifica del granito se apercibe apenas en las partes exteriores donde se encuentran bien en masas, bien en forma de vetas ó venas de esta última composicion es como se encuentran en los Alpes de nuestra tierra.

Los terrenos volcánicos, Harry S'lay pudo conocer desde el *Regina* se hallaban generalmente compuestos como los de nuestro planeta, de rocas feldspáticas, albiticas, emplubólicas, pirogénicas y tálcicas.

En medio de este país estéril, pedregoso, entre estas rocas elevadas desprovistas de toda vegetacion y en un lugar en donde parecia imposible la existencia de la vida Harry S'lay reconoció entre trozos de piedra, al parecer de granito, un mónstruo, un ser irracional dotado de facultades locomotoras, y cuya forma era tan rara, que Harry no pudo ménos de parar su máquina algunos momentos para estudiarlo. Su cabeza, una especie de triángulo carnososo, cubierto de un cuero lustroso y gris, tenia en la parte anterior un cuerno que se dividia en tres brazos ó ramas en la mitad de su longitud que podia graduarse en pié y medio, y siguiendo desde allí enteramente recto. Ninguno de los del *Regina* pudieron divisarle las orejas, y sus ojos, colocados en la coronilla de la cabeza y resguardado con una visera de pellejo que se plegaba á voluntad, miraba á los peñascos y al cielo sin duda para asegurarse de algun pájaro voraz. Su cuerpo, del grueso de el de un lobo; era mucho más prolongado, lo que daba á la cabeza, que era muy desproporcionada y que se balanceaba á derecha é izquierda, un aspecto temeroso.

Dicho animal era bípedo; sus piernas cortas, y sus piés muy anchos, la piel parecida á la del rinoceronte,

y en la rabadilla le nacia una cola plana, articulada por anillos, terminada por una espátula huesosa guarnecida de largas puntas que le servian para fijarse y elevarse en medio de aquellas rocas silvestres.

Este mónstruo, apenas apercibió al *Regina*, se ocultó con lijereza entre las grandes grietas de las rocas, lo que no dejó de contrariar á Ketrlí que ya se veía dueño de tan extraña cabeza, para guarnecer el arsenal de armas de su gabinete de *Elmley Worcestershire*.

El *Regina* continuó en su marcha veloz, lijero como una piragua en el mar, y á poco la faz lijera del clima varió completamente, y unas flores color de violeta anunciaron el aspecto de la naturaleza más alegre.

CAPITULO IX.

Razas inteligentes.—Andro-selenios.—Vespertillos.

—Fisiologia.—Guerras salvajes.—La sorpresa.—

El peligro.

La criatura inteligente es lo que buscaban con mayor ánsia los intrépidos viajeros del *Regina*.

El primero de estos seres se les manifestó por primera vez á su vista á la entrada de un bosque de árboles en el cual se criaban á la vez el *cipresus* y el *pinus maritima*.

Harry S'lay lanzó un grito de alegría; su ciencia, sus estudios, durante cuatro años, no le habían engañado.

La luna era habitada.

—Mirad, mirad, decía Harry risueño y orgulloso de su triunfo; Sessy, Ketrli, mirad lo que yo os decía, un ser humano, un sér racional.

Estos lanzaron una sonora carcajada.

Aquel ser viviente, al divisar aquella masa inmensa en los aires, estendió sus alas y desapareció tan pronto, que los dos jóvenes no dudaron en tomarlo por un pájaro grande.

Pero bien pronto la reaparicion de una legion de séres iguales al que habia causado aquella risa de los jóvenes, y la admiracion del sábio profundo, decidió la cuestion en favor de Harry S'lay.

Sessy se hallaba absorta al ver aquellos séres inteligentes, provistos de unas largas alas como el condor, estos se aglomeraron sobre una llanura pequeña limpia y pendiente.

—Hé aquí, mi querido Harry, unos séres que no necesitan de una máquina semejante al *Regina* para estudiar nuestro planeta, sin más que decir voy y descender, podrian dar un espectáculo á nuestros compatriotas... ¿pero qué diablos hacen, doctor?

—¡Pronto! ¡pronto! subamos, ó somos perdidos, contestó Harry.

Quieren apedrear al *Regina*.

Y dando toda la fuerza posible á su mechero, el globo adquirió una fuerza ascensional muy poco del agrado de los selenios, los que al ver elevarse rápidamente aquella masa inmensa, se lanzaron en su persecucion rompiendo los aires con las alas que cubrian su cuerpo.

—¡Nos alcanzan! ¡nos alcanzan! exclamaba Sessy temerosa.

Entonces Ketrli echó su carabina á la cara, y disparó al aire; al extruendo de aquella imprevista detonacion, todós desaparecieron como por encanto.

—Atrasados andan en nuestro nuevo mundo, Harry. No conocen las armas de fuego.

—Quien sabe si poseerán el secreto de otras más terribles, Ketrli, respondió el doctor algo más tranquilo

—¿Crees...?

—Tiempo tendremos de verlo.

El *Regina*, en su larga travesia, dominando siempre la superficie del mundo celeste, habia ganado las alturas de una montaña sobre la cual se elevaba un inmenso y tosco castillo.

—Ved ahí, decia Harry, un edificio cuya construccion no sé si atribuirle á seres inteligentes como los que hemos visto hace poco, ó al poder de la sábia naturaleza

—Crees, replicó Sessy, que la naturaleza tenga ó haya podido tener participacion en una obra de tan regular construccion y solidez.

—Todo pudiera ser. Los ventisqueros, lo que en el Africa se llama el Simoun, deben sucederse con frecuencia en esta parte árida y despoblada del satélite, y semejantes á los desiertos de la Arabia allá abajo en el Asia. Estos, sabido es que arrastran tras sí con ímpetu feroz multitud de materiales gredosos y hasta enormes piedras que se desprenden de las montañas, y hallándolas en su paso las arrastran con violencia. Nada, pues, tendria de extraño que uno de estos ventisqueros haya bastado para levantar en una hora lo que estais viendo.

—¡Una hora! replicó admirada Sessy, una hora basta para formar tan elevada fortificacion.

—Sí, y aun ménos: no sabeis, hijos míos, la fuerza de que estos vientos se hallan dotados por la naturaleza. ¡Desgraciados nosotros si tuviéramos que pasar por una prueba semejante!

—Luego, segun eso, podemos afirmar que la naturaleza de por sí construye con tanta solidez como pudiera hacerlo una cuadrilla de obreros.

—Sí; ademas, lo pe lregoso del terreno me hace creer que esta es la única que se ha encargado de levantar semejante construccion y negar al arte su formacion.

Pero el doctor se engañaba, pues rompiendo los aires con las álas que cubrian su cuerpo, volvieron en seguida por el mismo lado que habian desaparecido los selenios con otros séres del mismo género, pero no de la misma especie de los que habian percibido antes, aunque muy vagamente para poder formar conjetura alguna.

Harry pudo estudiarlos mejor.

Los selenios no tenían de alto más que dos piés y ocho pulgadas, estatura media; su cuerpo era flexible y prolongado, sus articulaciones tenían la apariencia del vigor; sus espaldas, dotadas de grandes álas, más largas en la hembra, asemejándose por la naturaleza del plumaje y por el de su base á las álas del avestruz, pero más prolongadas, tirantes y delicadas en sus bordes como las de la gaviota, aunque infinitamente más largas, pudiendo de este modo el selenio gozar de un vuelo más valiente y rápido.

Ketrli hizo notar al doctor cómo uno de ellos se mantenía sobre el agua corriendo con facilidad en ella.

—Es extraño, decía, que las funciones de todas las facultades locomotoras se aglomeren en un solo sér.

—Todo me confirma, replicó S'lay, que la ciencia nunca es engañosa y ser cierto el que el hombre lunar deba cumplir en la atmósfera todas ó la mayor parte de sus funciones.

—¿Y qué funciones son esas que has previsto? replicó Sessy siempre estudiosa, siempre tratando de instruirse.

—El campo de las observaciones, Sessy, es muy extenso para que nos entreguemos á conjeturas metafísicas que solo nos daría por resultado muchas probabilidades pero nada de cierto.

—¡Cómo! expre ó admirado Ketrli, para quien la ciencia del doctor aparecía inagotable; no sabrás explicarte fenómenos tan diferentes de los que desempeñamos nosotros en la tierra.

—Solo inducciones, mi querido Ketrli, inducciones, pero no hechos.

—¿Esperas, según eso, que los hechos confirmen tus opiniones?

—El tiempo se encargará muy pronto de contestarnos, respondió Harry gravemente.

Los selenios se hallaban cubiertos de pieles grises semejantes á la que cubria el cuerpo del extraño animal que ya hemos visto en el capítulo anterior, y las hembras con las blancas de corzo que ya conocemos, gracias á la destreza y certeria de Ketrli: sus brazos y sus piernas, completamente desnudos, mostraban un perfecto y alto grado de blancura en su cutis: por un contraste admirable, sus ojos eran azules y la cabellera negra y suelta, mucho más larga en las selenias, caía por las espaldas, estendiéndose entre las dos alas, hasta la cintura, y en las hembras, hasta cerca de el pié.

Una de las cosas que más llamó la atención de nuestros viajeros, fué la extraordinaria belleza de las mujeres y la hermosura que resaltaba en el espacio cuando las alas se desplegaban en los aires flotando aquella cabellera sedosa y negra como el azabache.

Empero hemos dicho que al lado de esta raza de seres, que los viajeros del *Regina* no dudaron en clasificar como pertenecientes á ocupar la primera línea en el satélite, habian aparecido otros cuyas formas eran más rústicas. Su estatura era de cuatro piés de alto, y se elevaban en la atmósfera, por medio de sus alas, como los selenios; pero estos no tenían plumas, carecian de la facultad extraordinariamente aérea de los selenios, así es que se veian privados de alcanzar distancias tan considerables sin cansarse: por eso se los veia descansar frecuentemente y á veces con el objeto de renovar el vigor de sus alas membranosas despues de un vuelo algo prolongado, descendian á un rio ó á un lago y se bañaban tomando despues su vuelo tan rápido como al principio.

—Parece que sus facultades, siendo ménos importantes, no han recibido del Criador sino la mitad del poder concedido al selenio, objetó Sessy, comprendiendo la notable diferencia que existia entre uno y otro.

—Con todo, replicó Ketri, ¿será de creer que el Creador haya querido en este punto establecer el contraste más exajerado entre estos y los selenios?

—El campo de la filosofía siempre ha sido muy vasto, y lo ha llegado á ser mucho más despues que el estudio nos ha puesto en las manos los secretos de nuestro satélite. Dejo las presunciones para los que vengan despues, porque mi mision en este momento se limita á divulgar mis observaciones y descubrimientos en este cielo desconocido: ya veis que esto es de por sí bien importante, dijo S'lay sonriendo irónicamente.

Despues de un corto silencio, Harry volvió á tomar la palabra.

—La constitucion de estos nuevos séres que se nos han presentado, veis que no se diferencia nada de la del hombre con relacion á los otros órganos; pero entre ellos reconoció a estos últimos con todos los signos exteriores de su inferioridad intelectual á los primeros. Su ángulo facial está ménos desenvuelto que en el del selenio, su cabeza plana ó lisa, su cuello delgado, y si se echa una mirada sobre la apariencia fisiológica en general, hallamos que está muy distante de presentar aquellos signos de dominacion que son herencia de la raza selénica propiamente dicha.

—¡Cómo! ¿crees que estos nuevos séres no son selenios? expresó Sussy en su afan de aprender.

—A lo ménos lo dudo... es decir, lo afirmo, añadió Harry al ver que uno de estos habia estendido su vuelo atravesando bajo el *Regina* el cielo Austral, y escondiéndose entre las sinuosidades de una estrella más próxima.

—¡Cómo!

—¿Habeis seguido el vuelo que uno de ellos acaba de tomar? ¿Le habeis visto ocultarse sobre la superficie de esa estrella?

—Sí.

—Pues bien, esas estrellas son habitables como lo estamos viendo en la luna, son otros tantos mundos como nuestra tierra, como el sol y como la luna; á quien rodean son los que los astrónomos designan con el nombre particular de vespertillos.

—Luego son vespertillos todos esos seres que parecen recibir órdenes de los selenios.

—Así es, mirad ahora, esa debe ser la hembra del vespertillo que partió hace un momento; y diciendo así, señalaba á uno de estos seres que se ocultaba en el mismo sitio que el anterior.

¿Cómo distingues los sexos?

—Difícilmente podría hacerlo sino considerase semejante cuestion bajo el punto de vista de las formas. En esto difiere de la hembra del selenio, que tanto por su extremada belleza y por la estension de sus alas y de su cabellera, como por el color de su plumazon, se separa esencialmente del individuo del otro sexo. Esta tiene además la más grande delicadeza de miembros á la que reúne un aspecto de vigor que resalta de sus hermosas y bien formadas proporciones; la hembra del vespertillo, por el contrario, los veis toscos de formas más atléticas que la que la naturaleza ha concedido á los selenios. Este derecho fisico es debido á los ejercicios industriales á que se hallan dedicados como en este momento estáis viendo.

En efecto, una multitud de vespertillos se hallaban dedicados á construir una especie de terraplen, cimentado con enormes piedras que arrastraban tras sí con su rápido y corto vuelo.

Mirad ahora, prosiguió Harry, á esa hembra, la veis, no es enteramente aceitunada como el vespertillo: es más bien mulata por su color subido.

—Cierto, no habíamos reparado, es una casualidad muy distintiva de sexos que no habíamos tenido tiempo de conocer, contestó Ketrli, lleno de asombro.

—Además, una de las razones en que fundo mi opi-

nion es, en que como veis, todos esos vespertillos que tienen ese color oscuro casi negro, no se les destina á trabajos tan duros como á sus compañeros de color aceitunado.

—En efecto, parece que se ocupan en recojer y cortar grandes ramas que hacinan en el centro de ese terraplen.

Despues, variando de tono, continuó:

—Harry. ¿no podriamos detener su marcha al *Regina* algunos momentos en estos sitios? Seria curioso saber á qué destinan esta especie de plataforma.

—No hay inconveniente, y mientras tanto, almorzaremos si os parece.

—Almorcemos, dijo Sessy.

—Pues almorzaremos, repitieron los dos aereonautas del sexo feo.

Una multitud de selenios pequeños y jóvenes todos, llamaron la atencion de Harry; se hallaban holgando ó jugando bajo la vigilancia de un vespertillo hembra.

—¿Cómo es que entre esos pequeños no se hallan más individuos que los de la clase selenia? preguntó Sessy con interés.

—Hé aquí, mi querida Sessy, una observacion que esplica completamente mi opinion de que el vespertillo desempeña en este mundo funciones análogas á la de los pedagogos en Roma, que todos eran esclavos.

—Es decir, que el vespertillo es el esclavo del selenio.

—Harry continuó:

—Hemos visto vespertillos trabajar en la tierra, acarrear grandes haces de leña, y nunca selenios, al contrario, ejerciendo estos últimos sobre ellos una cierta vigilancia, no individualmente, sino apoyados en pequeñas secciones ambulantes, lo que demuestra muy bien que la propiedad territorial podría ser un bien comun.

—Esos argumentos que vienen á fortificar tu opinion, y que te hacen pensar que la propiedad de las tierras es común á las diferentes clases sociales, ¿crees que pueda ser un bien?

—Sino es un bien, tampoco puede ser un mal. Es solamente el germen, el origen de un estado social más adelantado y ménos ambicioso que el nuestro.

—Luego en este mundo, esos habitantes que vemos llevar sobre sus espaldas aladas el peso de tan duros trabajos, no conservan el menor sentimiento de ambicion, no se despierta en ellos el orgullo propio de su existencia viendo la holganza de sus hermanos los selenios.

—Seguramente. En nuestra vieja Europa y en estos tiempos en que la filosofía racional domina allá abajo sin que la mayor parte de los que allí habitan, la comprendan, mis palabras hubieran dado mucho que hablar sobre estas cuestiones; pero yo, que ocupado en mis trabajos científicos acabo de hallar la verdad en los hechos, no puedo inclinarme á ninguna opinion sin darle ó quitarle la preferencia á este nuevo mundo. Además, me hallo temeroso; si diera mi opinion me avergonzaria de nuestro estado social, y no quiero verme reducido á tal extremo.

Ketrli rió de tan aguda contestacion.

A todo esto un gran ruido llegó al *Regina*.

Harry S'lay, Ketrli y Sessy se avalanzaron al borde de la barquilla, dejando los últimos despojos de un frugal almuerzo. ¿Qué producía aquel inmenso, atornador y entusiasta vocerío?

Indudablemente, en el celeste planeta, debía suceder algo notable. Una multitud de seres alados que se mezclaban y embestían unos á otros, sin que pudieran determinarse en medio de aquella baraunda si eran selenios ó vespertillos, pues sus movimientos eran muy violentos y desaparecían mezclándose unos con otros.

Un castillo ó parapeto se elevaba en medio de aquel terraplen, un castillo exactamente igual al primero que habian descubierto los del *Regina* en la corona de aquella vecina montaña y de donde una multitud de piedras y haces de leña ardiendo caian sobre los combatientes del campo raso

—¡Una guerra! ¡una guerra! exclamó Ketrli. Esto es curiosísimo. ¡Voto al diablo, Harry! ¿Sabes que has tenido una idea feliz con semejante medio de locomoción?

Hé aquí un balcon que, como el comedor, no lo cambiaba yo por todos juntos los de mi caseta de *Elmcey Worcestershire*.

Harry se hallaba en sus glorias. Sessy, la simpática y valiente jóven, miraba con ojos dulces y compasivos aquella escena de sangre y horror, pues allí peleaban agarrados unos con otros degollándose inhumanamente con unos cuchillos de piedra muy cortante por una de sus aristas. Cuando tan terrible arma les faltaba, peleaban á bocados lo mismo que fieras, y dando fuertes aletazos sobre sus enemigos.

Al cabo de tres horas de lucha, siendo ménos la baranda, reconocieron que eran efectivamente vespertillos que luchaban contra otra especie de seres alados y que tenian grande analogía con ellos, pues su constitucion orgánica era la misma, y despues de un exámen más atento, conocieron S'lay y su familia que eran ambas de una misma especie. Sin embargo, estos nuevos seres se hallaban desnudos, á diferencia de los vestidos de los selenios cortados en ricas y finas pieles, y los de los vespertillos más toscos y ménos curtidos; estos solo llevaban una especie de taparabos sujeto á la cintura por una especie de nervio animal.

Ni una piel blanca que simbolizara el sexo bello de los selenios, ni un rostro oscuro que demostrase hallarse en la lucha los vespertillos, ni en fin, los pe-

queñuelos que antes holgaban sobre la arena pudieron descubrir nuestros audaces viajeros. Todos habian desaparecido; ¿dónde estaban, pues?

Sessy fué la primera en descubrirlos, sobre los castillos ó parapetos y en me'io de ahulladores gritos, lanzar aquellos combustibles ardiendo sobre las cabezas de sus enemigos y de sus amigos, pues allí estaban tambien sus hermanos, sus padres, sus hijos, sus maridos, esperando ¡tristes víctimas! la muerte quizá de sus propias manos. ¡Escena horrible de barbarie!

Nuestros viajeros apartaron la cabeza espantados de aquel sangriento espectáculo.

Entonces Sessy dió un horrible grito, y cayó desmayada.

La tímida jóven acababa de ver uno de aquellos seres cuya desnudez les habia llamado la atencion, batir sus alas y avalanzarse feroz y sanguinario hácia el *Regina*; se habia asido á una de las cuerdas de la barquilla, y trepaba por ella con la agilidad de un gato auxiliado por sus largas alas; el exterior, súcio y repugnante de aquel sér, y su fisonomía ruda, sanguinaria y estúpida caracterizaba perfectamente al salvaje, al ser falto de civilizacion de la luna.

Ya se habia adelantado hácia Sessy, que desmayada en la barquilla, tenia su hermosa cabeza velada por la palidez del marmol, cuando Ketrli habia terminado de cargar su carabina, al tiempo de echársela á la cara. El salvaje se avalanzó con mirada estúpida hácia la jóven, la iba á cojer por la cintura; pero Ketrli conoció su intencion, y bajo un mismo golpe de vista, midió el gran peligro en que la jóven se hallaba si hacia fuego contra su raptor; no vaciló, arrojó su arma, y de un salto se agarró al cuello del salvaje que cayó rodando por el suelo juntamente con el valeroso jóven.

El peligro era palpable, pues en la caída el hacha

de piedra del salvaje iba á descargar el golpe fatal sobre el desdichado Ketrlí, cuando una fuerte detonación hirió los aires, y el salvaje cayó en el suelo rugiendo de cólera.

—Aquí está, expresó Harry ayudando á levantar el cadáver del salvaje y arrojándolo al suelo; lo que yo os decia respecto á los dos estados en los grados de la civilizacion selenia.

—Harry, eres un sábio, contestó Ketrlí abrazándole.

Harry acababa de salvar la vida al generoso jóven que en la noche antes se habia arrojado por salvarlos.

.

Mientras tanto la baraunda habia cesado en la superficie de la luna, y solo el silencio reinaba en el campo de batalla. Solo en lontananza se veian perderse por los aires las hordas de vespertillos salvajes hasta confundirse en el fondo de los precipicios de las selvas y de los pantanos inhabitables.

CAPITULO X.

Cleomene.—El mar.—Castores; sus habitaciones.—

Longreems.—Ceremonias nupciales.— El lecho nupcial.

Los vapores ardientes que los rayos del sol despedían empezaban á envolver á la luna con tanta persistencia, accidente extraordinariamente raro, que se hizo necesario que Harry S'lay usase de sus lentes destinados á las observaciones más minuciosas.

A poco más de una hora, las grandes cristalizaciones de que Cleomene se hallaba erizado, ostentaban sus colores y sus crestas apiladas.

—Esta es la region de la luna, situada á 30° Sur de Eudypcion que corresponde al N. 2° de la carta de Blunt; dijo Harry examinando el aspecto del inmenso terreno que se extendía bajo el *Regina*.

—Vaya un país árido, expresó Ketrli asomándose al borde del carro.

—Este aspecto de esterilidad que nos presenta el terreno, es muy comun en los países vecinos al mar: los arrecifes de que abundan, tienen, como veis, los colores más subidos y afectan constantemente la forma de pequeñas mamilas redondas por lo alto.

—Las cristalizaciones parecen poco regulares en este terreno matizado de clinopodio (1).

Estas cristalizaciones se hallan engastadas en pedernales, formando cuerpo con ellos, y presentando á la vista una grande analogía con los sulfuros de mercurio y de plomo, respondió el doctor.

Con efecto, algunos peñascos mostraban estos caracteres específicos; otros, los de óxidos metálicos análogos al hierro, sin que pudiera el doctor afirmar nada; pues el velo que cubría la luna no se había ausentado todavía, no presentándose claramente cosa que pareciera ser análoga á este metal.

—Es probable, decia, que este cuerpo simple que tan gran papel hace en el mundo terrestre, no esté identificado en el clima lunar.

Sessy, que hasta entonces habia guardado el más profundo silencio, vuelta de su desmayo, exclamó llena de admiración.

—Ketrli, observa las cristalizaciones de esa hermosa agua. ¡Qué colores más vivos!

—¡Un color de púrpura! exclamó éste á su vez admirado.

—Sí; respondió el doctor S'lay, lo que me hace suponer que el protóxido de cobre tan rebelde á los esfuerzos del hombre en nuestro planeta para incorporarlo al vidrio, en este satélite se halla mezclado por la mano del Creador en estas masas diáfanas que aparentan tener la forma de poliedros derivados de prismas oxágonos.

El *Regina* seguia su viaje alrededor de la luna tomándose el terreno la molestia de presentarse constantes, variado bajo sus piés.

(1) Clinopodio, yerba semejante al poleo silvestre; nace en sitios pedregosos, tiene dos palmos de alto, poblada de vástagos nudosos de los cuales nacen cuatro fiorecitas menudas.

En la extremidad de los arrecifes de que hemos hablado, la tierra se hallaba húmeda, y formando en un buen trecho cuesta suave. En dicho arenal se encontraban algunos fósiles muy lisos que recordaban el amianto; otros, totalmente identificados con la roca en que se hallaban incrustados, que la determinacion de sus especies era muy difícil; esto eran los *trilobites* y los *orthoceres*, los *pólipos* y los *calamines*.

Este último descubrimiento afirmó más al doctor en su opinion de la proximidad del mar.

En efecto, concluido este suelo, comenzaba un mar cuya estension no podia comprender el objetivo de Harry S'lay.

—¡El mar! ¡El mar! gritó este.

Sessy se apresuró á mirar: Ketrli la imitó despues.

—¡Qué magnífico espectáculo! exclamaron los jóvenes.

Con efecto, al poco tiempo el *Regina* cruzaba orgulloso el plano líquido cuya inmensidad ofrecia un singular golpe de vista; la totalidad de las ondas, mirando nuestro mundo figuraban, como las montañas, la forma cónica; las aguas presentaban una masa levantada por una fuerza invisible que es la atraccion terrestre, mucho más poderosa para con la luna que la de ésta para con nuestro planeta.

—Parece imposible, dijo Ketrli, que este mar obedezca á los séres alados, pues no se encuentra señal alguna en toda la superficie de navegacion, y en cuanto á su poblacion acuática poco tendremos que referir á nuestros amigos; cuando el *Regina* descienda en nuestra vieja Inglaterra, si tal la hemos de llamar, comparándola con este nuevo mundo.

—No obstante, replicó Sessy completamente restablecida y con la sonrisa en sus labios. Yo he visto entrar en la superficie del agua, sin sumergirse, reptiles de gran tamaño, los cuales, por su longitud extraordinaria me han llamado la atencion.

Sessy decia bien; algunos reptiles de grandes formas y de longitud muy escéntrica, se sumergian entre el espeso oleaje embravecido de aquel espacioso mar. Sus cabezas se hallaban armadas con dos puas de la forma de los cuernos de la vaca, aunque más pequeños, cortantes, al parecer, por un filo que presentaban exteriormente y aproximados para herir ó asir sin duda con mayor facilidad. Una materia lustrosa como la concha de una tortuga cubre sus espaldas, las cuales se separan del vientre por aletas membranosas, estando este último cubierto de una especie de pelo musgoso como el de la araña de mar.

—Estraños animales, exclamó S'lay, que pueden muy bien ser comparados con los pequeños insectos que se crían en el ácido acético.

—Tienes razon, respondió Ketrli al recordar que Harry le habia hecho ver esto mismo algunas veces en su gabinete de Waldrik; solo que esta comparacion no deja de ser ventajosísima respecto de los reptiles que nos ocupan hoy.

—Lo que más extraño, continuó el doctor, quien parecia tener interés en que continuara la relacion de sus observaciones, es la falta de plantas que se observan en estas orillas.

—Y yo, replicó Ketrli tristemente, hace bastante tiempo que he notado la falta de animales en estos parajes. Las aves son muy raras en esta parte de la luna, y las pocas que existen, sus álas no son más que unas especies de zoquetes con plumazon de que se sirven para remontarse en el aire, y lo cual da á su vuelo tal rapidez que no da tiempo absolutamente para levantar el perrillo de mi carabina. ¡Oh! confieso, querido amigo, que esto es para desesperarse.

—No, Ketrli, no, espera que atravesemos esta masa líquida, inmensa, y yo te respondo que tendrás más de una ocasion de renovar nuestras escasas provisiones.

—¡Dios lo quiera! replicó Sessy; pues apenas tendremos para hoy... Hicimos mal en arrojar parte de nuestras provisiones con el objeto de aligerar nuestro globo, y quizá si no lo hubiéramos hecho nos habríamos evitado muchos sobresaltos y disgustos.

—Es verdad, respondió el doctor, pero desde ahora en adelante no volverá á suceder, porque todos me habeis ofrecido no separarnos más.

En esto, desde el *Regina*, se empezaba á ver la superficie de la otra orilla. La luna empezaba á filtrarse por decirlo así, entre aquel espeso vélo de vapor ardiente que la cubria totalmente, y los objetos se hacian más perceptibles aún que antes.

Harry no perdía ni un detalle, así es, que apenas hubo descubierto la tierra, cuando exclamó tendiendo su brazo hacia ella.

—¡Allí está! ¡allí está!

—¿El qué? repitieron ambos jóvenes.

—¡La tierra!

Ketrli se alegró como un niño al recordar la promesa de su amigo.

Un inmenso arenal de color gris, como todos los que se encuentran en este satélite, se presentó en toda su plana estension á vista del *Regina*. un poco más allá se elevaba en la superficie de este plano y á la orilla de un gran lago un cercado de pequeñas y blanquizas eminencias, cuya naturaleza no podian determinar bien.

Esto llamó doblemente la atención de nuestros viajeros, cuando percibieron un humo denso que salía de ellas.

—¿Es una tierra de fuego en completa ebullicion? preguntó Sessy.

—Es una ciudad, Sessy; hace un momento hubiera dudado en dar mi opinion; pero ahora que creo haber visto grandes espirales de humo que salen de esas eminencias retorciéndose en la atmósfera; ahora que

he distinguido seres vivientes desaparecer bajo ellas; no dudo en asegurar, consultando las cartas de Blunt, que nos hallamos en Cleomene.

—¡Cleomene!

—Sí, Cleomene, una pequeña poblacion de este satélite, y cuyos habitantes tiene bastante analogía con nuestros castores..

—¡Castores! ¿existenten aquí castores? preguntó Sessy á quien el caso le parecia muy curioso.

—Sí; solo que estos, si en llamarlos así convenimos, son seres inteligentes, lo que les diferencia notablemente de los de nuestro planeta; ese humo blanquecino me hace presumir en ellos una tercera raza de este satélite.

En efecto, una gran multitud de castores llegaron en aquel momento abandonando las orillas del lago y dirigiéndose á aquellas eminencias bajo las cuales desaparecieron enseguida.

Los del *Regina* pudieron observar entonces que el castor lunario era bípedo, carácter, como se vé, comun á las tres especies de andro selenios. Tenia, como el vespertillo, cuatro piés de alto; raras veces ménos y nunca más; sus formas eran las del castor terrestre, solo que su ángulo facial, más abierto, demostraba su inteligencia, se mantenía derecho sobre sus pies y se hallaba dotado por el Creador de brazos para desempeñar la parte de industria que la inteligencia ofrece siempre al hombre y que les estaba destinada.

Al poco tiempo vieron nuestros viajeros á estos nuevos seres que salían precipitadamente de aquella especie de conchas de forma octogonal y cóncava, capaces, por su estension, de contener unos doscientos ó trescientos individuos, y separadas unas de otras por grandes espacios poblados de árboles, que no deben llamarse huertas, porque no contenían nada análogo á las plantaciones leguminosas ó fructíferas; parecían más bien destinados al recreo. Allí crecían los jigan-

tescos *criptógamos*, *vasculares* y *monocotiledones*; la *cytise*, especie de acacia de nuestro globo, y el *edysaurum*.

Los castores se dirigieron en tropel armados de cuchillos, semejantes á los que habian visto ya nuestros intrépidos aereonautas, á los selenios y vespertillos, perdiéndose muy pronto entre las escarpadas rocas de una colina más próxima.

Estas habitaciones se hallaban muy mal construidas, incómodas y poco resguardadas contra las intemperies de las estaciones. En lo general no tienen más que una sola abertura que debe dar entrada á una sola vivienda en la cual los individuos de toda edad y sexo vivian mezclados contra las leyes que marca la higiene y la moral.

La aglomeracion de estas chozas formaba un conjunto parecido al de la mayor parte de las aldeas de nuestra España; construidas de estacas toscamente cortadas y entrelazadas con una especie de tierra pastosa y gris, como todo el terreno lunar, que en secándose adquiere una consistencia grandísima; tenían en la parte superior una sola abertura por donde pasaba á la vez el humo y la luz.

En las inmediaciones de esta aldea, que nuestro sábio viajero dió el nombre de Cleomene, y en un lugar muy elevado se hallaba otra choza mucho más grande, de la que Harry infirió ser el granero por la abundancia que los castores encerraban allí.

Estos se dirigieron en tropel armados de cuchillos hácia las escarpadas rocas de una colina más próxima.

Aún el *Regina* no habia traspasado los límites de esta colina, cuando una armonía dulce y melodiosa llegó á los oídos del jóven aereonauta; S'lay no tardó en oír aquellos acordes musicales, y no poco sorprendidos quedaron, cuando hallaron en la armonía musical selénica, en vez de la tosca y ruda como la música

salvaje y que difiere muy poco de la de los negros, una melodía llena de expresión y encanto que atraía como un precioso talismán á cuantos la oían.

—¡Es un encanto!

—Es un éxtasis.

—Jamás he oído música más deliciosa.

Once instrumentistas aplicaban á su boca otros tantos instrumentos completamente extraños y variados, parecían soplar sobre ellos con alguna irregularidad. Una especie de caja oblonga, sobre cuyo teclado ó piezas de hueso daba una especie de varita extraña y flexible como el acero, producía el sonido más delicado, más dulce y argentino que imaginarse pueda.

El *Regina* continuaba su marcha pasando con rapidez la superficie pedregosa del Cleomene, y entrando en la de Longremus que toca casi á la libración longitudinal.

Una cascada saltaba desde una altura inmensa al fondo de un valle cultivado y habitado, en donde las flores más caprichosas se disputaban el puesto. Sessy se hallaba encantada.

Ket. li, admirado, no cesaba de repetir:

—Hermoso país de caza.

Harry S'lay, esperando un nuevo encuentro de seres animados. Y no se engañaba su esperanza, pues se empezó hacer notar un movimiento extraordinario á la salida de una selva umbría, viendo salir distintamente del bosque una arboleda entera que recorrió la atmósfera, llegando á la catarata, pasó por cima de ella y fué á parar sobre una cañada próxima al valle y desnuda de vegetación.

Los tres viajeros quedaron admirados sin poder comprender aquella trasplantación, ni adivinar los motivos de aquella caravana vegetal.

Estas ramas cortadas en el bosque inmediato, cubrían las alas de los vespertillos domésticos que los transportaban á aquel sitio, sin que Harry ni los dos jóvenes pudieran adivinar con qué fin.

—Diantre, exclamó Harry, vaya una facilidad con que esa legion de diablillos plantan sus ramos sobre un terreno tan duro y cubierto de esa especie de costra siliciosa monolitha.

—Esto es misterioso, doctor.

—Tanto, que puedo aseguráros es un fenómeno que no sé cómo explicármelo.

Terminada esta operacion, los vespertillos desaparecieron en el fondo de las aguas de la catarata que sobre la superficie del valle habia formado un estenso y largo torrente.

Harry y Ketrli los distinguieron con la vista ganar la orilla opuesta, y despues batir sus alas por el mismo lado que habian aparecido bajo la arboleda.

Entonces aquella armonia celeste se hizo más apreciable y distintiva: entraban bajo la espesa arboleda de la nueva plantacion.

Era una especie de procesion. Colocados en cuadrillas marchaban delante una porcion de castores cuyos saltos y gesticulaciones hicieron comprender á la familia S'lay que trataban de medir los pasos de una danza grotesca, por que convenia absolutamente á los acordes melodiosos de aquellos doce instrumentos, entre los que la caja sobresalia como la voz celeste de los espíritus, y que seguian á los danzantes, colocados tambien en cuadrillas.

Otra legion de vespertillos se cernieron un instante en los aires, y despues, plegando sus alas de repente se dejaron caer, llevando en una especie de lecho de flores, de colores vivos y variados, una hermosa senelia.

Apenas hubieron descendido y depositado tan bello tesoro junto al torrente cuando la armonia cesó de improviso, los danzantes dejaron de gesticular, y remontando todos su vuelo, desaparecieron.

—Esto es curioso, expresó el doctor; detendremos

algunos momentos en su marcha al *Regina*, y mientras observamos esta ceremonia reforcemos el estómago.

—Sí, sí, repitieron los dos jóvenes.

La comida fué servida; por desgracia demasiado frugal para lo que acostumbraban nuestros viajeros; pero las provisiones escaseaban y era preciso esperar á que Ketrlí hallara ocasion de reforzar con carnes frescas, sabrosas y nunca conocidas, la despena de nuestros caminantes aéreos.

Así trascurrieron dos horas sin que en las aguas espumosas del torrente, ni en el azul claro de la bóveda celeste, se notase el menor síntoma de movimiento vital.

La selenia, fácil de reconocer por su belleza, lo largo de sus alas, y su negra cabellera, se hallaba inmóvil, mirando solamente de cuando en cuando hacia el Oriente, con una mirada llena de expresión y una dulce sonrisa. Un selenio, volando perpendicular á ella, empezó á trazar un espiral de alto á bajo hasta donde se hallaba la selenia, y siempre con su cabeza vuelta hacia esta, la que permaneciendo inmóvil, el selenio plegó sus alas y se dejó caer en el torrente atravesándolo á nado hasta la otra orilla. Despues de él vino otro selenio, y luego otro, en seguida otros muchos: la selenia permaneció inmóvil, y todos, como el anterior, se echaban á nadar sin tornar á mirar más á la selenia inmóvil. Vinieron despues otros, y la selenia alzó su cabeza, y fijando una mirada expresiva en uno de ellos, este descendió hasta caer en sus brazos, y los demás desaparecieron. Quedados solos estos dos personajes, se abrazaron.

—¡Ah! comprendo. Torpe de mí, exclamó Harry dando una palmada en la frente, es una selenia que acaba de escojer un esposo.

—¿Así lo crees? preguntó Sessy.

—Acabamos de presenciar una ceremonia nupcial

que nos ha mostrado la libertad que entre los selenios goza la hembra.

—Hé aquí unos seres, exclamó Ketrlí con su buen humor, que han buscado la soledad para el dulce himeneo sin apercibirse de un mundo al otro.

En efecto, el jóven cazador habia visto á la selenia arrollar su brazo al cuello del selenio, y ambos remontaron su rápido vuelo bajo la bóveda celeste, dejándose caer rápidamente, y siempre abrazados en el fondo de aquel hermoso valle que momentos antes habian improvisado. Entonces los dos amantes se aproximaron á un blando lecho de ramaje y de flores, preparado de antemano por los vespertillos; estos salieron precipitadamente de la selva, arrancaron todo aquel ramaje que habian trasladado y amontonándole alrededor del lecho nupcial, y á alguna distancia, la prendieron fuego. De esta manera la espesa nube de humo que se elevaba, retorciéndose en espiral hasta el azul trasparente del cielo, evitaba á los ojos de todos las caricias, más tiernas que castas, que iban á prodigarse los dos amantes.

CAPITULO XI.

El país de la caza.—El antílope azul.—Rapto de Ketrli.—Maldito país.

El sol había subido ya al cenit y sus rayos caían á plomo sobre los sólidos costados del *Regina*, el que muy pronto empezó á descender las vertientes de inmensos valles, en donde la vejetacion se mostraba extraordinariamente prodigiosa; despues cruzaron por cima de las crestas y barrancos de un desierto, llegando, por último, á una inmensa llanura tórrida y surcada de enormes grietas, cuyo suelo cubrian á trechos espinosos matorrales. A lo lejos embellecian el horizonte algunos grupos de árboles que poco á poco fueron convirtiéndose en verdaderas dehesas.

Ketrli, como buen cazador, conoció el terreno que pasaba bajo sus piés, y saltó de gozo al oir á su amigo darle las órdenes de echar anclas: una de ellas fué enganchada en las ramas de un gigantesco *muscardus*.

—Buen país de caza te se presenta, amigo Ketrli; con que buena suerte y prudencia.

—Descuida, querido Harry.
Sessy se echó á llorar.

—Hé aquí los inconvenientes, dijo el doctor algo amostazado, de traer mujeres á bordo del *Regina*.

Sessy secó sus lágrimas al oír la réplica de su padre; pero no su corazón: la pobre jóven amaba con locura á su marido, y su corazón la auguraba cosas muy tristes que su labio no se atrevía á revelar.

Ketrli procuró consolarla diciendo que nada tenía que temer hallándose ellos de atalaya, y finalmente se convino, que á la menor sospecha de peligro, un pistoletazo debía avisarle para volver al *Regina*.

Sessy suspiró y estrechó su mano entre las del jóven.

Entonces Ketrli descendió, por una de las cuerdas que unía la barquilla al globo, con rapidez hasta la copa del árbol, y despues de asegurarse que el *Regina* se hallaba sólidamente sujeto al gigantesco árbol, empezó á escalar su tronco hasta el suelo. Una vez en él, se paró como para orientarse del sitio donde dejaba al *Regina*, y despues, alzando su vista, saludó á Sessy con cariño, que echada sobre el borde del carro, oprimia con su blanca y pequeña mano los latidos de su corazón, enjugando de vez en cuando las lágrimas ardientes que se escapaban de sus negros ojos abrasando el suavísimo cutis de su mejilla.

—En marcha. Dijo por fin, y empezó á cruzar aquel terreno árido cubierto de matorrales muy espesos y formado por una tierra arcillosa que se abría á cada paso, con los rayos del sol, en grandes y profundas grietas.

Así anduvo alguna distancia, hallando á su paso solamente esqueletos de hombres y animales medio roídos y secos. Esto le hizo fijar su atención, ¿sería probable en aquellos sitios la existencia de animales feroces? Convino, pues, en que debía caminar con ojo avizor y con el dedo apoyado en el gatillo, y sobre todo, en que no debía alejarse mucho del *Regina*, pues el país, á pesar de lo que el doctor le había dicho,

«Buen país de caza te se presenta, amigo Ketrli» no presentaba grandes señales de seguridad personal.

Pero Ketrli era arrojado y valiente, sabia lo despro- vista que se hallaba la despensa del *Regina*, y no hu- biera retrocedido por nada en este mundo, aunque tu- viera que arrostrar los mayores peligros, sin llevarse carne fresca para dos ó tres días.

—Adelante, dijo, y volviendo su vista hácia el *Regina*, que se distinguia bastante lejos observando todos sus movimientos, vió que lo saludaban con el pañuelo.

—Me han visto, continuó, vigilan. Bueno. No hay por qué temer.

Y se internó en la selva.

Lo primero que se presentó ante su vista junto al lecho de un torrente, fué un gracioso animal de un color azul claro por el vientre, y una raya en el lomo de la blancura del armiño. Era un antilope como los que habitan las selvas del Africa, solo que variaba en el colorido de su piel.

—¡Magnífica pieza! se dijo; y sin dar tiempo al animal de preveer el peligro, disparó.

Un movimiento general se verificó en la selva, y un ruido y estremecimiento del follaje, como si un es- cuadron partiera á galope, se dejó oír.

Ketrli volvió la cabeza hácia el sitio y vió diez ó doce de estos animales, que sorprendidos por la deto- nacion, ganaban á grandes saltos el terreno; pero su pieza estaba tendida, allí, al pié del torrente, muerta, arrojando por uno de sus costados una sangre espu- mosa; Ketrli se acercó. El animal le miró, suspiró hondamente y cerró sus ojos.

¡Cosa extraña! Ketrli, por la primera vez, sintió ha- ber gastado la pólvora contra aquel animal precioso, indefenso é inofensivo; habia tal expresion de dulzura, tal tristeza en la mirada del antilope, que Ketrli no pudo ménos de sentirse enternecido.

El joven cazador lo miró algunos instantes más. Por fin, cargando el cañon vacío de su preciosa carabina, exclamó:

—¡Lástima de animal! ¡Qué hermoso pelaje! Le sacaré la carne sin estropearle, y he de hacer que me lo disequen á fin de conservarle.

Y diciendo, se acercó al animal para arrastrarle tras sí, cuando creyó percibir un disparo.

—¡Alerta!

Y alzando su cabeza:

—Diablo, continuó, ¿qué significa esto?... ¡Ah! una banda de pajarracos que tal vez vienen á disputarme la presa. Bueno, veremos si mi carabina... El joven no concluyó: una detonacion detrás de otra se hicieron más perceptibles: algun peligro le amenazaba indudablemente, y sus amigos le daban el alerta.

Sintió perder su presa, pero corrió hácia el *Regina*; aún no habia andado muchas varas á la salida de la selva, sintió sobre su cabeza una multitud de ahullidos disonantes.

—¿Todavía estos malditos pajarracos? dijo sin dejar de correr; y alzando su cabeza, exclamó:

—¡Estoy perdido! es el mismo demonio con toda su legion de seres infernales. Son estos malditos vespertillos salvajes.

Estos revoloteaban sobre su cabeza describiendo en el aire una série de círculos concéntricos, que á medida que se aproximaban á la superficie del arrenal iban estrechándose.

—Pronto, Ketrli, súbete; escala la cuerda, dijo Harry viendo llegar á su amigo, y disparando uno de sus rewólvers sobre tres ó cuatro salvajes más próximos; estos cayeron á plomo como una bala, y este suceso tan inesperado hizo retroceder á la gran masa que revoloteaba al rededor del joven. Este pudo entonces alzar la cabeza y distinguió á Sessy trémula y llorosa; pero fuerte á su dolor, con una hacha en la mano, pre-

parada á cortar la cuerda del ancla tan pronto como el jóven subiese.

No habia tiempo que perder. Con la agilidad que el peligro da á todos los seres, trepó hasta la copa del árbol, iba á cojer la cuerda, pero ya era tarde; una fuerza muscular sintió que lo arrebatava en el espacio, y el *Regina* se lanzó veloz en la atmósfera.

Uno de aquellos salvajes, luego que pasó el primer sobresalto producido por tan repetidas detonaciones, viendo escapárseles su presa, se lanzó desafiando la cólera de Harry sobre el desgraciado jóven, y en medio de ahullidos desgarradores, toda la turba siguió al vencedor triunfante.

—¡Corta! exclamó jurando Harry S'lay, y torciéndose los brazos con desesperacion.

Pero Sessy habia cortado ya la cuerda que sujetaba al *Regina*, guiada sin duda por el mismo instinto que su padre.

Y el *Regina* fué empujado por un viento fuerte y favorable en persecucion de aquellos seres alados.

—¡Ah! decia, no conseguirán esos perros su intento. Afortunadamente su vuelo, aunque rápido, es corto; se verán obligados á descansar, y entonces, este valiente (y señalaba al globo) que no se cansa jamás, podrá ganar algunas millas sobre ellos de las que nos llevan de ventaja.

Estas palabras parecieron consolar algun tanto á la pobre jóven, cuya palidez marmórea del rostro, surcado por dos gruesas lágrimas, daban á su fisonomia una pincelada más de seducccion y belleza. Estaba en aquel momento Sessy verdaderamente preciosa.

S'lay de pié, pálido, convulsivo, con sus dos grandes ojos abiertos en toda su magnitud y los brazos cruzados apretaba sus dientes con rabia y se golpeaba la frente con desesperacion.

En esta situacion el *Regina*, empujado por un viento favorable, volaba en persecucion de los salvajes, cru-

zando inmensos arenales donde la sed se hacia abrasadora porque los rayos solares herian en aquel momento perpendicularmente á la luna.

Los salvajes se veian precisados á descansar á menudo, pues sus entumecidas alas por el calor que en la atmósfera empezaba á reinar, se fatigaban en tan rápido vuelo, así es que se los veia de vez en cuando plegar las alas, descender á tierra y esperar á que el *Regina* se les acercara, entonces volvian á tomar el vuelo con más rapidez que antes, y se alejaban con su presa en medio de ahullidos descompasados.

Harry comenzó á inquietarse: el *Regina* nada avanzaba, y sus temores de que aquel tiempo favorable durase muy poco, crecian por momentos, pues la calma empezaba á dominar el celeste espacio. Poco á poco su globo iba perdiendo grados de velocidad, hasta el punto de quedar inmóvil en un terreno lleno de maleza y espinosos zarzales.

Entonces la desesperacion de los dos aereonautas se hizo terrible. Sessy gritaba como una loca. Harry crispaba sus puños lanzando mil imprecaciones.

Ketrli, que hasta entonces habia conservado alguna esperanza de salvacion, dejó salir de sus ojos la última mirada hácia sus compañeros del *Regina*, y ahogando en su pecho un suspiro, dejó caer su cabeza sobre una de las álas de sus raptos. ¡Desgraciado jóven! ¿qué suerte le esperaba? quizá la misma que la que habian tenido aquellos tristes despojos de seres humanos que momentos antes habian visto en la selva de los antilopes.

—¡Maldito país! exclamó Sessy en toda la expansion de su dolor, y el eco repitió lejano.

¡Maldito país! ¡maldito país!

CAPITULO XII.

La region de hielo.—El vivac salvaje.—Los amores de Kaoghut.—El deshielo.—La venganza de Kaoghut.—Dios es justo.—La travesia á nado.—La tierra firme.

Al cabo de media hora los vespertillos descendieron en una pradera inmensa cuyos límites no podia percibir la vista, y cuyas tintas azuladas se confundian á lo lejos con los vapores nebulosos del cielo. A la izquierda de aquel país tan ingrato surcaba un anchuroso rio cuyas turbias aguas corrian desde la cima de una elevada montaña, en cuyas faldas la nieve se hallaba congelada aún por una capa de hielo de tres ó cuatro metros lo ménos de espesor, en donde los rayos de un sol abrasador se quebraban perpendicularmente.

Sin duda los salvajes se hubieran ahorrado grandes fatigas si se hubieran trasladado á aquel paraje por el agua; pero entonces el *Regina* les hubiera dado alcance antes que la calma atmosférica hubiera detenido su marcha veloz en medio de los aires.

Ketrli dirigió su vista hácia el espacio. ¡Buscaba al *Regina*! pero este habia desaparecido, y solo una region de hielo se ofrecia á su vista.

Todo esto, visto en medio de el dia, al ruido de

aquel crugido impetuoso que producian los grandes témpanos de hielo que se desprendian desde las más altas montañas, arrastrando en su brutal carrera enormes masas de piedras, encorvaba los árboles, destroza-ba cuanto en su paso hallaba, y formaba diversas ondulaciones sobre el rio y sobre las altas malezas; todo esto no presentaba á los ojos de Ketrli otra cosa que un aspecto rudo y salvaje que rechazaba al hombre civilizado.

Ketrli permanecía abismado, en muda y triste contemplacion.

Una voz delicada, que pronunció algunas frases inteligibles, le sacó de esta especie de tétrica meditacion; alzó su cabeza y se encontró con un vespertillo hembra, cosa que le fué fácil distinguir por su color negruzco. Este individuo de la especie humana lunar gesticulaba en derredor de él imitando mil cabriolas y ridículos gestos. Poco despues, dando un horrible ahullido, salió volando en direccion de una pequeña montaña muy elevada y estrecha por su base cargada de nieve y gruesos témpanos de hielo.

Entonces Ketrli sintió que lo arrebataban hácia aquel sitio, y comprendió que aquella vespertilla debia ser el jefe de aquella tribu salvaje, lo que le daba á entender, que así como entre los selenios la hembra tenia una prerogativa de libertad en la eleccion de su compañero, así tambien entre los vespertillos y entre los salvajes tenian concedida esta misma libertad, y todo el sexo fec debia estar sometido á su imperante voluntad.

No se habia engañado respecto á todas estas reflexiones.

Aquella montaña se hallaba perforada hácia el centro en distintas direcciones, y los centinelas avanzados le hicieron comprender se hallaba en un vivac salvaje. Una de estas mansiones parecia mucho más espaciosa que las demas, y una vespertilla de formas más

delicadas de lo que por lo general la naturaleza ha dotado á las hembras de estos seres se hallaba reclinada en un lecho de yerbas aromáticas entre las cuales se encontraba el clinopodio tan frecuente en el suelo lunar. Al ver al jóven, esta lanzó una mirada viva sobre él, y una sonrisa tranquila asomó á sus labios.

— Kaoghut dijo de una manera aguda y estridente la vespertilla jefe á los de su tribu, y haciéndole una seña, estos, repitiendo la frase, se alejaron con ahulladora baraunda. Kaoghut quedó algunos momentos con sus grandes ojos fijos en Ketili; por fin, haciendo una seña á la vespertilla que se alejara, se levantó, y apoyando su mano en el hombro del jóven, le miró con expresion y sonrisa dulce.

Quedados solos Kaoghut, pasó su mano suave por la cara del jóven, y atrayéndole á sí, dejó caer su cabeza sobre el hombro del jóven, y sin dejar de mirarle más con pasion que con castidad.

Ketrli comprendió perfectamente su aventura, Kaoghut era la sultana de las regiones salvajes subdivididas en tribus, y esta jóven vespertilla se habia enamorado de él.

Esta conjetura era la verdad, y el jóven cazador siempre tan animoso, no pudo resistir á la risa que tan extraña aventura le causaba. A lo ménos así lo creia.

— Por esta vez mis huesos no serán roídos como los de esos desgraciados seres, cuyos despojos he visto en la selva de los antilopes, se dijo, y despues, afectando una sonrisa que estaba muy lejos de sentir, añadió. Dejémonos querer. El *Regina* no puede estar muy lejos. Ganemos tiempo. El amor de esta imbécil me dejará en libertad, y si logro un medio de escapar, malo ha de ser que me alcance toda esta corte alada.

— Pero Ketili se engañaba, pues desde aquel momento Ketili debia de ser sagrado para los vespertillos salvajes, y rodeado de las más escrupulosas atenciones y vigilancia: así es que no tardó mucho tiempo

en ser desprendido totalmente por dos vespertillos de los brazos de Koaghut, y encerrado en una especie de choza formadas por gruesas estacas de madera, y una tierra arcillosa, que endurecida, habia adquirido una solidez grandísima.

Ketrli conoció en aquella lóbrega estancia su terrible posicion, y los peligros que le rodeaban. Se acordó de Sessy, del doctor y del *Regina*.

¿Qué podia motivar aquel cambio en la conducta de los amores de Kaoghut? ¿Por qué, si le amaba, habia dejado que se lo arrebataran de su lado? ¿No era ella la sultana? ¿No existia entre los habitantes de aquel nuevo mundo un principio de libertad con que se hallaban dotadas las mujeres de estos individuos? Pues si era así, ¿por qué y para qué fines habia sido encerrado y atado en aquella choza mal construida, pero suficientemente sólida para resistir á cualquiera violencia por parte suya?

Todas estas preguntas ocupaban en tropel su imaginacion cuando sintió que una gran piedra de las del suelo se movió, y con gran sorpresa suya, vió a Kaoghut delante de él triste y llorosa.

Esta dió algunos pasos, fijó una mirada llena de ternura en el jóven, y reparando en sus ligaduras, fué á romperlas con la compasion pintada en el semblante.

Ketrli cogió su mano con agradecimiento.

Koaghut lanzó un grito, pero no un grito ahullador como los de sus semejantes, sino un grito expresivo de alegria, y cogiéndole ambas manos empezó á gesticular de una manera muy extraña; despues sacó de un cestillo de forma tan original como sus gestos, una porcion de frutas variadas y delicadas, y partiendo una demostró que podia comerlas sin recelo. El jóven cazador probó una, se hallaba rellena de una leche pastosa muy nutritiva y agradable al paladar, y la carne exterior que encerraba este líquido era exquisita.

Kaoghut le miraba con dulzura y con arrobamiento apasionado, pero aquel amor que tanto incremento empezaba á tomar en la jóven vespertilla, le espantaba á Ketrlí. Este pensó. Era indudable que la jóven vespertilla era la soberana de todas las hordas salvajes, y no lo era ménos que en semejante circunstancia cualquiera tentativa para escapar fuese ménos fácil y más peligrosa, pues necesariamente los cuidados de toda la tribu para con él debían redoblar desde el momento en que Kaoghut le presentara á sus jefes ó hiciera saber á todos sus súbditos sus amores. Esta idea le tenía inquieto.

Se veía encerrado en una miserable barraca de trozos de madera medio verdes aún, y cuyas paredes muy delgadas y de aquella pasta consistente que había adquirido la solidez de la piedra, eran un obstáculo para toda esperanza de evasion. Miraba en derredor suyo, y su porvenir le espantaba: fijaba sus ojos en la vespertilla, y aquella mirada altiva, pero dulce, cuando el jóven la miraba, llegaba á producirle fuertes vértigos y mataban sus más risueñas esperanzas.

En este estado de cosas, Ketrlí creyó oír una ahulladora turba que se reunía en derredor de la choza. Kaoghut se apresuró á querer liar las manos de su amado. Este se resistió; pero una mirada dulce, tranquila, y una sonrisa candorosa de ésta le persuadió que nada debía temer; despues, con gestos que demostraban su inteligencia, le dijo que no temiera nada, que ella velaría por él si se dejaba atar.

Poco tiempo despues, la vespertilla desapareció prodigándole las más tiernas caricias, y la turba salvaje entró en la choza llevándose á Ketrlí sin la menor resistencia.

Lo primero que este hizo fué dirigir su vista al cielo; al punto una alegre sonrisa vagó por sus lábios. Había creído distinguir al *Regina* en el espacio, pero bien pronto la triste realidad le hizo conocer, no un punto

oscuro, sino dos, tres, muchos en el espacio que se cruzaban á cada paso, y al parecer se embestian con violencia; muchos combatiente, sin duda heridos, caian en el fondo del valle ó en la profundidad de las turbias y heladas aguas del ríximo y caudaloso río. Entonces fué cuando conoció que aquellos puntos negros no eran otra cosa que individuos de la raza salvaje de los vespertillos que venian sin duda de ejercer alguno de sus actos de ferocidad, y los selenios debian perseguirlos; por fin se vieron alejarse unos y aproximarse otros. Los vespertillos habian salido vencedores aquella vez llevándose en sus brazos tres ó cuatro pequeños de los selenios, que en vano sus familias les habian disputado. Estos salvajes no tardaron mucho tiempo en reunirse á sus compañeros y todos descendieron en la cresta de un monte cuya superficie habia tomado un color violáceo. Allí se hallaba ya Kaoghut revestida de todo su poder y rodeada de todos los vespertillos hembras de la tribu. Todo le hizo conocer al jóven cazador que se preparaba una próxima ceremonia. A una seña de Kaoghut, Ketrlí fué desatado y conducido á su lado.

La jóven vespertilla lo recibió en sus brazos.

Entonces una escena de horror tuvo lugar á presencia del jóven cazador. Un grupo de vespertillos se dirigió á unos bancos de roca volcanizada; uno de ellos partió los miembros de uno de aquellas inocentes niñas, y lo distribuia á sus horribles compañeros. Los otros tres pequeños estaban á pocos pasos de este festin de canibales, agitaban sus álas y gritaban descompasadamente; sus pies estaban sujetos con una enorme piedra y un lazo que sujetaba sus álas, les tenia fijos los brazos á la espalda. La blancura de estos y los hermosos colores de aquellas, hicieron comprender á Ketrlí que estas inocentes victimas pertenecian á la clase noble de los selenios.

Otro grupo de vespertillos se dirigió al más pequeño de estos desgraciados y lo degolló á presencia de Kaoghut.

Ketrli no pudo ver más tiempo aquella escena de sangre, y lleno de espanto cubrió con ambas manos su rostro. La voz dulce de Kaoghut le sacó de aquel estado de horror y desesperación:

Kaoghut, la dulce jóven, la niña apasionada, á la vista de aquella sanguinaria escena, se habia vuelto altiva, inhumana, feroz, y ofrecia al objeto de sus más delicadas atenciones, al jóven, un brazo de aquella desgraciada víctima todavía humeante.

Ketrli no pudo más, y alzando su terrible brazo, se dejó llevar de la cólera, con los cabellos crispados por el espanto, y los dientes apretados convulsivamente, lanzó una terrible imprecación dando un fuerte puñetazo sobre la estendida muñeca de Kaoghut. Esta dió un horrible grito de cólera, y toda la multitud se precipitó sobre el jóven, que impasible é inmóvil aguardaba de aquella tribu de canibales el terrible fallo.

Pero el amor de Kaoghut podía más que su ódio y su cólera, y pronunciando algunas palabras ininteligibles, se abrió paso entre sus súbditos que rujian de cólera.

La jóven vespertilla dejó caer su mano sobre el hombro del jóven, y arrojando una mirada altiva sobre su descompuesto semblante, pero tranquilo; fria é impasible fué á cojer las cuerdas que pocos momentos antes habian sujetado al jóven cazador; despues paseó una mirada por toda la tribu, y una sonrisa infernal se dibujó en su semblante; Ketrli se estremeció al ver aquella sonrisa que le anunciaba el principio de una terrible venganza; pero fuerte, inmóvil como un mártir, esperó tranquilo el término de tantos sufrimientos.

Alejado de sus amigos, olvidado por el *Regina*, perdido para siempre de su Sessy, de Harry S'lay, ¿qué podia esperar ya que no fuera la muerte ó la crueldad de aquellos seres sin hogar, sin familia y sin religion?

Para él la muerte era el mayor bien que podía experimentar.

Todas estas reflexiones se hacia el jóven, mientras atado, maltratado y mofado por los salvajes era conducido á su prision.

Largas horas permaneci6 allí con los ojos fijos en el cielo y los brazos cruzados sobre el pecho. Entonces se acord6 de Dios, y or6. Pens6 en la suerte de los viajeros del *Regina*, y or6 tambien por ellos: record6 que tal vez á aquella hora no tendrian una mala galleta que comer, y maldijo su suerte y su carabina que para nada le servia. Adem6s, esta 6ltima habia desaparecido con su captura, y este era un despojo que Kertli no perdonaria jam6s á los salvajes habitantes de la luna.

Todo se hallaba en un completo silencio, los rayos del sol calentaban aquella piedra verdaderamente volc6nica calcinaba las paredes abrasadoras de aquella estrecha prision. Podia decirse que una calma fúnebre reinaba entonces en todas aquellas soledades. Solamente algunas gotas de agua formadas de la nieve derretida caian con ruido mon6tono, en charcos nacientes al pi6 de los viejos troncos que formaban la choza.

Las primeras horas de la noche (1) trascurrieron sin ningun incidente, con todo el sol se dejaba caer abrasador, y solo se podria conocer que era de noche por el rel6 de Ketrli que habia marcado ya por segunda vez las doce. Las gotas de agua se hacian cada vez m6s frecuentes, y el viento empezaba á mugir en el espacio.

Todo anunciaba un pr6ximo deshiele, tan frecuente en aquellas regiones de nieve.

(1) En la luna hay 18 horas de luz y otras tantas de noche, las 10 restantes para las 28 de duraci6n de los dias es lo que constituye la luz llamada *luz ceniciente de la luna*.

A eso de las seis, el cansancio, los dolores que el desgraciado jóven sentía por su magullado cuerpo, y sus penas quedaron amortiguadas por un sueño intranquilo y fatigoso. Con la espalda apoyada en una de las paredes, y su cabeza inclinada sobre el pecho, Ketrli había perdido por algunos momentos la conciencia de sí mismo; dormía, pero su sueño no duró mucho tiempo, pues un frío húmedo empezó á correr por todo su cuerpo, al mismo tiempo que un estruendo espantoso se dejó oír en la montaña. No parecía sino que esta, al violento empuje del huracan, cedía y se desmoronaba arrastrando tras sí la muerte y el estérminio.

—El deshiele, articuló el cazador algo acostumbrado, aunque en pequeño, á aquella clase de espectáculos propios de la vida de la montaña.

Pero al mismo tiempo un chisporroteo continuado empezó á producirse sobre su cabeza; alzó sus ojos, y las llamas de un devorador incendio, aniquilaban la techumbre de aquella choza, euroscándose entre el espeso y negruzco humo por las estacas medio verdes de las paredes.

—La venganza de Kaoghut, pensó el jóven; y sin detenerse á más reflexiones, forzó como un desesperado hasta deshacerse de sus ligaduras.

Aquella escena representaba un cuadro desolador, Ketrli atado, con el cabello erizado por el terror, en medio de aquella inmensa hoguera por un lado y el estruendo de la montaña por otro representaban fielmente uno de los más terribles dramas.

Con efecto, Kaoghut y su tribu prendieron fuego á la choza cuando la inundacion que el deshiele había producido, les obligó á remontar su vuelo en los aires abandonando aquellos sitios de destruccion y miseria.

Pero Dios es justo, y al levantarse de un salto, el cazador sintió sus pies mojados.

—Diablo, un charco de nieve derretida, pronunció

dando algunos pasos más é internándose en un líquido helado. Voto al diablo, continuó, es una inundacion entre estas cuatro paredes.

En aquel mismo instante, un ruido más espantoso, producido sin duda por un témpano más grande de hielo que se desprendia de la montaña, vino á rodar hasta el rio, arrastando tras sí cuanto á su paso hallaba.

El agua, la inundacion por fuera, las llamas, el incendio por dentro. Ketrli pensó llegado el momento, y dando una patada á una de las paredes, minada hasta la mitad por el agua y medio perforada por el fuego, logró derribarla sin gran resistencia. Una tromba inmensa de agua, en su ímpetu veloz, arrastró tras sí el resto de la choza, y el cuerpo del jóven cazador se halló en un inmenso lago cuya impetuosa superficie se proponia atravesar á nado.

Pocos momentos despues, no se oia en todo aquel mar inmenso é improvisado mas que el ruido de las ondas que el récio viento producia atropellándose las unas á las otras, y el de los desfallecidos brazos del desgraciado Ketrli, que ganaba á nado y á la ventura la superficie de una tierra firme.

CAPITULO XIII.

Conjeturas de Harry S'lay.—El país de las serpientes.—La emigracion.—Nuevos descubrimientos del doctor.

Al dia siguiente en que el *Regina* quedó inmóvil en medio de la atmósfera, el 8 de abril, nuestros viajeros empezaron por reconocer la costa, sobre la que habian quedado suspendidos; era una especie de isla rodeada, por la parte de la tierra, de intransitables pantanos. Alrededor de aquella porcion de terreno sólido, se elevaban espesos cañaverales tan altos como los bosques de nuestro globo.

En medio de aquella inmensa soledad, de aquella triste marisma, el *Regina* se hallaba en completa seguridad; solo habia que vigilar la parte de los pantanos, y nada se veía en la dilatada superficie de las turbias aguas.

Así, pues, Harry S'lay se decidió á arriesgar el todo por el todo y hacer á pié, lo que no podia por los aires, pues al querer maniobrar su aparato, el abanico habia sido forzado, y uno de los bastidores habia saltado en pedazos. Moderó la llama de su mechero, y algunos segundos despues, el enfriamiento de

las capas de oxígeno encerradas en la cubierta del globo empezaron á estrecharle. Pocos momentos despues, el *Regina* se hallaba próximo á la superficie del terreno, sólidamente sujeto.

Ninguno de los dos viajeros se habian atrevido á hablar todavia de su infortunado compañero; Sessy fué la primera que rompió el silencio participando á su padre las dudas acerca del asunto.

— Yo no abrigo esperanza alguna de que Ketrli pueda salvarse.

El doctor respondió con voz conmovida:

— ¡Quien sabe, Sessy! Ketrli es un muchacho muy diestro, y por nuestra parte haremos cuanto nos sea posible por encontrarle. Despues, variando de tono, añadió: ¡Diantrel! ¿habia de tener tan mal éxito una empresa que tantos años de estudio me ha costado, y cuyo principio ha sido tan favorable?

Qué quieres que te diga, Sessy, no se cómo ni cuando, pero casi estoy seguro de encontrarle.

Sessy pareció no oir este rayo de esperanza que empezaba á brillar en el corazon de su padre, ó si lo habia oido, no podia creerlo, porque despues de un corto rato de silencioso y triste abatimiento prorrumpió en un amargo llanto.

— ¡El cielo se conjura contra nosotros! dijo.

— Sessy, dijo el doctor con tono de la más dulce reconvencion; ¿ñemos de entregarnos así á la desesperacion, cuando tal vez á estas horas el desgraciado Ketrli necesita de nuestro auxilio para salvarse? Lo repito, no sé por qué, pero estoy casi seguro de encontrarle.

— ¡Dios te oiga, padre mío! respondió la jóven anegada en llanto.

— Ahora empecemos por orientarnos; pero antes veamos de arreglar, como se pueda, esta rotura del timon, porque sino mucho temo tengamos que emigrar en vez de caminar.

Dicho esto, ambos se pusieron manos á la obra: la empresa no dejaba de ofrecer grander dificultades; fué preciso cortar algunas cañas de las más gruesas de aquel bosque para reemplazar los largos bastidores de las velas. El timon fué empalmado con los pedazos de largueros fracturados de estas mismas velas y sujetos con fuertes cuerdas. Cerca de dos horas duró la operacion; pero al fin el *Regina* quedó tan aparejado como si nada hubiera sucedido.

—Ahora, Sessy, preguntó el doctor con voz conmovida, ¿tienes valor para quedar de atalaya mientras yo voy á cazar á las inmediaciones de este cañaveral? Nuestra despensa se halla vacia, y es necesario renovar nuestros víveres que hemos sacrificado.

—Pero no te alejes mucho, respondió la jóven.

—Pierde cuidado, mi querida Sessy, no tardaré mucho en volver.

Y Harry S'lay selló la frente de la jóven con un beso de despedida.

Pocos momentos despues, algunas detonaciones anunciaron á la jóven que su padre no perdía inútilmente el tiempo.

Este se había dirigido al espeso cañaveral, le había recorrido en todas direcciones levantando algunas palomas; por fin, salió al otro lado de aquella espesa muralla, y se halló en una gran estension de terreno pedregoso y lleno de espinosos zarzales. El doctor empezó á andar con más cautela y ojo avizor; sabia, como hombre de ciencia, lo frecuentes que son estos sitios de animales dañinos y no le hacia mucha gracia tener que habérselas con alguno; y la sola idea de que su Sessy podia quedarse sola en medio de un mundo desconocido, ignorante de los medios para encontrar el camino de su país en medio de los aires, le hacia estremecer.

En cuanto á ésta, había dejado de oír las detonaciones, y este silencio le hacia temblar.

Harry se había internado bastante en aquel terreno árido y lleno de maleza, cuando un lijero ruido, acompañado de un silbido estridente, detuvo sus pasos. Había reconocido el silbido de una serpiente, y amartillando su escopeta, esperó á que esta se le presentara con una tranquilidad admirable.

Esta no se hizo mucho esperar.

Era un magnífico animal por sus hermosos colores, y su forma era la del *crótalo* de América.

Había lanzado su vista sobre el cazador, y fija é inmóvil parecía aguardar los más pequeños movimientos de este; pero Harry era tan astuto como ella, y esperaba también el ataque con serenidad. Este no quiso aún disparar, se hallaba todavía lejos y esperaba que se le acercara. Así pasó cerca de un cuarto de hora sin dejarse de observar uno y otro. De pronto, como si hubiera sido herida por un rayo, lanzó un agudo silbido. Harry conoció la astucia del reptil. Era perdido si nada arriesgaba, pues ésta acababa de dar la señal de alerta en todo el espacio á sus compañeras.

No vaciló; echarse el arma á la cara y descerrajar un tiro sobre la piel de aquel monstruoso animal, fué obra de un momento.

El feroz reptil coleteó dos ó tres veces con fuerza, se retorció sobre la arena rugiendo de cólera y espiró; pero en el mismo momento otro silbido muy próximo, contestó entre los cañaverales, y un estrépito entre el follaje anunció al doctor la pareja de este animal que se abría paso por entre las apiñadas cañas. No tardó en presentarse; Harry S'lay la esperaba con serenidad. El reptil, al ver la majestad imponente de su adversario quedó inmóvil; pero apenas husmeó la sangre caliente aún de su compañera, cuando rugiendo de cólera comenzó á dar horribles silbidos.

Harry se fué derecho á ella, este astuto animal, comprendiendo sin duda el ataque, se elevó sobre su

cabeza en toda su longitud, seseando en el espacio la inmensa mole de su cuerpo.

El doctor apuntó, pero esta: con la rapidez del rayo se dejó caer sacudiendo con la furia de un huracán, su enorme cola sobre el brazo de Harry. El arma se escapó de sus manos y él mismo hubiera caído falto de sentido si el peligro no le hubiera hecho fuerte en aquellos instantes: sacó de su cintura el cuchillo y se adelantó hácia el animal. Entonces se trabó una lucha feroz. Al principio, aquella especie de crótalo, empezó á defenderse á sendos coletazos que Harry S'lay burlaba con destreza y agilidad. Bien pronto cambió de táctica, y fingiendo dar una vuelta como para elevarse, se avalanzó de un salto sobre su diestro adversario, enroscándose al cuerpo con rapidez y estrechando los círculos de su plateado lomo. Al principio el doctor se creyó perdido con tan brusco ataque, pero por suerte el brazo que contenia su cuchillo se habia alzado para parar los inesperados golpes, y por tanto se hallaba libre. El fiero animal parecia haberlo comprendido, pues todo su afán era magullarle los huesos con su fuerza hercúlea. Harry debió comprender esto mismo, pues por todo su cuerpo sentia ya dolores agudos; al mismo tiempo el animal daba horribles silbidos, así es que el peligro era cada vez mayor, pues de un momento á otro podian venir en su auxilio, y entonces difficilmente podria defenderse. Alzó su brazo, y con una fuerza verdaderamente brutal, descargó un golpe con su cuchillo sobre el cuerpo de su opresora enemiga; tan fuerte, que casi estuvo á punto de rasgarse el vientre. Esta aljó enseguida y cayó al suelo dividida en dos.

Harry se hallaba estropeado, sus entumecidos miembros se negaban á sostenerlo; pero algunos silbidos lejanos le anunciaron que no se habia engañado, respecto á la inteligencia de estos animales. Sacando fuerzas de flaqueza, hizo un esfuerzo, recogió su esco-

peta y su caza y se alejó de estos sitios donde la criatura humana jamás había puesto el pié.

Poco tiempo despues la inquietud de Sessy había cesado por completo.

El cazador había llevado un gran refuerzo á su despena, consistente en un par de aves de la misma plumazon y más grandes que los patos, algunas palomas comunes de las que había levantado en el cañaveral, y un par de liebres blancas y mucho más grandes que las de nuestro globo. Todo esto Sessy se encargó de prepararlo al humo con el fin de poderlo conservar: atraesándolas en unas cañas delgadas puestas en otras en forma de horquillas y clavadas en el suelo; despues con guijarros que amontonaron, el doctor formó un hornillo dentro del cual pegó fuego por medio de la llama de su mechero á una porcion de hojas y trozos de las mismas cañas secas. Cuando Sessy las daba por bastante chamuscadas, Harry las trasladaba al carro y poco despues la cena de nuestros viajeros tenia lugar bajo la sombra de las cañas, y precisamente á la misma hora en que Ketrli á nado verificaba la travesia del más caudaloso rio de aquel planeta. Mientras esto se verificaba, Harry referia á Sessy los peligros á que había estado expuesto en aquel país donde la naturaleza se presentaba en todo su estado salvaje, y pocos momentos despues el *Regina* se elevaba en el espacio en busca del desgraciado Ketrli.

El cansancio, sus entumecidos nervios y el excelente apetito que acababa de satisfacer, le proporcionaron un excelente sueño.

El viento era favorable y empujaba al *Regina* hácia el sitio de la catástrofe que el deshiele acababa de producir en el vivac de Kaoghut.

Sessy, de guardia, permanecía muda, de pié, estática, contemplando la inmensidad de los espacios: á cada momento la pobre niña creía oír la voz de su amado

Ketrli que les pedia auxilio; pero ¡ay! por desgracia, el jóven nadaba opuestamente á aquella hora y muy lejos para que pudiera oírle.

Pero hemos dicho que Dios es justo. El viento acababa de cambiar, y el *Regina* variaba su veloz carrera, arrastrando á nuestros intrépidos viajeros lejos de la ruta que debian seguir.

Sessy se apresuró á llamar á su padre.

—¿Qué hay? preguntó el doctor saliendo de su letargo.

—El viento ha cambiado y nos arrastra lejos, muy lejos, hácia el Sud.

—Tranquilízate, Sessy; felizmente sopla lo suficiente para llenar el fuelle, y el timon, una vez compuesto, obedecerá como un niño. En efecto, la operacion fué ejecutada, no sin grandes trabajos, y el *Regina* volvió á tomar el rumbo que acababa de abandonar momentos antes.

Pero Dios era justo, y el viento se hizo á poco tan recio, que uno de los bastidores fué arrancado, y el timon, despalmado y hecho pedazos, dejó de maniobrar.

El *Regina* volvió á tomar su primitiva inclinacion al Sud.

—El cielo se ha conjurado contra nosotros, dijo Sessy, ¡perdido para siempre!

A lo ménos así lo creian nuestros aereonautas.

Harry lanzó un grito de cólera y de desesperacion que probaba á Sessy su impotencia en aquella ocasion.

—Obligados á abandonarle, obligados á emigrar sin rumbo fijo, ¡y para eso han servido tantos años de estudio, de observacion y de cálculo! pensaba Harry, loco, desesperado y abatido por aquel golpe fatal.

—Se hará indispensable que nos detengamos, dijo Sessy, deseando dar una solucion á aquel silencio, y que echemos pié á tierra, si hemos de buscar á nues-

tro amigo, porque el viento nos aleja demasiado de nuestro camino.

Harry iba á decidirse, pero Dios, en su justicia, no podia permitir alejarlos del mártir, del generoso jóven que por salvarlos segunda vez, por librarlos de una muerte segura, se habia visto obligado á separarse de ellos.

Por eso, Dios, en el momento en que Sessy proponia una emigracion sobre tierra firme, envió una suave brisa contraria y más inferior á la en que se elevaba el *Regina*.

Vientos contrarios, pensó el doctor: así es que, despues de un rato de vacilacion, se apresuró á responder á Sessy.

—Antes tratemos de buscar una corriente más favorable; una corriente contraria á la que llevamos. En todo caso no hay otro medio; haremos cuantos esfuerzos esten á nuestro alcance por encontrarle.

Sessy no respondió; nada esperaba y prefería callarse á discutir una cosa que ella creía completamente imposible.

A eso de las tres de la mañana pasaron nuestros viajeros por una gran ciudad donde la civilizacion parecia hallarse en su más alto grado de esplendor. Al principio la mayor parte de sus construcciones tenian formas cónicas, que á primera vista parecia que formaban cuerpo con la misma montaña, pero viendo que los selenios se introducian en lo interior de aquellas moles por unas aberturas muy pequeñas, el doctor supuso desde luego que las concavidades interiores en que los veian entrar y hacer mansion, debian estar socavadas en aquella montaña, á la manera de aquellas galerias subterráneas que se encuentran en el alto Egipto y en la India; pero más tarde grandiosos edificios llenaron á nuestros viajeros de admiración, respecto al arte de los selenios y de los recursos de su feraz inteligencia.

Los vespertillos venian á descender sobre las cúpulas de las inmensas torres cónicas habitadas por los selenios y entraban en ellas por distintas aberturas practicadas en la parte inferior del edificio.

Sessy preguntó cómo era que los vespertillos no entraban por el mismo lado que los selenios.

El doctor, á quien no habia escapado esta observacion, se apresuró á contestar.

—Eso me hace pensar, Sessy, como de antemano habiamos sentado, que los vespertillos viven en servidumbre y dependencia absoluta de los selenios.

Harry tenia razon, pues en este momento, uno de estos se aproximó á un selenio en actitud de sumision como para recibir órdenes, y despues desapareció.

El *Regina* pasó veloz sobre esta gran ciudad, y con gran sentimiento del doctor, que hubiera deseado detener algunos instantes sus observaciones sobre la vida privada de aquel gran pueblo; pero su diabólica maquinaria se habia revelado contra él, y no obedecia á los deseos de su señor.

Siguiendo la misma línea una gran cordillera de montañas que terminaba como ordinariamente terminan todas las de este planeta en una especie de pezon que sale de el medio de un cráter, conservando en sus bordes las trazas muy marcadas de su origen volcánico sobre la cresta que está separada por un foso natural y profundo, del montecillo central que la domina, se elevaban cuatro barraquillas ó garitas construidas con materiales que parecian de una notable solidez. Todas tenian en su parte superior aberturas ó ventanas de las cuales solo una era vertical, y mirando las otras hácia el cielo, defendidas todas por unas puas metálicas tan próximas unas de otras que parecian un puerco-espín enrollado. Otra garita mucho más pequeña y de más sólida construccion en apariencia, se hallaba situada en los remates de los edificios que acababan de observar nuestros viajeros.

Estas garitas se hallaban ocupadas por selenios que de vez en cuando salian, miraban al cielo, y volvian á desaparecer; esto hizo comprender al doctor que aquellos selenios se ocupaban de la astronomía. Harry se hizo esta observacion sin demostrar la menor sorpresa.

Poco despues, un edificio disminuia hasta no presentar más que un diámetro de unos tres pies en su parte superior, terminada por una garita igual á las ya descritas.

Las paredes de esta estraña construccion presentaban una superficie reluciente y bruñida, dividida con mucho arte por compartimentos iguales y adornados de mármoles de los colores más brillantes, que formaban entre sí dibujos regulares muy complicados en el género de los mosaicos árabes, á los cuales se asemejaban tanto más cuanto que jamás como en aquellos se encontraban la menor intencion de representar figuras de hombres ó animales. Las paredes de dicho edificio tenian ventanas, dos de las cuales, un poco más elevadas, parecian hacer el oficio de puertas. Todas estas ventanas se hallaban decoradas con dos columnitas apoyadas en una sola piedra lisa, embutida en el muro, y elevándose perpendicularmente, se separaba del cuerpo del edificio lo bastante para que el coronamiento que sostenia ofrezca un espacio de una anchura regular, sobre la que se fijaban unos terreros delante de cada una de dichas aberturas, y donde á muchos selenios y á muchos vespertillos apenas alcanzaba la vista para verlos salir y entrar, y desde allí tomar su vuelo rápido á los espacios infinitos.

El *Regina* seguia á merced del viento, sin rumbo fijo, cruzando bajo su carro grandes cadenas de montañas, estensos y fértiles campos, terrenos incultos y áridos, sin que el doctor pudiese hallar una corriente contraria á la que llevaba.

A las doce el *Regina* pasaba en los 15°, 40' de lon-

gitud y 57°, 83' de latitud S., y al instante el terreno se hizo más accidental, más variado, entrando en un delicioso valle rodeado de violáceas montañas, en cuyas fértiles faldas se encontraban multitud de casas de campo ó recreo para los selenios. Estas especies de castillos aislados, edificados sobre un suelo sumamente pródigo y fértil, diferían esencialmente de los castillos ó fortalezas en que no tenían aquellas garitas ó torreones de observacion, y además, en que su forma era la de un cono truncado, y en cuya parte superior habitaban algunos vespertillos civilizados, que en ausencia de sus señores quedaban hechos dueños del edificio durante su presencia en calidad de colonos ó arrendatarios, cultivaban el valle y se defendían de los ataques bruscos y de la rapina de los salvajes.

--Hé aquí una pequeña lógia en que se gobierna cada uno de por sí, y que reuniéndose solo en el peligro, evitan los estragos y devastaciones de esos pícaros de salvajes cuya pista quisiéramos seguir.

Y diciendo esto Harry, suspiró.

Sessy nada dijo; su dolor era profundo, y cada palabra que oía, cada objeto que bajo sus piéspasaba, atraía á su imaginacion crueles recuerdos que minaban poco á poco su existencia. La dulce y simpática jóven se hallaba enferma, enferma de ese mal esclusivo del cielo nebuloso y encapotado de Lóndres, enferma del *splin*, enferma del corazon!

Al doctor no se le habia escapado esta enfermedad de su hija, y las proporciones que esta iba tomando sobre su espíritu. Así es que el pobre hombre habia encanecido en dos dias, lo que no le habia sucedido en los 45 años que contaba. Además, la palidez amarillenta de Sessy, y su inapetencia constante, le hacia temer fatales resultados, pues varias veces habia dicho los males físicos dificilmente ó pronto se curan; los males morales del alma, tarde ó nunca; y este nunca bullia en su cerebro adquiriendo gran dominio sobre él.

A las ocho de la tarde una fiebre espantosa se declaró en la pobre niña; la piel ardía, abrasaba el contacto de las manos convulsivas del doctor.

Este no se cuidaba ya de su globo, ni de donde pudiera llevarles, solo miraba con espanto la muerte que se cernía estendiendo sus descarnadas alas sobre el *Regina*.

CAPITULO XIV.

La tierra firme.—La vida del desierto.—Ketrli domestica las fieras.—El hambre.—Un rayo de esperanza.—La fuga.

La inundacion habia arrasado la vejetacion, y los grupos de chozas habian desaparecido bajo las ondas espumosas de un lago helado. Solo una pequeña eminen- ción cónica de una arena amarilla y reluciente pa- recia flotar sobre el agua.

Ketrli trató de ganarla á nado, lo que no consiguió sin grandes trabajos, y al cabo de dos horas ; por fin, llegó al término de su travesía: asiéndose vigorosa- mente, cuanto sus entumecidos y cansados brazos le permitian, á una especie de raiz medio conmovida por las aguas, logró escalar la pendiente de aquella tierra de oro. En cuanto alcanzaba la vista no se distinguia más que plantas, achaparradas como en los terrenos brezosos de nuestro globo, y algunos matorrales de es- pinos y de lentiscos; estos eran tan altos que aventaja- ban á los más elevados de nuestro globo. El jóven cazador pudo cojer de este arbusto algunos frutos completamente en sazón, pero no sucedió lo mismo al

querer beber del licor puro que encierran sus vainillas, pues este se habia convertido ya en los insectos alados que sabido es produce este árbol.

Estos síntomas de aridez entristecieron mucho al jóven cazador.

Del otro lado donde el lago extendia su imperio, la tierra firme se hacia ilimitada, pero siempre presentando el mismo carácter de rudeza y aridez. No habia señales de que ninguna caravana hubiese atravesado aquella comarca enteramente desierta, de lo contrario habria dejado huellas visibles de campamento y blancas y descarnadas osamentas de hombres y de animales. Solo una inmensidad de abrasadoras arenas, solo en aquella desolada region se hacian perceptibles los ilimitados caractéres de un desierto; pero no era posible retroceder: por un lado el agua, por el otro el desierto, y por ambos la muerte; esto es cuanto pudo ver Ketrli. No habia más remedio que seguir adelante, vencer al desierto; eso era todo lo que deseaba, y pedía fuerzas al cielo que le trasladaran en pocas horas al otro lado de aquellas tristes latitudes; pero ¡ay! el cielo impasible, trasparente, mostraba su sereno azul; ¡ni una nube que empañara aquel horizonte! ¡ni una huella marcada sobre la arena que le indicara qué camino tomar!

Ketrli levantó la cabeza al cielo en distintas direcciones, esperaba hallar en él la mole inmensa del *Regina*; llamó con desesperado acento, pero nadie le respondió.

Este se hallaba súmamente lejos para que pudieran oírle.

—No desesperemos aún, dijo con la sangre fria de un mártir. Pero se hace necesario tomar un partido. Reflexionemos, ya que no pueda orientarme. Ante todo, conviene que salga cuanto antes de este desierto donde el hambre, la sed y el calor pueden atacarme. A ver... veamos si el sol puede orientarme, su marcha es de

Oriente á Poniente, esto es: y señalaba con su dedo la curba que en su carrera describe este astro; luego yo he nadado hasta aquí siempre al Sud; segun los rayos solares calientan, debo hallarme muy próximo al eje del planeta que habito. Bueno, redoblemos la marcha, yo hé oído varias veces á S'lay decir que los centros de las poblaciones se hallan habitados en casi todos los paises, luego del otro lado del desierto es indudable que encuentre seres civilizados. Y diciendo esto, continuó su marcha de N. á S.; esto es, la misma que el *Regina* acababa de tomar contrariando la voluntad de sus viajeros.

La temperatura era sofocante; desde las primeras horas de la mañana, la invariable calma del cielo y los abrasadores rayos del sol hacian imposible en aquellos lugares desolados la existencia del reino vegetal y del reino animal: ¡ni un pájaro se veia en el aire, ni un reptil en la tierra! solo vastas soledades, inmensas montañas y una tierra firme al pié de un estenso y grandioso lago. El viento seguia corriendo de N. á S., pero este apenas se hacia sensible en aquella altura de atmósfera.

—Maldito calor, exclamaba el desgraciado jóven enjugándose las gotas del sudor que bañaba su frente; si yo tuviera un poco de agua con que enjuagar la boca, tal vez andaria más de prisa, y este calor sofocante se haria ménos sensible.

Mientras tanto el suelo se iba haciendo cada vez más árido, el terreno presentaba enormes montañas cuyas ondulaciones auríferas se desvanecian poco á poco en la inmensidad de la llanura.

—Hé ahí, pensaba el jóven, el menor de estos puntagudos guijarros, que bastarian para hacerme rico en Inglaterra, y aquí ni me es útil para hallar un vaso de agua que mitigue esta sed abrasadora.

Y pensando así Ketrli, señalaba con desprecio á la infinidad de guijarros dorados y relucientes que, des-

prendidos de las grandes rocas, se hallaban esparcidos por el suelo rodando hasta el fondo del desierto desde las altas cumbres lejanas.

A eso de el mediodia, algunos grupos de árboles de hojas medio abrasadas por el sol y algunas miserables fajas de yerba medio tostada hizo comprender á Ketrli la proximidad de algun pozo de agua, indudablemente estancada entre las cuencas ú ondulaciones de las montañas. Siguió la línea que marcaba aquella faja amarillenta y que concluia en una concavidad húmeda, pero seca. Ketrli dió un suspiro: los rayos del sol no habian respetado ni aun aquellos sitios de profundidad selenia. El desgraciado jóven tuvo que contentarse con aplicar sus lábios á las húmedas y poco frescas paredes de oro de aquella caverna, cuando un suspiro profundo y ronco he'ó su cuerpo, erizando sus cabellos. Una especie de pantera roja con manchas blancas y de una talla descomunal, se hallaba tendida en el suelo. El animal, sin duda alguna, creyendo encontrar agua con que apagar su devoradora sed, hallaba entre aquellas puntiagudas y cortantes rocas una muerte segura. Este animal miró al jóven y suspiró hondamente. ¡Ah! la sed, la proximidad del peligro, de la muerte, les hacia iguales en aquellas circunstancias, y lejos de atacarle como lo hubiera hecho en el bosque ó en medio de el desierto, el monstruoso animal hallaba en el jóven un compañero de infortunio: Asi era.

Ketrli concibió una idea desesperada. ¿Para qué podia ambicionar una vida llena de sufrimientos, una vida que no debia pertenecerle muchas horas, pues que el hambre, la sed y un fuego devorador le consumian? Con sus manos empezó á rascar la tierra húmeda, al cabo de una hora de trabajo pudo llenar su sombrero, que vaciándolo sobre el cuerpo del animal, y volviendo á la misma operacion, consiguió refrescarla.

La pantera, por fin, se levantó.

Ketrli se cruzó de brazos delante de ella esperando

ser devorado; pero el animal bajó la cabeza, metió su rabo entre las patas, y rastrera se acercó al joven echándose ó sus piés.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! exclamó el joven desesperado, hasta la misma muerte desafian las vastas regiones de este desierto.

○ Pero en aquel mismo instante un grito de alegría salió de su boca, arrojándose sobre uno de los pechos del estendido animal.

○ La pantera era una magnífica hembra á quien los rayos del sol despues de los 18 dias de noche habian sorprendido en aquel desierto, victima del deshiele, como el joven habia sido arrojado allí por las hondas del embravecido lago, y poco despues la sed y el hambre lejos de respetar su fiereza la hicieron víctima de sus terribles resultados.

○ El joven cazador, sin reflexionar en el peligro, hambriento y lleno de una sed devoradora, se avalanzó á los pechos de aquel animal, que impasible y tranquilo, dejó á su salvador se amamantara á su placer. Mitigada el hambre, Ketrli pensó en su nueva amiga, y extrayendo en su sombrero una porcion de aquel liquido repugnante, se lo dió á beber.

○ La pantera lo agotó sin dejar de mirar á su salvador. Despues le lamió la manos y dando un rugido terrible salió de un salto de aquella caverna sombría.

Ketrli se hincó de rodillas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Misericordia! y quedó abatido en aquella situacion.

○ Las horas se sucedian con monótona y desesperante semejanza, el sol recorria impasible su carrera derramando abrasadores rayos desde un cielo purísimo, calcinando aquella atmósfera la superficie del suelo como pudiera hacerlo un hornillo. El viento seguia soplando de N. á S.; pero aquel viento apenas se hacia sensible, parecia más bien que un soplo una espiracion, un débil hálito que se extinguia completamente

á medida que tocaba ligero en la superficie de aquellos extensos arenales.

Ketrli con su cabeza inclinada sobre el pecho, permanecía aun de rodillas, luchando triste y desesperado contra aquella crítica situacion, pero conservando su sangre fria y su calma inalterables, aguardaba con la resignacion de un mártir que la muerte cortara de una vez los filos de su existencia.

—Esperemos con resignacion, dijo, por fin, probándose á levantar; pero las fuerzas le faltaron y cayó desplomado sobre el suelo de roca.

No era extraño, pues, desde que la pantera hizo tan brusca salida habian pasado más de doce horas y una debilidad espantosa se habia apoderado del jóven cazador.

Tantos sufrimientos, tantas penas y ni una queja para el doctor, que abusando de su amistad, del cariño que el jóven profesaba á su hija, á Sessy, le habia asociado á su temeraria empresa, colocándole en aquella triste y crítica situacion, en donde el mayor bien que pudiera experimentar, el mejor bálsamo para sus penas, era la misma muerte. ¡Pobre jóven! ¡Cuán distinto se hallaba de dos dias á esta parte! estenuado, demacrado, con la piel amarillenta y ardorosa por la fuerza de la calentura, encorvado por el dolor de estómago, que la necesidad, el hambre, le producía, con sus cabellos blancos por el polvo y encanecidos por tantos padecimientos, y con todo su traje hecho pedazos por las zarzas y matorrales achaparrados del desierto. Tal era el esqueleto, no la presencia, que bajo aquellas silenciosas rocas pedia á grandes gritos la muerte, revolcándose con desesperacion por el suelo. Un rugido espantoso estremeció la peñas é hizo fijar su ojos á Ketrli en el objeto que lo habia producido.

Otra pantera, pensó Ketrli, y en sus lábios se dibujó una sonrisa de amarga satisfaccion.

La pantera roja á quien momentos antes habia sal-

vado de una muerte segura, traía en su boca un pequeño macho cabrío, como los de nuestro planeta. El animal bajó su cabeza, y sin dejar de mirar al joven, se le acercó arrastrándose. Ketrli contempló algunos instantes aquel hermoso animal. Este abrió su boca, y dejó caer su presa, retirándose con calma dos ó tres pasos.

Ketrli admirado, y dando en su corazón gracias á Dios por su infinito poder, cogió la res.

La pantera movió la cola dos ó tres veces, y tendiéndose á lo largo, é hincando su cabeza entre sus dos manos en el suelo, suspiró clavándole una mirada de inteligencia.

El joven cazador la llamó dando una palmada en la rodilla.

—Ven acá, Piel Roja, ven acá, generosa amiga.

El animal obedeció.

El hombre, con el poder de su mirada y con su generoso corazón, había humillado los fieros y carnívoros instintos de aquel terrible animal de los bosques del desierto.

Ketrli, por fin, hizo un esfuerzo sobrehumano y logró levantarse hasta poder alcanzar con sus brazos un matorral seco y carcomido por el tiempo, este tenía junto á su tronco una especie de yesca muy blanda, todo lo cual puso al sol amontonado y de modo que la yesca recibiera los rayos perpendiculares. Al cabo de una hora, esta, prendió fuego, y ayudando el joven con sus debilitados pulmones cuanto pudo, logró un fuego muy capaz para asar aquella res.

Ketrli lo dividió en dos, y llamando á Piel Roja, le arrojó una parte, que la fiera devoró de una sola vez; la otra parte, luego que estuvo sazónada fué consumida por el joven.

Momentos despues la sed se hizo sentir, Ketrli llamó á Piel Roja. El animal obedeció, y pocos momentos despues, ambos saciaron la sed.

Restablecidas sus fuerzas, se decidió á marchar, Piel Roja le siguió.

La misma pureza reinaba en el cielo, la misma inmovilidad en la atmósfera.

La inmensidad de las arenas, por una disposicion admirable de la naturaleza, habia tomado todo el color del oro subido, reflejando como en un espejo las imágenes y las sombras de aquella estéril y raquítica vejetacion.

Ketrli examinó con ansiedad el espacio, se hallaba en pleno desierto, y solo la inmensidad de las arenas era capaz la vista á percibir.

El calor llegó á hacerse insoportable, y el jóven era digno de compasion; bañado en su propio sudor, jadeante, falto de fuerzas, cansado, estropeados sus piés por los puntiagudos guijarros de aquel terreno pedregoso, y con todos los vestidos rotos por los achaparrados matorrales empezaba á caer en una especie de sopor invencible.

—Es preciso hacer un último esfuerzo, y tratar de hallar un camino que me lleve lejos de este volcan ardiente, se dijo entonces, se acordó del cabrito que Piel Roja le habia llevado algunas horas antes, y esta idea hizo brotar en su imaginacion un rayo de esperanza.

El terreno empezó á ser más variado. Las ondulaciones de este, las eminencias de arenas auríferas y los guijarros puntiagudos en que antes se detenia la vista, fueron haciéndose más raros hasta que desaparecieron por completo; y la incesante contemplacion del desierto empezó á oprimir el corazon de aquel mártir. En aquella superficie del terreno ardiendo, en aquella atmósfera de fuego, hasta Piel Roja le habia abandonado. Se halló solo, completamente solo con su desesperacion, y su espíritu se abrumaba hasta el punto de creer absolutamente imposible que cualquiera causa pudiera venir en su auxilio.

Ketrli empezaba á dudar de Dios.

Pero Dios quiso probarle su poder. El desierto se abría en ondas grietas arrojando vapor de una alta temperatura y acompañado de un ruido sordo y estremecimiento de aquella llanura.

Ketrli cayó de rodillas conociendo con espanto la gran potencia y magnitud del Creador, y el pánico erizó el cabello del jóven á quien aquella masa de vapor acuoso, candente, envolvía por todas partes.

Piel Roja se dirigia á aquel sitio, huyendo, espantada y dando fuertes rugidos que conmovían la bóveda celeste.

El mismo Ketrli miraba espantado abrirse bajo sus piés aquella tierra hirviendo, y hundirse en las profundidades infinitas.

Por fin, aquella víctima de tan extraño incendio pasó junto al jóven. No habia tiempo que perder, dió un salto, y ágil y diestro como un *ecuyer* quedó montado sobre el fiero animal, que á grandes saltos, y con enormes resoplidos ganaba el desierto sin notar la pesada carga que llevaba sobre su lomo.

CAPITULO XV.

Las últimas gotas de agua.—Recuerdos de un discurso.—El principio de un incendio á vista de pájaro.—El volcan ambulante.—Un disparo á tiempo.—Hurra por Ketrli.—El gimnasta aéreo. Una mañana de violetas.

El *Regina* siguió impasible su carrera con extraordinaria rapidez: la serenidad del cielo empezaba á inquietar al doctor; la atmósfera abrasaba como si saliera de un hornillo, y ni una nube se descubría en ese cielo de fuego que anunciase una próxima tempestad.

—Está visto, las tempestades se niegan á refrescar el ambiente, y este se va haciendo insoportable. Si desgraciadamente continúa mucho tiempo la atmósfera tan cargada, Sessy no podrá vivir mucho tiempo, y si muere... si muere, ¡cuán grande responsabilidad pesará sobre mí! ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué he abusado del cariño que los dos jóvenes me profesaban asociándolos á una empresa cuyos peligros pude prever? ¿por qué no he partido solo?

Estas ideas se aglomeraban á la imaginacion del

doctor adquiriendo grandes proporciones, y como sucede siempre en las horas de fatigoso desaliento Harry veía los peligros porque pasaban, exajerados y bajo un prisma de realidad empezaba á conocer lo que no tenía remedio.

—¡Pobre Sessy, cómo sufrel exclamó despues de un corto silencio, y dos gruesas lágrimas surcaron las arrugas de su cara.

Porque el doctor habia envejecido á pasos agitantados en el espacio de 48 horas.

¡Pobres víctimas de la ciencia!

Harry comprobaba las largas jornadas del *Begina*. Este volaba con una rapidez increíbe y empezaba á cruzar las vastas regiones de un desierto.

—Aire... aire... yo quiero un poco de aire: dijo Sessy con el acento entrecortado de un moribundo. Harry se apresuró á descorrer las cortinas de la hamaca donde se hallaba acostada la enferma.

—¡Padre mio, dijo esta, dame un poco de agua ¡ay! yo me abraso! y con sus delicadas manos, enervadas por el fuego que interiormente la devoraba, parecia querer desgarrarse el pecho.

El doctor extrajo una pequeña cantidad de este liquido cristalino completamente caldeado por la temperatura atmosférica.

Sessy lo bebió con avidez hasta la última gota; pero lejos de apagar la sed aquel caldo en un estado casi de ebullicion, hizo que esta tomara mayores proporciones.

—¡Más agua...! ¡más agua! gritaba la enferma.

Harry se apresuró á obedecer, y sin embargo, eran las últimas gotas, de las 600 libras que el doctor habia encerrado en la barquilla.

—¡Padre! dijo esta con voz débil y entrecortado acento; si tú no, al ménos tu ciencia, no debe ignorar el estado desesperado en que me encuentro. Si dentro de una hora esta atmósfera de fuego no ha refrescado

yo dejaré de existir, dijo Sessy con voz desfallecida.

—¡Sessy! ¡Sessy! exclamó el pobre Harry sollozando y en medio de su dolor.

Esta le miró con languidez; por fin dijo:

—¡Sufres! ¡Hé sido demasiada dura con mis palabras! Lo sé. Mi desesperacion... luego, yo soy una loca; en medio de nuestro infortunio, ¿qué más pudiera desear? cerrar los ojos en brazos de un padre apasionado de su hija; ¿no es una verdadera felicidad?

La jóven echó sus desnudos brazos al cuello.

Harry no sabemos lo que dijo, pues el llanto, la desesperacion, un delirio loco, frenético, ahogaba en sus lábios las palabras.

—No te aflijas, continuó la jóven, y escúchame.

Harry escuchó.

—Si muero (Harry hizo un movimiento de inquietud) es preciso que nos conformemos con esta idea, pues mi estado bien te dice la realidad de los hechos, para un porvenir cercano, si Dios no lo remedia, por medio de un milagro.

—¡Un milagro! no, Sessy; ¡Dios es justo! Dios vé cuanto sufres; conoce mi desesperacion y se apiadará de nosotros.

—Es la única esperanza que he tenido hasta ahora, siempre he sentido mi corazon henchido de la fé; pero ahora...

La jóven no continuó, se contentó con menear la cabeza en señal de duda.

—¿Ahora no? preguntó el doctor con tristeza.

Sessy guardó silencio.

—Sessy, serena tu espíritu, dijo Harry tratando de dar algun consuelo á la enferma y acallar los gritos de su conciencia.

Esta sonrió dulcemente, pero su sonrisa era la de un mártir, la de una santa, más bien que la de una mujer.

S'lay continuó:

—Es cierto que con esta atmósfera candente, bajo

este cielo ardiendo, sin una nube que le empañe, hay motivo para desesperarse, ¿pero quién nos dice que esto pueda durar mucho tiempo? En ménos de un cuarto de hora, en nuestro planeta, en los desiertos del Africa, hemos visto formarse una nubecilla, irse extendiendo y arrojar una lluvia copiosísima por espacio de un día entero que ha refrescado la atmósfera y la superficie del suelo. ¿Quién puede decirnos que en este mundo desconocido no suceda lo mismo? Contra una probabilidad, en contrario, hay ciento que no lo son.

Sessy volvió á sonreír con dulzura, con cariño, con gratitud, pero no despegó sus lábios.

La paciente muchacha sabia que su principal curación no dependia del cambio de temperatura. Esto solo le bastaria para hacer ménos penable y fatigosa una muerte segura. La salvación de la jóven estaba en la presencia de un solo hombre en el *Regina*, de su esposo, del jóven Ketrli, y este se hallaba muy lejos para que Dios hiciera semejante milagro.

Vamos, Sessy, repuso el doctor, á quien no se habia escapado esto mismo, hasta ahora hemos salido bien de todos los peligros; no hay por qué desesperarse. Repito que no sé por qué, cómo ni cuando espero encontrarle, y sin embargo, hoy ménos que nunca, parece probable toda esperanza puesto que hemos avanzado ya mucho en nuestra travesía del desierto.

—¡Agua! ¡dadme mucha agua... mucha... ¡Uff! ¡yo sudo! y con su linda mano la jóven enjugaba su pálido rostro.

El doctor se inmutó.

—¿No me has oído, padre mio? ¡Mucha agua... mucha agua!

El doctor no contestó. El pobre hombre no tenia una gota de agua para sofocar los estragos de aquella sed devoradora; pero lo que más le afligia, era ver llegado el instante en que esta le pedia una cosa que á tan

poca costa hubiera satisfecho en su linda casita de Waldrik; y allí, por todo el oro de aquellas montañas, no se hallaba el más imperceptible residuo de este líquido.

—Padre, añadió Sessy contemplando los dolores de que el pobre hombre era víctima; dime la verdad, después fijando melancólica y sombría una mirada, añadió:

¿No tenemos agua, no es verdad?

El doctor, presa de su dolor, no pudo responder sino después de un corto silencio.

—Sino tenemos agua, en cambio me elevaré cuanto me sea posible, y sino consigo hallar una brisa más refrescante que te vuelva la vida, entonces...

—¿Entonces...? se apresuró Sessy á interrogar.

—Entonces, pego fuego al *Regina*, contestó aquel hombre cuyos goces de la vida despreciaba.

—¡Jesús! ¡qué idea tan desesperada!

—¿De qué otro modo podría acallar los gritos de mi conciencia?

—Tu conciencia, pobre mártir del género humano, debe estar tranquila; por ventura, has tratado de hallar el límite de lo posible? ¿No hemos visto hora por hora todos los días los resultados de tus estudios?

—Es cierto, Sessy; pero ¿quién sabe si Dios tendría reservada esta gloria que yo ambiciono á otros siglos más avanzados? ¿Quién me dice que demasiado ambicioso quizá haya pasado los límites de los altos misterios que Dios ha revelado al hombre?

—¿Quién? respondió Sessy con toda la energía que sus debilitadas fuerzas la permitieron. Yo.

—¡Tú, pobre niña! ¡Sessy! ¡Sessy! Y el doctor no pudo contener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Yo, doctor, no es la hija la que habla al padre, es la amiga, la compañera, la voz de mi patria, de la tuya, á la que un día dijiste: «Yo he seguido con avidez los descubrimientos que han señalado el primer

»tercio del siglo XIX y ambiciono la gloria de ver á
 »mi país elevarse más y más en esa peligrosa via de
 »los descubrimientos. Para ello he pasado incesante-
 »mente horas enteras de vigilia, estudio y trabajo con
 »la esperanza de lograr un dia ser de alguna utilidad á
 »á mi país.»

—Sí, sí, repetia con voz conmóvida Harry S'lay al recordar sus palabras.

Sessy continuó coloreada por el entusiasmo de que accidentalmente se hallaba poseida.

—Espera, aún recuerdo tus palabras como si las estuviera leyendo: «Si esta tentativa tiene buen éxito.» Todos te contestaron: «*le tendrá, le tendrá;*» lo oyes, padre mio, y recalcando mas la frase, repitió, *le tendrá.*

—¡Oh! ¡Sessy! ¡Sessy! ¿qué intentas, qué esperas? ¡habla!

—Pues bien, padre, en nombre de mi patria, de la tuya, de la de... de... Ketrli, y al expresar este nombre, la jóven arrojó un mar de lágrimas; en nombre de nuestra pátria, volvió á decir, prométeme, si yo muero, no retroceder ante ningun obstáculo. Nadie mejor que yo conocia los peligros de esta temeraria empresa; pero estos dejaron de existir completamente desde que tú te has decidido á arrostrarlo, en ello va nuestro nombre, nuestro honor, y la felicidad de nuestro país entero.

—Gracias, gracias, Sessy, articuló aquel pobre hombre lleno de reconocimiento. No esperaba yo menos de tí.

Y cogiendo entre sus manos, trémulas por la emocion y el dolor, aquella hermosa cabeza languidecida y velada por una próxima agonía, sellaba con apasionados lábios sus más delicados perfiles.

—Aunque para ello tenga que volver á mi país á pie, hé de gastar el último átomo de hidrógeno en mi mechero; y diciendo, dió mayor fuerza á este.

El gas, encerrado bajo la cubierta del *Regina*, ad-

buirió mayor tension, y este empezó á verificar su fuerza ascensional con una rapidez maravillosa.

El pobre hombre creia hallar la vida de su hija en las alturas más elevadas de una atmósfera refrescante; pero ¡ay! Harry se engañaba; su hija se hallaba enferma del alma, y eso solo el Creador podia curarla mediante un milagro que nuestros aereonautas estaban muy lejos de creer cruzando aquellas inmensas regiones.

El *Regina* se elevó á quinientos piés de altura más sobre la luna, pero apenas sufrió alguna lijera desviacion, pues la impasible atmósfera que allí reinaba, se hacia cada vez más insoportable.

—Hace tres horas que atravesamos el desierto y aún no se dominan desde esta elevacion sus estensos límites.

El doctor estendió su vista sobre el desierto, una nube cenicienta y espesa comenzaba á elevarse á lo lejos ganando á pasos agigantados la llanura: poco á poco, fué haciéndose más perceptible.

Harry dejó escapar de sus lábios una exclamacion.

—¡Un incendio! apostaria á que esos demonios de vespertillos salvajes acaban de cometer una de sus muchas atrocidades abrasando algun bosque vecino.

Pero la admiracion del doctor creció cuando, con el auxilio de su anteojó, vió abrirse la tierra en grandes surcos y arrojar, no lavas ardientes, ni cenizas, ni humo, sino vapor de una alta temperatura.

Con efecto, los rayos solares, caldeando el centro de aquellos inmensos arenales, habian convertido en vapor la humedad que la inundacion producida por el deshiele, habia reconcentrado allí, y esta, puesta en ebullicion por tan alta temperatura atmosférica, habia logrado perforar la superficie de aquel desierto ingrato al arado y al cultivo del hombre.

Este vapor ardiente atravesó la atmósfera de la

luna, y fué una suerte para los del *Regina* el hallarse tan elevados en aquellos momentos, porque la menor gota de él hubiera bastado para incendiar el gas contenido bajo la cubierta de seda de aquel frágil globo.

Por los cálculos aproximativos que hizo el doctor, esta ignea se elevaba hasta la altura de tres ó cuatrocientos piés sobre el nivel del lago, es decir, doscientos pies más bajo que el *Regina*. Estos cálculos fueron confirmados por el ambiente sofocante que les rodeaba.

Harry se apresuró á dar toda la fuerza á su mechero, y el *Regina* obedeció como un fogoso corcel lanzándose en su indómita carrera á seiscientos piés de altura sobre la luna, ó lo que es lo mismo, mil trescientos cuarenta mil millones seiscientos piés de la superficie de nuestro planeta.

Harry se hallaba satisfecho en medio de sus penas; habia conseguido elevarse á una altura nunca conocida y que jamás criatura humana habia imaginado remontarse.

Repentinamente su admiracion creció: habia creído divisar una masa que se elevaba á algunos piés de la tierra lunar, arrojando humo como un volcan ambulante.

Este fenómeno singular llamó toda su atencion. Inmóvil, con los ojos fijos en su anteojo, esperaba con ansiedad la ocasion de poder consignar en sus notas tan extraño espectáculo, cuando dando un grito, el anteojo se escapó de sus manos rodando por el fondo de la barquilla á algunos pasos de él.

—¡Aquí! exclamaba, bajo la misma latitud, bajo los mismos rayos del sol, en tan vastas regiones.

¡Oh! ¡bendito seas, Dios mio! ¡Bendito seas!

Y saliendo de su observatorio, se dirigió con el gozo de un niño al lecho de la moribunda y descorrió la cortina con precipitacion. El pobre hombre se le

demudó el semblante al fijar su mirada en la desgraciada enferma; ¡parecia un cadáver! y así lo creyó el doctor; pero muy poco despues la respiracion fatigosa que levantaba y retraia con monótono vaiven el pecho de la jóven, le hizo comprender el verdadero estado de su hija.

Sessy no se movió, siguió en su actitud indolente, aletargada, medio dormida.

El doctor volvió á correr suavemente la cortina y se retiró en puntillas hácia el sitio de su observacion; una vez allí, recojió su anteojó, lo desarmó y registró; nada se habia roto; sus lentes se hallaban perfectamente colocados, y siguió observando.

Aún está muy lejos... pero dónde diablos va metido? parece uno de esos cráteres que le rodean. ¡Cosa más singular...! Diantre; el *Regina* parece que avanza poco. Era menester hacerle comprender dónde estamos... Si yo pudiera avisarle que vamos siguiéndole... ¡Ah! ¡Qué idea!

Y dándose una palmada en la frente, disparó al aire una de sus escopetas.

Ketrli oyó el disparo, muy confusamente, y volviendo su cabeza, comenzó á accionar con la mano, sin tratar de detener los grandes saltos con que Pie Roja cruzaba la llanura.

—¡Me ha visto y no detiene su carrera! expresó el doctor sin comprender la conducta del jóven; pero en aquel momento, grandes surcos, semejantes á los anteriores, se habrian tras las marcadas huellas de Piel Roja, y grandes masas de vapor acaso brotaban del centro de aquella tierra de fuego.

—Obra con prudencia al ménos, continuó Harry S'lay, Ketrli siempre ha sido un buen muchacho... pero lo principal ya está hecho, saber que nos hallamos aquí y no abandonará nuestra direccion hasta que pueda ponerse en salvo.

Frotándose las manos y saliendo de su observatorio, añadió:

—Veamos ahora á la enferma. ¡Hurra por Ketrli!

Y el doctor se dirigió, sin hacer el menor ruido, hacia la amaca de la enferma. Esta, al oír la detonación, salió del sopor en que se hallaba. La jóven se habia estremecido creyendo que su padre, viéndola en aquel estado de languidez, y creyéndola tal vez muerta, habia atentado contra su vida en medio de su desesperación.

Así es, que la jóven, deseando terminar aquella cruel ansiedad, reunió sus escasas fuerzas é incorporándose en los almohadones, levantó la cortina por una de sus puntas.

La jóven sonrió con una alegría sin límites. Su padre corria en el mismo momento hacia ella cojiéndola las manos, frias como el mármol, las estrechó entre las suyas, diciéndole:

—El cielo ha oído mis súplicas; ¡gracias, Dios mio, gracias! Sessy abandonó una sonrisa de gratitud en sus lábios, pero nada respondió.

—Todo va bien, Sessy.

—¡Cómo! expresó esta en voz apagada y en un tono que demostraba su incredulidad, ¿has encontrado ya el viento contrario?

—Sí, hace más de una hora que hemos vuelto al Oriente.

El doctor mentía, pero queria ir preparando poco á poco á su hija; sabia que tanto mata una escesiva alegría como el dolor, y Harry no trataba de curar á Sessy por medio de la sorpresa, del encuentro de su jóven amigo Ketrli.

Sessy guardó silencio algunos momentos; la pobre jóven empezó á respirar con más libertad. El calor sofocante iba cediendo, y una lijera brisa sellaba sus marmóreas mejillas.

Harry extrañó aquel repentino cambio.

El desierto habia desaparecido, y un inmenso bosque de árboles corpulentos se extendia bajo sus piés, meciéndose á impulsos del viento como las ondas verdosas de un anchuroso mar.

El doctor paseó la vista en todas direcciones; ni un punto oscuro lejano que calmara sus inquietudes se distinguia en toda la estension que abarcaba la vista, nada que llamara con interés su atencion.

De pronto sus ojos se fijaron en un objeto muy confuso que salia del otro lado de la selva en direccion á una cañada cubierta de verdura.

Era Ketrli. Algunas horas más de aquella brisa favorable y el *Regina* le daria alcance.

El doctor volvió á cojer su carabina é hizo fuego; Ketrli no pudo oirle.

—No ha oido: aún se halla lejos.

—¿Qué hay? preguntó Sessy con débil voz que apenas se dejaba oir, y asomando su hermoso pálido rostro por entre las cortinillas.

Harry no contestó, cargó por segunda vez su escopeta, y una segunda detonacion hirieron los aires.

—¡Gracias á Dios! exclamó distinguiendo al jóven que de un salto se habia apeado de Piel Roja; pero ¿qué es eso? continuó reparando en el poderoso animal que sin echar de ménos la pesada carga que sobre sus costillas llevaba, victima del pánico, seguia la fuga en su feroz carrera. No se engañan mis ojos, es una pantera. ¡Oh! pobre Ketrli, cuanto debe haber sufrido, cuando de ese modo desprecia los mayores peligros.

Diciendo así, se volvió hácia su hija: esta no habia oido nada; pero le bastaba lo que sus ojos habian visto, le bastaba aquella segunda detonacion, para que comprendiera que debia pasar alguna cosa extraordinaria. ¿Habria tal vez su padre hallado al jóven? Este fué su primer pensamiento. ¿No le habia dicho este que

hacia más de una hora que el viento habia variado? Un rayo de esperanza coloreó de un tinte seductor sus pálidas mejillas, y un ligero calor empezó á volver á la vida á la desgraciada enferma.

—Sessy, la dijo, Dios en su justicia divina ha escuchado nuestro ruego.

—Y bien, dijo la jóven con ansiedad.

—Toma el anteojo. Mira delante de nosotros. ¿No ves nada?

—Sí, no me equivoco, una tribu de salvajes, el que los precede no es un jefe, es un fugitivo; su traje es el de los europeos. Y el corazon de la jóven palpitaba con violencia que parecia querérsele saltar del pecho.

—¡Un fugitivo! ¡una tribu de salvajes...! ¡Los europeos!

—¿Qué diablos estas diciendo?

Y hablando así, sin comprender lo que Sessy queria decir, cogió el telescopio.

Harry dió un grito.

Sessy, que no habia perdido de vista aquellos puntos negros que atravesaban la selva, exclamó, incorporándose sobre el lecho cuanto pudo.

—¡Es él! ¡padre mio! ¡Ah! no me engañaba el corazon.

—¡El! exclamó este con el gozo de un niño.

Sessy no habia tenido necesidad de nombrarle, la frase ¡él! y la alegría de sus corazones lo decia todo.

—Le hemos encontrado en el momento en que no puede vernos en su fuga, dijo la jóven con tristeza.

—¡Nos verá, nos verá, Sessy!

—¡Pero, cómo?

—El globo marcha con gran rapidez; dentro de pocos minutos estaremos sobre él, á pocos piés del suelo; entonces podremos avisarle, echaremos un ancla para que pueda agarrarse, él es diestro, trepa como un pájaro y...

—Y los salvajes remontarán su vuelo y....

—Nos batiremos si es preciso.

—Son muchos, ¿y si nos dan un asalto?

—No lo intentarán.

—¿Cuántas municiones tenemos?

—Hay todavía para sostener un ataque contra esos pillos más de una hora de fuego nutrido.

—Méenos mal.

—Antes de ese tiempo, malo ha de ser que no consigamos intimidarlos.

—¿Y si no lo logramos? Avanzaran, sedientos de venganza, á nuestro *Regina* con sus terribles cuchillas.

—Entonces... entonces... El doctor S'lay no supo qué responder. Apesar de su sangre fria y de su confianza en medio de los mayores peligros, esta vez palideció. La observacion de Sessy estaba muy en su lugar. ¿Qué podrian hacer aquellos infelices, si por ventura se les ocurria aquellos séres desalmados atacar sobre la cubierta del *Regina*? Esta resistencia era imposible al primier golpe de sus punzantes instrumentos, y el gas contenido en el vacio que el *Regina* desenvolvía bajo su cubierta, hallando fácil salida, obligaria á nuestros aereonautas á descender sobre la superficie de un terreno desconocido y en medio de las tribus más feroces.

Sessy permanecía con los ojos fijos en Ketrlí; de pronto esta lanzó un grito desgarrador cayendo desplomada sobre el lecho.

Uno de los vespertillos se cernia sobre la cabeza del jóven cazador con su terrible cuchilla levantada; repentinamente, Sessy, le vió plegar las alas y dejarse caer á plomo sobre su víctima. Pero, Ketrlí, antes que lograra descargar el golpe fatal, se avalanzó de un salto sobre el cuello de su diestro enemigo, y alzándolo en el aire dos ó tres palmos lo arrojó con ímpetu entre las rocas.

Los salvajes rugieron de cólera.

Entretanto, Harry, habia preparado todo, y despues de arrojar fuera de la barquilla el áncora, moderó la llama de su mechero considerablemente, y el *Regina* comenzó su descenso rápidamente.

Sessy habia vuelto en sí. Harry preparaba las armas y algunos sacos de arena que debian reemplazar el peso del jóven arrojándolos en el espacio tan luego como este lograra cojer el ancla.

Otro vespertillo logró aproximarse más hácia el jóven. El *Regina* pasaba sobre él, y Harry S'lay, con una serenidad aparente que estaba muy lejos de sentir, pero con firme pulso disparó sobre él. El salvaje cayó revoloteando.

Ketrli, mientras tanto, con la agilidad que le era propia, subió por la cuerda, y pocos momentos despues, con su valeroso auxilio y espantados por tantas detonaciones lograron ahuyentarlos.

Sessy y Ketrli se abrazaron. Harry estrechó con caluroso entusiasmo la mano del jóven.

Este se hallaba desconocido; sus dolores morales habian gastado su físico; su traje desgarrado, húmedo aún de la travesía que la inundacion le habia obligado á verificar, y en lo que habia hallado providencialmente su salvacion; y sus cabellos, encanecidos por tantos sufrimientos como habia pasado, habian variado completamente la fisonomia del intrépido Ketrli.

Y sin embargo, escasamente habian trascurrido treinta y ocho horas.

Mientras se disponia un abundante desayuno y Harry destapaba algunas botellas de rico Rhin que debian consumir á falta de agua, Ketrli contaba su historia, y la faz del clima iba haciéndose más variada anunciando unas flores de color de violeta: el espectáculo de la naturaleza más alegre y más civilizada en una mañana de primavera.

CAPITULO XVI.

La granja modelo.—Un reparo singular del teniente Draumound.—Conversacion científica de nuestros aereonautas.—Hevelins en 1647.—Selenópolis.

Las horas se sucedian unas á otras tranquilas. ¡Demasiado tranquilas! pues la brisa habia cesado por completo, y una calma reinante en todo el espacio inquietaba al doctor que veia apagarse por momentos sus mecheros.

La enferma reposaba sosegadamente, y el jóven cazador descansaba de las fatigas de aquel dia. Solo Harry no pudo pegar los ojos; su situacion le desesperaba.

La historia de Ketrlí, contada por él mismo, hasta sus más minuciosos detalles, habian causado honda sensacion en el ánimo del doctor; además, la presencia en aquellos sitios de Piel Roja, ¿no indicaba hallarse muy cerca de las comarcas fértiles? El indicio era poco seguro; Ketrlí la habia hallado en medio de el desierto, muerta de sed, lo que probaba que el animal habia franqueado grandes distancias, y nada de extraño tendria que en aquella tierra de fuego, sus en-

tumecidos nervios la hubiesen obligado á permanecer, contra su voluntad, en las desconocidas regiones del desierto.

Esto mismo le hizo conocer que los salvajes no se atreverían á atravesar, por segunda vez, el desierto. y ó se hallaban ocultos allí, ó llevarían la misma dirección que el *Regina*; de todos modos existía la probabilidad de un nuevo ataque, y Harry creyó deber vigilar redoblando los cuidados.

Durante más de una hora cruzaron aquel delicioso valle matizado siempre por el mismo color violáceo y sembrado de multitud de gigantescas palmeras. Después, dos ó tres rebaños de borregos como los de nuestro planeta, con la sola diferencia que sus piernas son muy cortas y sus piés muy anchos; la piel parecida á la del rinoceronte, y su cola bastante larga y enroscada como la de un perro, se hallaban pastando á la orilla de un pequeño arroyo ó manantial; pero estos animales, tan luego como descubrieron el volumen inmenso del *Regina*, desaparecieron astustados en distintas direcciones. Los pastores salieron de entre unas peñas, donde sin duda habían fijado su hato. Estos, tan luego como conocieron la causa de tan inesperada fuga, emprendieron á correr despavoridos hacia una casita medio oculta entre un grupo muy frondoso de árboles.

Su construcción era semejante á la de los castillos de recreo; el terrado que la coronaba era formado de un monolito de un espesor extr. ordinario; su superficie, lisa y bruñida; y su fachada adornada de mosaicos caprichosos y raros.

Harry creyó tener delante de sus ojos una granja modelo de algún rico propietario selenio; pero toda esperanza de hallar agua cesó desde el momento que vió cerrarse todas las puertas ó aberturas de la granja tan luego como los pastores dieron aviso de la proximidad del *Regina*.

Entonces pensó en la suerte que los esperaba y en acallar su conciencia participando sus inquietudes á sus compañeros; se decidió, pues, á llamarlos.

Ketrli se levantó de un salto á la primera voz que dió el doctor: Sessy quiso hacer lo mismo; pero se hallaba aún muy débil, y los dos escoceses no se lo permitieron.

—Acabamos de franquear los límites de una hermosa granja de recreo selenia, hijos míos. En ella creí que renovaríamos nuestras provisiones de agua á cambio de algunos manjares, y de café, desconocidos enteramente en este país; pero muy lejos de hallar una saludable hospitalidad, al descubrirnos nos han cerrado las puertas, y llenos de espanto han emprendido la fuga por los campos. Hasta ahora habeis visto los resultados de mis observaciones cuales han sido, mucho nos queda por conocer; pero el mechero podrá resistir escasamente diez ó doce horas; si antes de espirar este tiempo no hallamos agua, nos veremos precisados por fuerza á descender á tierra. Nuestra situación no puede ser más desesperada, máxime, cuando los peligros que nos esperan han de ser mayores sobre la superficie de este planeta, que si nuestro descenso tuviera lugar en el suelo de las más innatas regiones de nuestro globo. Necesito, pues, de vuestros consejos, hijos míos; para ello os he llamado: ¿qué hacemos?

Sessy fué la primera que habló.

—Mi parecer es que debemos perseverar en la empresa, dijo.

—El mío, expresó el jóven cazador, hacer lo posible por llevarlo á cabo: pero ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya.

—Pues, adelante; y cuento con vosotros.

Y el *Regina* siguió lanzándose siempre á merced del viento con velocidad incalculable por espacio de una hora.

Casi á los pies de los viajeros se descubria un terreno de bastante extension, encerrado como en un anillo por colinas, que aún no merecian el nombre de montañas, á cuyas faldas se abrian numerosos y feraces valles cubiertos de inestricable maleza. Millares de plantas trepadoras enlazaban allí sus verdes y lozanas hojas al ramaje espinoso de los zarzales y á los vetustos troncos de las palmeras y de las citysis. Las flores silvestres más caprichosas y raras que concebir podira la imaginacion, embalsamaban el aire con sus delicados perfumes, los cuales se elevaban hasta la zona en que el *Regina* verificaba su travesia.

—¡Qué magnífico país! dijo Sessy mirando con verdadera envidia aquel delicioso eden.

—¡Magnífico! contestó Ketrli.

—Ya se ven los animales, observó Harry, no tardaremos en ver los hombres.

En efecto, grandes liebres, numerosos bandas de perdices negras con la pechuga roja, se levantaban presurosas á la presencia del *Regina*; que falto del alimento motor necesario caminaba rastreando por cima de las copudas masas de aquella arboleda sombría.

Ketrli miraba con ojos estraviados é impacientes remontar su vuelo á aquellos hermosos animales para caer en algunas varas más distantes.

Aquello era un verdadero suplicio para el jóven cazador, así es que su corazon parecia querérsele saltar del pecho, y sus dedos se crispaban de impaciencia sobre el perrillo de su carabina.

—Paciencia, decia Harry S'lay, por esta vez no nos es posible detenernos, faltos de agua con que alimentar el mechero, y con una corriente tan violenta; ya hallaremos una ocasion en que puedas desquitarte.

Poco á poco el país fué cambiando; aquel carácter fértil y natural se fué haciendo más artificial, la mano

del selenio civilizado empezó á indicarse en los campos cubiertos de verdura, en los profundos surcos de la tierra y en la variedad de granos que empezaban á verdear sobre tan fecundo y féráz terreno.

Un caudaloso río apareció por fin á los ojos de los aereonautas. Estos se avalanzaron al borde del carro devorando con la vista las cristalinas ondulaciones de sus mansas aguas.

—¡Agu! gritaron á un tiempo los tres, apesorándose Harry S'lay y Ketrli á echar fuera del carro una de sus dos anclas, que quedó completamente introducida entre la espesa yerba que cubria las orillas.

El *Regina* se hallaba sólidamente sujeto sobre las márgenes de este anchuroso río que más bien parecia un pequeño piélago.

El primer cuidado del doctor fué el de reemplazar con grandes sacos de arena el doble peso de ellos en la barquilla, y entonces solamente fué cuando permitió salir de la barquilla á sus hijos.

Nuestros viajeros bebieron á su placer de aquella agua cristalina y bienhechora; despues se decidieron á llenar sus cajas, y una hora más tarde el *Regina* se elevaba por segunda vez en el espacio empujado por el viento, y dejando en su rápida marcha sobre la superficie de aquella fértil ribera los tristes despojos de una comfortable cena.

Mas tarde descubrieron algunos campos de alcaudía, especie de mijo, que algunos esclavos vespertillos se cuidaban de cultivar para el principal alimento de los seres alados. Todos se asombraban, pero no emprendian la fuga como los habitantes de la granja, al ver cruzar el *Regina* por los aires.

Un poco más lejos, el doctor observó, con el auxilio de su antejo, al pié de los lejanos y agudos picos de una inmensa cordillera, aún cubierta de nieve, una gran ciudad que se eleva en medio de una estensa llanura cubierta de verdura y árboles. Aún faltaban

algunas millas, y las observaciones de Harry S'lay se convertirían en una realidad.

—Una casualidad, expresó, volviéndose hácia sus hijos, nos ha traído hasta la capital de la luna. Mis estudios y observaciones sobre esta han sido largos y perseverantes; hubo un día en que los peligros porque hemos pasado hasta aquí me hicieron pensar si con semejante empresa habria querido tentar á Dios; creí haber pasado los límites de lo que el Creador ha querido revelar al hombre, y creí que la gloria con que yo me envanecía de llevar á nuestra Europa civilizada las pruebas incontestables de la civilizacion, los descubrimientos de este planeta que bajo nuestros piés se extiende, la habria tal vez reservado el Señor á otra posteridad.

Al ver sufrir á mis amigos más de una vez, lo confieso, fui débil y pensé volver. Un día me resolví á participar mi opinion á Sessy, y hallé en ella un espíritu fuerte y animado, cuando más débil se hallaba en su estado febril. A sus consejos, pues, es debido este nuevo descubrimiento: es preciso dar un nombre á esta gran ciudad, centro de toda la civilizacion lunaria. Esta, solo á ti, Sessy, está reservado.

—Pues bien, dijo la jóven con voz firme y expresiva, prometedme descender sobre la primera torre que se descubra, y yo sabré poner un nombre que haga ver á los que nos sucedan en la peligrosa vía de los descubrimientos geográficos nuestro paso por estas regiones.

Mientras tanto, el terreno que se tomaba el trabajo de pasar bajo el *Regina*, se iba haciendo cada vez más fértil y más cultivado. Algunos castillos de la misma forma que los que hasta aquí han sido objeto de los conocimientos de nuestros viajeros, demarcaban las distintas propiedades que á cada selenio correspondia.

Harry observaba minuciosamente estas construcciones.

—Hé aquí, dijo por fin, lo que el teniente Drummond decia respecto á esta clase de monumentos.

—¿Quién es ese teniente Drummond? preguntó Sessy con su habitual curiosidad.

—Un sábio que ha reparado que todos los castillos contruidos sobre la parte central del hemisferio que se nos presentaba á la vista, tenian todos el eje del conoide que los cubre, convergente al centro de la figura de la luna, al contrario de los que se hallaban lejanos, los cuales, á medida que se alejaban de él para acercarse al polo ó regiones sometidas á la *libracion*, el eje de la superficie cónica parecia ser cada vez ménos convergente hácia el centro de la figura de nuestro satélite. Este sábio, sostenia, para demostrar su teoria que la luna en su origen era líquida, y que su forma se habia ido modificando necesariamente á causa de la atraccion del esferóide terrestre. Asi como los mares del globo terrestre, obedeciendo á la atraccion de nuestro satélite se elevan y forman las mares, así los elementos fluidos que constituyen la masa lunar, fuera de su estado de liquidacion se han hacinado en el punto más aproximado á nosotros. La figura de la luna se ha prolongado, y como todas las moléculas ó partículas, una vez llegadas á su estado de equilibrio, no pueden ser por la misma causa atacadas; han conservado la posicion que al tomar resistencia habian adquirido, y su masa total ha formado un sólido bastante prolongado hácia la tierra; su centro de gravedad se ha acercado pues hácia aquella.

—¿Y seria fácil calcular la cantidad que ha sufrido esta mudanza? preguntó Ketrlí deseando profundizar la ciencia del doctor.

—La cantidad que ha sufrido esta mudanza, segun mis cálculos, es muy fácil de apreciar.

—¿Hallarias tal vez una copia exacta con que poder

contestarnos? objetó Sessy con alguna curiosidad.

—Puede calcularse esta cantidad de ochenta y tres á ochenta y cuatro millas; en consecuencia de esto, la inclinacion del eje de una habitacion á los 25° del polo, debia ser de 11° , pero si observaciones hechas con el mayor cuidado nos han dado siempre 17° para esta inclinacion, ¿cómo explicar esta extraordinaria dificultad? El teniente Drummond ha sido el solo que ha propuesto una solucion; este sábio ha observado que los vespertillos en sus escursiones, que siempre se efectuan cuando el sol no ilumina el hemisferio lunar que mira hácia nosotros; parece vienen de las regiones más remotas y que se les vé desaparecer en el horizonte como si se hubiesen refugiado detrás de el hemisferio opuesto á la tierra. De esto nos es imposible dudar, puesto que lo acabamos de ver.

—En efecto, añadió Ketrli, nadie mejor que yo conoce esas enormes grietas ó cavidades que presenta el terreno de esas regiones de hielo donde se encuentran esos seres de raza salvaje y sanguinaria.

—En todas partes donde el selenio ha podido establecerse ha procurado destruir esa raza enemiga.

—Luego si este hemisferio desconocido de la luna les sirve de residencia, habremos de inferir que es enteramente desemejante del hemisferio conocido.

—Seguramente, el terreno salvaje presenta fisuras enormes, cráteres inmensos, precipicios infinitos como si dijéramos que la luna presenta una especie de cavidad en su hemisferio invisible desde nuestro planeta.

—Es decir, se apresuró á hablar Sessy, el que hoy se ha tomado la molestia de pasar bajo nuestros piés.

—O el que el *Regina* pasa sobre él, lo cual es lo mismo.

—De modo, que por el solo hecho de la forma de la luna, repuso Ketrli, el centro de gravedad se halla

aproximado á la tierra ochenta y tres millas más que el centro de la esfera que tendria por círculo el disco de este satélite que atravesamos

—Esa misma era la solucion de Droummond y de Hevelius.

—Segun eso, preguntó Sessy, ¿no has sido tú el único que ha intentado tan atrevido pensamiento?

—Hevelius en 1647 fué el primero que atravesó las regiones del *Cielo Austral*, pasando por *Cleomene* á los 30° y medio Sur, llegó hasta el Eudymion.

—¿Y desde allí no se ha vuelto á saber de los resultados de su expedicion?

—Se cree que al atravesar algun desierto de los que el Norte de este planeta se halla erizado, fuese victima del canibalismo de alguna tribu feroz y salvaje como la que acabamos de derrotar, á causa sin duda de algun accidente imprevisto é inevitable que le obligara á abandonar su marcha en los aires.

—Tal vez la misma que á nosotros ha estado próximo de acontecer; expresó Sessy recordando la probabilidad porque acababan de pasar, de que su mechero, falto de alimento, se apagara.

—Es de suponer que la misma, y quiera el cielo hijos, que á nosotros no suceda otro tanto!

Harry comprobó la altura; se hallaba á los 0° 43' de longitud y 0° 53' de latitud Norte.

—El viento ha cambiado favorablemente, hace más de una hora, dijo, y nos empuja con bastante violencia hacia la ciudad. Todo va bien; antes de un cuarto de hora nos detendremos, segun tus deseos, Sessy.

Esta se habia ocupado, durante esta conversacion, en unir y coser primorosamente los colores nacionales en un pendon sobre el que Ketrlí dibujaba caprichosamente algunas letras y una fecha que más tarde descifraremos.

Por fin, la ciudad se dominaba ya en toda su magnificencia. Se hallaba edificada en un terreno des-

igual y quebrajoso lleno de simas profundas al pié de un pico gigantesco y rodeado por llanuras de mediana estension, cubierta de abundantes pastos, de valles hermosos y árboles plantados, de donde pendian las más caprichosas y raras flores y frutas, que más bien parecían jardines públicos.

—No puedo comprender, dijo Ketrli observando el terreno, las conveniencias que han podido decidir á los selenios á buscar este paraje quebrado para sus habitaciones, hallándose rodeado de otros más alegres y fértiles.

—Yo te lo explicaré, añadió gravemente Harry S'lay. ¿Veis esos grandes edificios que serpentean en el fondo del valle?

—Sí.

—Pues todos ellos no son otra cosa que inmensos talleres de grandes fábricas.

—¿Y bien?

—Que es muy probable que los selenios, edificando en ese despoblado montecillo, hallan tenido la idea de querer vigilar por ese medio, bien los trabajos de esos mismos talleres, bien todo espíritu de sublevacion, evitando con su presencia los desastres que pudiera ocasionarles si llegasen á concebir la idea de lograr una empresa.

—¿Y no podrían, por medio de la justicia reprimir sus desórdenes?

—Quizá quieran mejor intimidarlos é imponerles un terror saludable, que verse obligados á hacer ejemplares terribles, indignos de un pueblo lleno de cultura y civilizacion.

—Estraña política de su instinto conservador.

—Cierto; observad sino esta gran ciudad, con corta diferencia presenta su planta la figura de un octógono regular, en cada ángulo de esta figura se halla un castillo de observacion.

—En efecto, contestaron ambos jóvenes.

— Pues bien, hé aquí el resultado de mis observaciones; esos castillos, otros tantos puntos de vigilancia, han debido tener una utilidad grandísima en tiempos pasados, por más que ahora solo sirvan para hermo-
 sear solamente la ciudad con sus grandes y lustrosos minaretes; porque es de creer, por el estado medio ruinoso en que se hallan, que en mucho tiempo no han tenido ninguna invasion por parte de los vespertillos salvajes, tal vez á causa de la gran estension que la poblacion lunaria ha adquirido por estos sitios.

Mientras tanto el *Regina* cruzaba rápidamente los primeros campos de alcandia de aquella gran ciudad; multitud de esclavos vespertillos cultivaban la tierra divididos en cuadrillas vigiladas cada una por un selenio; unos conducian numerosos carretones que transportaban el abono para las tierras, otros la araban por medio de una reja de arado de tres piés sujeta á una rueda lateral que corria á lo largo de los tres surcos formados por la triple reja: este trabajo parecia ser sumamente penoso, pues con frecuencia se los veia afianzarse con el cuerpo sobre el timon, cuando este se atascaba entre los gruesos y movidos terrones, y no sin grandes dificultades y esfuerzos conseguian siempre desatascarlos; otros, finalmente, caminaban cargados sobre sus espaldas, y entre sus plegadas álas, de gruesos haces de leña que recogian del fondo de los valles vecinos.

Todo allí parecia trabajo, actividad é industria, pues las numerosas fábricas parecian estar á aquella hora en completa mocion, lo que no dejaba de conocerse, atendiendo á las columnas piramidales de humo espeso que se elevaba pausadamente en el espacio.

Harry hizo notar todo esto con minuciosa escrupulosidad.

A todo esto el *Regina* avanzaba hácia el centro de la ciudad.

- Sessy dió el aviso de la aproximacion de una torre.

Dos minutos bastaron para que el doctor moderase la fuerza de su mechero, y otros tantos fueron empleados en echar las anclas. Estas, por fin, engancharon en una de las puntas metálicas de la misma torre, y algunos segundos despues el *Regina* se cuneaba en el aire con majestuoso vaiven.

Harry S'lay y Ketrli se ocuparon desde entonces en recoger la pesada cadena del arpon, logrando de ese modo atraer el globo hasta la cúspide ó media naranja de la torre cuanto fué posible. Trabajo sùpamente difícil y peligroso para el *Regina*, pues las puntas metálicas que guarnecian la cúspide, asemejándola á un puerco espin enroscado, amenazaban desgarrar la cubierta de seda. Por fin, á fuerza de paciencia y de cuidado, despues de un cuarto de hora, lograron aproximarse á estas hasta la altura de un palmo, y sirviéndose de una de ellas como de un mástil, Sessy fijó su bandera en medio de los entusiastas vivos de los dos escoceses.

Pocos momentos despues, el pabellon inglés ondeaba orgulloso en los aires que refrescaban la atmósfera, y con grande admiracion de los selenios, se leia en gruesos caracteres el sublime testimonio del más intrépido de los descubrimientos modernos que ha señalado las páginas de la historia:

¡VIVA INGLATERRA! ¡VIVA LA REINA!

A mi patria reconocida.

En la nueva ciudad de Selenópolis, capital de los selenios.

Paso del REGINA á las 4 y 45'.

6 de Abril de 1868.

SESSY S'LAY DE KETRLY. - HARRY S'LAY. - FLEREKETRLY.

CAPITULO XVII.

Invitacion de los selenopolitanos.—La plaza del Mercado.—El Bohowigwam.—El campode Marte. Las fábricas.—El templo de la religion.—Vuelta precipitada al REGINA.

La ciudad sobre la que se hallaba anclado el *Regina* tenia la forma de un octógono irregular, en que los edificios se hallaban unidos unos con otros por medio de unas galerias abiertas que servian de puentes ó calles como las de las demas ciudades terrestres; las aberturas que sirven de puertas y ventanas hechas en las paredes de estos edificios tenian la forma triangular en toda la Selenópolis, cuya distincion de los demás castillos y ciudades que venian observando nuestros viajeros, fijaron su atencion.

—Es extraño, decia Ketrlí, la forma de los edificios generalmente circulares en Cleomena, Longremus y Endimion, y aquí se han transformado en hermosas fachadas cuya perspectiva de estas aberturas ó ventanas ofrecen el golpe de vista más agradable.

—Nada de extraño tiene, porque en las ciudades donde pueden descuidarse las precauciones de defensa

no se ocupan sino de las conveniencias de destino, contestó el doctor, viendo la facilidad con que los selenios entraban y salían por ellas; por eso dichas ventanas tienen la forma de triángulos isóceles, cuya base está colocada horizontalmente en la parte superior de la abertura; el ángulo correspondiente es de 96° , lo que dá 48° por cada uno de los ángulos superiores.

Los más ricos y mayores edificios estaban elevados en aquella parte de la ciudad. Uno de ellos se distinguía sobre todos por su inmensa fachada de ricos mármoles y adornos metálicos.

Dos selenios, seguidos de algunos vespertillos, atravesaron la plaza introduciéndose con gran destreza sin detener su vuelo por aquellas estrechas aberturas en este edificio principal.

Multitud de seres alados de ambas razas y sexos invadieron la plaza aglomerándose cerca de esta especie de palacio, como si esperáran alguna orden ó acontecimiento notable que debía salir de aquellas raras aberturas. Algunas veces levantaban la vista hácia el *Regina*, pero pronto volvían á mirar hácia el edificio. Hubo un momento de impaciencia, una conmoción general, una oleada de aquella multitud que retrocedía á las insinuaciones de dos ó tres vespertillos que despejaban la plaza; pero pronto una ahulladora aclamación volvió á reunirlos. Se los veía apretarse apiñándose unos contra otros y con grandes ademanes y manoteos parecían que hablaban todos á la vez. Un ligero y general movimiento agitó aquella masa compacta de individuos que se extendía bajo el *Regina*.

Los mismos emisarios con sus edecanes, que pocos antes habían entrado en el edificio, volvían á salir dirigiéndose al *Regina*.

Harry creyó ser atacado, pero bien pronto se tranquilizó, pues estos empezaron á gesticular de un modo muy extraño: Harry comprendió lo que estos querían decir con sus ademanes y gestos, y se apresuró á par-

participar á sus hijos que el gran jefe de aquel Estado les invitaba á descender á tierra, y que les era necesario abandonar algunos momentos el *Regina*.

Entonces se convinió que bajarían Sessy y Harry, quedando de atalaya el jóven Ketrlí para no dejar el *Regina* completamente abandonado á merced de los lunarios.

Harry participó, por medio de una seña afirmativa, que estaban prontos á aceptar él y su hija, y los inteligentes emisarios, haciendo una contorsion ridicula, remontaron su vuelo describiendo un círculo en derredor del globo, que más bien que una costumbre, parecia una inspeccion que estos seres ejercian sobre el *Regina*; despues plegaron sus alas y fueron á caer en medio de la multitud que los rodeaba; apenas hubieron llegado á la superficie del suelo Harry se decidió á moderar la llama de su mechero para descender á tierra.

Poco despues se vieron correr todos en distintas direcciones y aparecer más tarde con una especie de carreton de una forma estraña, superficie lisa, bruñida y adornada de muchos mosaicos metálicos.

Los viajeros se tranquilizaron apenas percibieron estos preparativos de recepcion, y elevando anclas, abandonaron el *Regina* en su gradual descenso hasta tocar en las ramas de una gigantesca cytysa, en cuyo ramaje engancharon sus anclas.

El carreton fué elevado por cuatro vespertillos hasta la altura del *Regina* seguido de todos los selenopolitanos que le rodeaban con admiracion y asombro.

Una de las cosas que más parecia chocarles era Sessy.

Una marcha melodiosa en que el Tche (1) y la caja oblonga figuraban en primera escala, anunció la presencia del jefe supremo del Estado; cuatro guerre-

(1) Tche, instrumento antiguo, especie de flauta cuyo teclado tiene las voces de un armonium.

ros, cuyas relucientes hachas de bruñido acero brillaban como una áscua, produciendo un bello contraste con el purpúreo color de su traje, formado por unas anguarinas y una chaquetilla corta por detras y muy larga por delante, de raso; en cuyo peto, de un color blanco mate, se distinguia estampado un cuadro elíptico, en medio del cual habia contornos de un dibujo simbólico, bastante análogo á ciertas figuras indias, hicieron articular á nuestros aereonautas.

—¡Los escudos de armas!

Seguian despues algunas selenias de extraordinaria belleza cuyas encantadoras formas se hallaban cubiertas por un traje talar de raso carmesí recamado en riquísimo oro, y entre las que destacaban la figura marmórea de una jóven encantadora, en cuyo traje, tambien talar y de un color blanco, se veía el mismo cuadro elíptico con las mismas figuras indianas sobre un fondo azul Prusia.

Por último, cerraban esta procesion algunos músicos y danzantes, que con sus saltos descompasados y sus gestos agitaban bruscamente sus *wadies*, especie de bastones australianos, y sus *tomahawk*, cuchilla de piedra muy afilada y dura sujeta á un palo de ballena ó una sustancia muy parecida á las barbas de este animal, trenzadas hábilmente. Este instrumento es tan temible en el campo de batalla, como más tarde veremos, no lo es ménos en los bosques, pues con la misma facilidad despoja en dos minutos las ramas de sus corpulentos troncos que las cabezas de una veintena de hombres aguerridos.

Llegada la comitiva, la selenia se adelantó hácia el *Regina*, y con sus ademanes les hizo señas que entrarán en el carreton. Harry y Sessy salieron de la barquilla encargando á Ketrlí les diera aviso al menor síntoma sospechoso de insurreccion en la ciudad.

—Haré un disparo de carabina; si le ois será señal

que debeis retiraros inmediatamente, les dijo el jóven apretándoles la mano.

—Convenido. Y mucha prudencia.

Harry y Sessy se dirigieron, guiados por la comitiva á la *Plaza del mercado*.

La vista de este espectáculo recordó á nuestros viajeros la ópera *Marta*.

Con efecto, una gran plaza circular, descubierta en su centro y rodeada de una ancha galeria en la que multitud de jóvenes vespertillas esclavas, vestidas de blanco y un corpiño de una tela azul, con sus brazos y garganta desnudos, formaban grupos artisticos y caprichosos; en el centro de la plaza se alzaba una especie de púlpito de forma cónica con tres aberturas en su parte superior ó ventanas triangulares, tan súmamente estrechas, que se necesitaba toda la destreza de aquellos séres para poder comprender que aquello hiciera el servicio de entrada y salida. Frente á esta especie de garita, y tambien en el centro, bajo un tinglado de aquella madera olorosa que habian hallado otra vez nuestros viajeros, y revestido por ricas pieles de *casovar*, sobre las que, en un fondo de seda blanca se hallaba el mismo *escudo de armas* con las mismas figuras simbólicas, se habian colocado tres almohadones de una altura de media vara. La selenia condujo á nuestros viajeros á aquel sitio invitándoles se sentaran.

A todo esto, un selenio cruzó la atmósfera dirigiéndose sin detener su rápido vuelo á la garita ó tribuna en la que poco despues apareció asomando su enorme cabeza á una de las aberturas, y la música cesó permaneciendo inmoviles los danzantes; un profundo silencio sucedió á aquel tumultuoso y festivo estrépito.

¿Por qué aquella repentina inmovilidad marmórea? se preguntaban Harry y Sessy.

El selenio que poco antes habia desplegado su rau-

do vuelo hacía la tribuna, se hallaba asomado; iba á hablar:

—*Alabaquibar*, Poderosa señora, dijo dirigiéndose á la selenia y haciendo una profunda reverencia.

Harry lanzó un grito de alegría. Los selenopolitanos hablaban una jerga entre árabe y puma, y el doctor poseía bastante bien estos dos idiomas para que dejara de comprender de lo que allí se iba á tratar.

—Que tu justicia abra los ojos; repitió por dos veces en correcto puma (1), y dirigiéndose á la concurrencia, el selenio volvió á repetir en el mismo dialecto:

—Yo, el Bohowigwam (2), del reino de Selenópolis por el Gran Espíritu de mis hermanos los selenios, juro deber declarar y declaro, válidas las ventas que sobre estas esclavas se hicieron.

Acto continuo, cuatro de aquellas selenias que formaban la comitiva, penetraron en la galería, y sacando otras tantas esclavas, remontaron su vuelo para caer á alguna distancia en un estanque octógono de quinientos piés de diámetro, en cuya profundidad desaparecieron las esclavas durante algunos minutos.

Nuestros viajeros las siguieron con la vista. Las selenopolitanas aguardaron á que estas salieran de su baño, y despues salieron con ellas á la plaza.

—El Gran Espíritu os ha purificado, les dijo: poderosa señora, y volviéndose hacía el Bohowigwam, repitió por dos veces, recitando aquella especie de frase sacramental.

—Mis ojos han visto su pureza; el Gran Espíritu no puede ménos de comprender que debeis ponerlas en poder de sus dueños, mis hermanos los selenios.

(1) Puma, lengua de los pumas, tribu indígena de la América del Norte.

(2) Aunque en las notas no se halla el significado de esta frase como el de la mayor parte, hemos comprendido facilmente que Vohowigwan quiere decir justicia.

A su vez, el Bohowigwam, dirigiéndose á las esclavas, repitió por dos veces esta nueva fórmula:

—El Gran Espíritu de nuestro *sachem* manda á las niñas rojas mostrarse caritativas y puras con la castidad del Gran Espíritu; escoged un rostro pálido que no se muestre demasiado orgulloso por los servicios que le presteis, y al hacerlo así cumplireis la voluntad del *Gran Espíritu*.

Las vespertillas pasearon la plaza, cuando una de ellas habia fijado su eleccion, aleteaba suavemente parándose delante de el nuevo amo que acababa de escoger; entonces éste salia al centro de la plaza, y cogiendo á la esclava de la mano, la presentaba á toda la concurrencia; al pasar por delante de la selenia y de nuestros viajeros, se pararon, aletearon fuertemente, y toda aquella multitud en coro repitieron por dos veces.

La voluntad del Gran Espíritu se ha cumplido y el *sachem* se halla satisfecho.

Entonces, por primera vez, comprendió el doctor el significado de esta frase, cuya traduccion no habia podido hallar. ¿El *sachem* era el nombre propio con que los selenopolitanos sabian distinguir la agrupacion de individuos que formaban aquella poblacion ó bien se referia á la misma ciudad?

Bien pronto cesó la duda de nuestro buen doctor.

Poderosa Señora, se acaba de levantar y formula con voz clara y elevada:

—El *sachem* se halla satisfecho.

—El *sachem*, pues, era el nombre con que aquel pueblo grandioso llamaba á su jefe supremo, su rey ó su ministro, Poderosa Señora.

El Bohowigwam habia salido del púlpito y se dejaba caer en el centro, con una especie de balanza, en donde la vespertilla colocaba el precio que habia recibido de manos del selenio su nuevo amo en uno de los lados de la balanza, y en el otro, el selenio depositaba

la fianza que se le exigia de cumplir bien su empeño. Segun que esta balanza se inclinara más aun lado que al otro, así el Bohowigwam tenia derecho á exigir el justo precio ó rescindir el contrato en caso que la fianza no fuera suficiente para decidir la suerte de la vespertilla. Concluida esta ceremonia, el selenio saludaba llevándose á la vespertilla. Esta misma ceremonia se verificó aún por dos ó tres veces hasta que no quedó en la plaza más que una esclava triste, muy delgada y con sus brazos llenos de costurones. Esta se acercó al sachem.

—¿Qué espera la niña roja? preguntó este.

—La niña roja ha creido que no conserva autoridad alguna su sachem en estos reinos, cuando no ha pensado castigar á mi señor.

—¿Estás purificada?

La esclava sacó una cajita pequeña de metal.

—Ved, Poderosa Señora.

Y se la presentó haciendo una reverencia. Poderosa señora la abrió. Nuestros viajeros se acercaron con curiosidad, eran un puñado de arenas de un color azulado, sin duda procedentes del fondo del estanque de la purificacion.

—Está bien, contestó Poderosa Señora; el sachem ha jurado al Gran Espíritu castigar al desgraciado que se atreva á atentar su cólera; y la niña roja, al purificarse, se halla bajo la proteccion del Gran Espíritu. ¿Cómo te llamas?

—Mib'la, Poderosa Señora.

—¿Y tu señor?

—Levi.

—¿De qué le acusas?

—Maltratar á las niñas rojas con el waddie, y presentaba sus brazos llenos de gruesos costurones y heridas.

—Ya sabes que eso no es bastante para implorar la proteccion del sachem.

La vespertilla se echó á llorar.

Sessy se enterneció, escitada por la piedad hácia su triste condicion.

Harry comprendió que las esclavas de la luna eran arrebatadas por la fuerza brutal de su señor, y los golpes de los waddies, como ellos llamaban, sobrellevando los más penosos trabajos durante su dolorosa existencia, que era, en una palabra, una bestia de carga que ignoraba lo que era reposo, y que no comia más que los restos quizá que buenamente le querian arrojar sus amos.

—¿Espera algo más la niña roja? preguntó el sachem disponiéndose á marchar.

—Espera justicia.

El sachem se disponia á marchar, cuando una voz estentórea repitió por dos veces:

—Que tu justicia abra los oidos.

Era el Bohowigwam.

El sachem se detuvo.

—Habla, dijo, ya te escucho.

—Levi, Poderosa Señora, da á la niña roja muchos golpes; la niña ser buena, más Levi no la da de comer.

—¿Qué móvil le lleva a cometer semejante delito?

—Querer de la niña roja, Poderosa Señora, y la niña roja no querer de él.

—¿Qué pruebas tienes?

—Esta, Poderosa Señora; y formando un triángulo sobre la cajita con tres dedos, se la presentó al sachem.

—Está bien, contestó ésta, y su semblante pareció hallarse dominado de un repentino furor. El sachem sabrá hacer justicia.

Poderosa Señora llamó al Bohowigwam y le dijo algunas palabras que el doctor no pudo descifrar á causa de la precipitacion con que fueron moduladas.

El Bohowigwam recitó la frase sacramental que ya conocemos.

—Yo, el Bohowigwam del reino de Selenópolis, por el Gran Espíritu de mis hermanos los selenios, juro deber declarar y declaro nula la venta de esta esclava; condeno á su señor, el selenio Levi, por delito de deseo á entregar en dote á su esclava Mitla la fianza de tres mil pieles, mas el duplo justo valor que por ella ha entregado; que la voz del Gran Espíritu es la paz y ¡ay! del que se atreva á probar su cólera; porque el canto de muerte durará desde la salida del sol hasta su postura.

La vespertilla permaneció aún inmovil.

—Nada temas, dijo por fin Poderosa Señora. La niña roja se halla bajo la proteccion de el Gran Espíritu, y desgraciado del que provoque su cólera, pues el sachem ha jurado sostener con su brazo y el de sus guerreros al poseedor de tan sagrada proteccion.

La esclava saludó, y desplegando sus álas, desapareció seguida del Bohowigwam.

Nuestros dos viajeros, guiados por la selenia, y precedidos de toda la comitiva, atravesaron los muros de la ciudad y se dirigieron á una llanura estensa destinada á los ejercicios de los selenopolitanos. Era el *Campo de Marte* donde se ejercitaban por medio de una guerra simulada contra los vespertillos civilizados á combatir con los vespertillos salvajes. En el contorno de dicha llanura se elevaban dos grandes monumentos de forma elíptica, cuyo estenso diámetro no tenia ménos de media milla de largo. En el espacio que estos dos monumentos dejaban descubierto, habia un castillo de observacion con sus puntas metálicas semejantes á las que hemos descrito, y que correspondia en direccion y en construccion con el del centro de la ciudad donde el *Regina* se descubria envuelto entre los vapores y el humo de las innumerables fábricas que en aquella hora se hallaban funcionando. Las paredes

que encerraban estos grandes edificios estaban horadadas de trecho en trecho por aberturas dispuestas de tal manera, que los selenopolitanos necesitaban mucha costumbre y mucha destreza para entrar y salir sin suspender la rapidez de su vuelo.

Una cuadrilla de selenios y vespertillos esperaban sin duda alguna para empezar aquella especie de simulacro. Otra cuadrilla de vespertillos solamente coronaron en el instante las crestas de las montañas vecinas. Entonces nuestros viajeros vieron gran agitación y alarma en el *Campo de Marte*; salían y entraban en las fortificaciones y castillo de observación, recorrian con velocidad los muros que circundaban aquella plataforma; de vez en cuando se les veía acercarse á un selenio que parecia ser su jefe y recibir órdenes. Por fin, la turba de vespertillos civilizados llegaron imitando perfectamente en sus chillidos y ademanes á los salvajes; se habian teñido el rostro del color oscuro más subido que distingue á los salvajes de los civilizados, y llenando el cuerpo de costurones ó cicatrices, por medio de pinturas; su boca la habian agrandado extraordinariamente por medio del *nihawen-nley* (pasta cuyo secreto solo poseen los vespertillos civilizados); sus megillas habian sido medio ocultas por una barba larga postiza y súcia que les daba un aspecto repugnante. El efecto era completo. Ninguna criatura humana hubiera podido representar mejor el tipo de la bestialidad feroz, tan profundamente marcado en la raza salvaje de los vespertillos hasta el punto de hacer creer á los viajeros que se hallaban en medio de una de las tribus que pueblan las llanuras del desierto.

El sachem los tranquilizó haciéndoles conocer la realidad de aquella farsa.

—No se engaña el sachem, contestó chapurradamente en aquella jerga maldita el doctor.

Esta respondió satisfecha del efecto que en sus

huéspedes había causado la presencia de sus disfrazados súbditos.

—Los vespertillos son muy buenos cómicos. No tardarán diez minutos sin que los rostros pálidos puedan conocer la verdad.

Durante este diálogo se produjo en el *Campo de Marte* un movimiento insólito; lanzando todos terribles aullidos echaron á correr en distintas direcciones, volviendo al poco rato con sus *waddies* y *tomahawks*, dando ruidos de cólera y gesticulando como si de ellos se hubiera apoderado un furor repentino. Los combatientes se arrojaron unos sobre otros fingiendo con destreza admirable descargar mortales golpes con tan terribles armas. Los unos cayendo como muertos, dando los otros gritos de victoria: las mujeres y los niños les escitaban al combate con sus imprecaciones terribles y sus juramentos, otras se dirigieron en tropel á los castillos, y desde allí arrojaban grandes sacos de arena calcinada y abrasadora, en apariencia, pero henchidos de aire en realidad y enormes cestones de piedras imitadas sobre carton, hecho de hojas, con una ferocidad tal, que á ser real, no hubiera sido más horrible.

Cuando alguno de los combatientes lograba derribar el arma de su contrario, este se lanzaba frenético administrando soberbios puñetazos con feroz empuje. Al cabo de unos veinte minutos de este combate, los vespertillos que imitaban á los salvajes, parecían emprender la fuga, replegándose hácia las colinas más próximas desde donde empezaron á arrojar enormes peñascos que los selenios paraban con sus golpes de *tomahawks* en su extraordinaria destreza y avanzando siempre hácia ellos hasta que lograron espulsarlos de aquellas cimas.

El combate había terminado y todos volvieron á tomar el camino de la ciudad.

El centro de Selenópolis era evidentemente la parte más rica y la más animada de toda la ciudad. En todas

partes se encontraban puentes magníficos de varios cuerpos, apoyados en peñascos ó en picos agudos, el primero de estos puentes-calles, generalmente estaba formado de una sola piedra; el segundo, de dos enormes masas de rocas, entre las cuales se ajustaba el tercero como la llave de una bóveda. Todos los remates de los edificios, todas las casas estaban decoradas con suntuoso lujo y adornadas de agujas de metal y en sus contornos de plantíos de caprichosa variedad. Nada igualaba al brillo y originalidad de aquellas construcciones de un gusto extraño y hechas de los materiales más preciosos.

Una gran muralla de mosaicos irregulares, agujereada con anchas aberturas que forman un triángulo equilátero, rodeaban en toda su extensión la ciudad; la parte superior de esta estaba terminada por almenas separadas de trecho en trecho por vacíos triangulares dispuestos tres en tres á alturas iguales. Sobre cada una de estas almenas, en los espacios abiertos á propósito, se elevaba un obelisco triangular de una materia de color azul muy vivo con vetas amarillas como de oro.

Nuestros viajeros se hallaban de tal modo deslumbrados con la riqueza y el brillo de todos estos monumentos de las más diversas formas, que pasó desapercibido para ellos el inmenso puente porque pasaban; hasta que una manga espesa de humo, tan denso, que ocultó todos los objetos, vino á sacarles de aquella especie de éxtasis en que se hallaban.

Harry y Sessy, guiados por la Selenia, acababan de entrar en el barrio de las fábricas ó talleres, de donde salían las riquísimas telas de que estaban vestidos los selenopolitanos y todo el tren de lujo que los rodeaba, todos los adornos con que cargaban sus edificios, sus metales y sus mármoles tan admirablemente trabajados, sus palanquines ó literas portátiles y cómodas y todo cuanto podía reunir el gusto, la comodidad y elegancia.

Harry S'lay se hallaba admirado del esmero, precision y actividad que allí reinaba. Infinidad de máquinas que visiblemente trabajaban con una grande regularidad, gran número de volantes, anchas ruedas manejadas á brazo por séres, cuya raza, á primera vista, nuestros intrépidos aereonautas no conocieron, por ser muy incierta y vacilante la luz que se filtraba por los ahumados vidrios al interior de aquellas espaciosas galerias, donde el trabajo, la industria y la ciencia se hermanaban de un modo tan patente.

Al cabo de cinco minutos de visitar aquellos talleres, Harry reconoció en aquellos séres á los castores, condenados sin duda á aquellos pesados trabajos, y algunos vespertillos que en sus frecuentes entradas y salidas parecian vigilar al propio tiempo que dar órdenes para las obras que alli se hacian.

Harry inspeccionó, como hombre inteligente en la materia, los trabajos fabriles.

De repente lanzó una exclamacion. Era una estatua de mármol blanco, completamente concluida, sobre la que grababan unos una inscripcion, mientras que los otros terminaban algunos trozos del cabello. ¿Pero dónde habian visto aquellos séres el modelo de su obra? ¿Era una ilusion de sus sentidos, ó aquel grandioso monumento que ante sus ojos se presentaba no era la imágen de su querida Sessy? Harry creyó que dormia siendo presa de una eterna pesadilla; se restregó los ojos por dos ó tres veces; su imaginacion no acertaba á comprender el carácter imitador de los selenios hasta tal punto de perfeccion, llamó á Sessy, que á la sazón observaba otros objetos.

La jóven no volvió de su asombro, se creyó tambien víctima de un sueño, pero la voz del Sachem le hizo conocer la realidad.

— ¿No dije que antes de diez minutos se conoceria la Herminia y el rostro pálido del carácter imitador de los súbditos del *sachem*?

Un solo selenio de mi corte ha bastado para dar la idea de esa obra que ven mis ojos y los de rostro pálido. La Herminia pálida, continuó el *sachem*, no consentiría jamás abandonar el paraíso del Gran Espíritu que hoy ha bajado á visitarnos; pero el *sachem* quiere mucho á la Herminia y ha mandado fabricar otra igual para su palacio.

Harry S'lay comprendió por la primera vez entonces, la causa de tantas muestras de atencion como eran objeto. El *Regina*, para los selenopolitanos, era una de las diferentes formas que el Gran Espíritu habia tomado para visitarlos, y los aereonautas eran objeto de adoracion por aquellas estúpidas gentes.

El doctor, inspirado por una idea repentina, cojió el instrumento de forma estraña con que trabajaban, y empezó á labrar sobre el pedestal; al cabo de una media hora habia terminado, y al pié de la estatua de Sessy se leia el sublime testimonio de los más atrevidos pensamientos que ha llevado á cabo la Inglaterra.

—Herminia pálida que Harry tradujo por Sessy S'lay.—

A invitacion de los selenopolitanos visitó esta ciudad el 6 de Abril de 1868. Siendo tomada por la forma invisible del Gran Espíritu, y objeto de innumerables pruebas de adoracion por los habitantes de Selenópolis, capital de la luna.

Su padre Harry S'lay y su esposo Flere Ketrli la acompañaron en la travesia del Cielo Austral bajo la cubierta del *Regina*.

Durante más de una hora estuvieron atravesando aquellas inmensas galerías é inspeccionando las obras que en aquellos talleres se fabricaban.

Despues, Poderosa Señora, llevó á nuestros viajeros hácia el centro de la muralla que hemos descrito; un grandioso edificio, cuya riqueza les llamó la atencion, se alzaba como orgulloso de su valor y de todas las fatigas que habia costado.

—Es el templo de nuestra religion, les dijo el sachem; cuyo recinto no nos es permitido pisar á todos los habitantes de la luna, sino á la hora de la oracion; pero el Gran Espíritu ha dicho que el rostro pálido pertenece á sus escogidos que han muerto cambiando al resucitar nuestro color blanco ó negruzco por el de nuestras divinidades, y solo el número de sus escogidos son admitidos en este templo unitario sin escitar la cólera de sus misterios.

—¿El sachem espera aquí á los rostros pálidos? preguntó Harry S'lay con algun recelo.

—El sachem espera, respondió esta con visible tranquilidad.

La planta de dicho edificio presentaba exactamente un triángulo equilátero cuyos ángulos estaban exactamente redondeados. Sostenidos por treinta y seis columnas sin base ni capitel, repartidas alrededor del edificio, nueve sobre cada costado y tres en cada una delas partes que dan vuelta. Estas columnas tenian encima un techo sostenido del otro lado por un muro del cual distaban cuarenta y ocho piés, espacio triple del que separaba una de otra. Sostenian un muro cuya elevacion equivalente á longitud doble y sobre la cual viene á apoyarse un monolittho que cubre todo el edificio viniendo á ser como el cerco de un solo trozo de mármol, de una masa de un color gris lechoso, que presumieron podia ser cristal deslustrado.

Este cuerpo opaco les pareció debia dejar penetrar alguna luz en lo interior del edificio impidiendo al mismo tiempo ver lo que pudiera pasar allí; poniendo de este modo, como el sachem acababa de decir los misterios del Gran Espíritu al abrigo de la indiscrecion de los vespertillos civilizados y selenios, que en ningun caso eran admitidos en el interior del templo, hácia el cual volvian la cara solo á las horas de la oracion.

En los tres ángulos del edificio hay tres pirámides triangulares prolongadas, las que les parecieron, así

como las columnas que las sostenian, estar embutidas con un producto mineral que por el brillo de su color azul, y las vetas de oro que se veían mezcladas, parecieron al doctor tener mucha analogía con la piedra preciosa conocida bajo el nombre de lapiz-lázuli, de la cual sacamos el color llamado verde-mar.

Harry, despues de mucho trabajo, pudo descifrar los fragmentos del misterio que se hallan incrustados en estas tres pirámides.

El doctor tradujo:

«Que tu justicia abra los ojos.

*Mi voz es la paz; pero ¡ay! del que se atreva
á provocar mi cólera, porque el canto de muerte durará
desde la salida
del sol hasta su postura.»*

Y esta otra:

*«Todo lo puedo; mi brazo
caerá sobre*

*el ambicioso y sobre el desgraciado que manche
el tálamo por pensamiento ú obra.»*

Y por último, la del ángulo superior del vestibulo, mucho más grande que las otras dos, contenia un ojo muy grande y dos oídos esculpidos en realce sobre el mármol, y por último, debajo, una mano muy pequeña con el dedo índice levantado.

Harry comprendió ser aquel el misterio que solo al sachem le era permitido revelar, y empezó á darle vueltas en su imaginacion, cuando Sessy dió un grito horrible, sobrecogida de terror.. Un estruendo inmenso pareció desempotrar las columnas que sostenian el edificio.

—Una detonacion, exclamó Harry. ¡Ah! ¡Ketrli! algun peligro le amenaza, y salió precipitadamente del templo seguido de Sessy.

Con efecto, el valiente jóven luchaba como un des-

esperado contra los castores de las fábricas, que saliendo de sus trabajos, habian descubierto el *Regina*, apedreándole, como si el demonio de la destruccion se hubiera apoderado de ellos.

En vano los selenios trataban de defenderle.

En vano el sachem se esforzaba por dejarse oir; la rebelion era general, habia tomado demasiado incremento para poder sofocarla.

Harry y Sessy se mezclaron entre la apiñada multitud, llegando hasta el pié de la *Cityse*. Sessy fué la primera que subió trepando con la lijereza de un pájaro. Harry la siguió. Ya se hallaba montado en una de las anclas, próximo á subir por la cuerda, cuando una puntiaguda piedra vino á darle en la frente. Sessy y Ketrli dieron un grito; el desgraciado Harry cayó sin sentido; pero la suerte quiso que uno de sus piés se enredase en la anilla del ancla, y á la sacudida que dió su cuerpo en la caida, esta se desprendió del ramaje que la sujetaba, subiendo el *Regina* lijero y perpendicular como una peonza.

De esta manera milagrosa se salvaron nuestros intrépidos viajeros; mientras la multitud de castores y selenios, víctimas del pánico y asombro que tan inesperada desaparicion produjo, emprendieron la fuga envueltos en los torbellinos de polvo que en su rápida carrera levantaban.

CAPITULO XVIII.

La noche tranquila.—Filosofía de nuestros aereonautas.—Las caravanas de peregrinos.—Culto y religion de los selenios.—El FOUNINGO.—Los temores del doctor S'lay se realizan.—Ultimos momentos desesperados,

El primer cuidado de Ketrli fué el salvar al doctor de una muerte segura si llegaba á desenredarse, así es que no trascurrieron dos minutos sin que se descolgase por la cuerda con sumo cuidado: la operacion no dejaba de ser peligrosa; pero Ketrli era un muchacho muy diestro y audaz, para el que nada le arredraba cuando se trataba de hacer bien. Sessy arrojó desde la barquilla el cabo de otra cuerda sólidamente sujeta por el otro extremo. Ketrli, una vez llegado al término de su descenso, se montó sobre la cruz que forman los dos brazos del ancla, y desde allí sujetó cuanto le fué posible á su desgraciado amigo, mientras Sessy, habiendo moderado la llama del mechero, verificaba sobre el *Regina* un suave descenso.

El jóven cazador dejó que se aproximara á la superficie de la tierra lo suficiente para poder saltar á ella.

Entonces Ketrli desató á su amigo tendiéndole cui-

dadosamente en el suelo, y aplicándole algunas sales que le volvieron al conocimiento, Sessy bajó con algunas vendas; por fin, á las ocho y cuarto de la noche, esto es, dos horas despues del fracaso, se logró contener la sangre que brotaba copiosamente de la frente de Harry, y este volvió á su conocimiento.

Se hallaba muy débil, y un frio intenso dominaba en su cuerpo.

—Tengo frio, mucho frio, acertó á decir, abriendo los ojos y tiritando.

—Preparemos fuego, Sessy expresó el jóven tocando las manos y el rostro del sábio.

—Está completamente yerto; anda, Sessy, no nos detengamos.

Y ambos jóvenes se separaron un poco de su padre, dedicándose á recoger algunos trozos de ramaje seco y formar con ellos pequeños haces que luego trasladaron cerca del *Regina*.

Harry, algo más restablecido, y rebujado en su manta se hallaba pensativo al pié de su intrépida máquina. Reflexionaba cómo en un país tan fértil, tan dotado de vitalidad, y en donde el más alto grado de civilización selenia parecia imperar, habia podido producirse aquella gran sublevacion. Era este un gran problema que aquel sábio hubiera deseado resolver con facilidad, y él que para todo encontraba solucion, cansaba su imaginacion en inútiles conjeturas.

Mientras tanto, Ketrlí, encendió aquellos trozos de ramaje aprovechándose del mechero del gigantesco aereostático, y la llama viva y juguetona coloreó al instante los rostros de nuestros viajeros.

—Hé aquí, dijo Ketrlí rompiendo aquel prolongado silencio uno de los caracteres más distintivos de la superioridad del salvaje más degradado sobre el mono más perfecto.

—Te equivocas, Ketrlí, repuso el doctor tiritando

atón de frío y saliendo de su profundo estado de meditación.

Después, acercándose más al fuego, y colocando sus manos sobre este, y á cierta distancia, las frotó pausadamente continuando la conversacion con un tono de sentencia y de lección.

—Existen monos allá abajo en nuestro globo, á quienes el frío les obliga á encender fuego, ni más ni ménos que como lo hemos hecho nosotros, con la particularidad de que el procedimiento que nosotros hemos empleado para encender es mucho más sencillo y más breve que el que ellos poseen.

—¿Cuál es? preguntaron sus dos compañeros, suponiendo una nueva historia en las palabras de aquel sábio.

—Escuchadme atentamente. El fuego es calor, y el calor lo produce el frotamiento; lo mismo tiene que trateis de producirle por medio de la yesca y el pederal que por el fósforo, que por medio de la electricidad, todo reconoce este principio, é indudablemente el hombre, antes de encender el fuego, debió comprenderlo así. Ahora bien: empleando ciertas maderas que solo el mono conoce, esa especie humana que tan poco dista de nuestra constitucion, por medio de un rozamiento se desprende chispas y humo muy capaces de incendiar todo el bosque que veis delante de nosotros. Con la punta de una piedra hacen una cisura ó agujero en una rama de esos árboles tan combustibles, y muy seca ésta, una vez practicado este trabajo, la colocan entre sus pies; después, con otra piedra de arista muy cortante afilan otra rama, tambien muy seca, pero de madera distinta; y de modo que ajuste perfectamente al agujero introduciéndole de este modo la punta y haciéndole rodar rápidamente entre sus manos como el molinillo de una chocolatera, se vé á los pocos momentos salir del punto de contacto humo y chispas.

—Es curioso semejante procedimiento, repuso Ketrli.

—Y sobre todo muy penoso.

La cena comenzó á devorarse, y despues de una deliciosa taza de rico café, se dispuso que Ketrli se encargara del primer cuarto de vela hasta la una, y desde esta hora hasta el amanecer, se encargaria el doctor de relevarle, el que sino habia el menor contra-tiempo debia cuidar de dar la voz de marcha.

—Ea, Ketrli, cuidado con avisar, porque la menor imprudencia, por nuestra parte, nos dará mucho que sentir.

—Dormid tranquilos, amigos mios. Desde la barquilla quedo de atalaya.

—Avisadme á la hora convenida, Ketrli.

—Pierde cuidado.

Todos se rebujaron en sus mantas y el silencio fué restablecido.

Ketrli se puso á fumar un cigarro montado sobre una de las cuerdas de la barquilla.

Los ahullidos lejanos de algunas fieras turbaron en un principio el sueño de Sessy, pero el cansancio y las palabras tranquilizadoras que su marido la dirigia, asegurándola les daria el alerta al menor síntoma de peligro, concluyeron por adormecerla con seguridad. Con todo, su sueño era bastante intranquilo, y más de una vez abrió los ojos sobresaltada aplicando el oido cuanto la era posible.

A las nueve y media sus grandes y hermosos ojos negros se abrieron, su cuerpo se estremeció, y su corazón parecia querérsele saltar del pecho. Al mismo tiempo sintió que Ketrli se incorporaba sobre la barquilla, buscando con la vista en derredor.

—¡Ketrli! prorrumpió la jóven muy quedo.

—¿Qué ocurre?

—¿Has oido? parece sentirse crugir la arena de la selva vecina y rozar su ramaje.

—Ya me ha parecido oir, tal vez sea el aire que pa-

rece soplar con más fuerza, y el jóven se empinó cuanto pudo.

—Despertaré á mi padre.

Y la jóven se acercó á este.

—Sí, despiértale. Estemos sobreaviso.

La órden no se hizo repetir dos veces. Harry se puso de pié de un salto.

Al mismo tiempo la arena se sentia crugir con más insistencia.

Indudablemente, en el suelo selenio debia estar preparándose un extraño fenómeno.

Los viajeros se trasladaron á bordo del *Regina*, y Harry S'lay con el auxilio de sus lentes de noche se hallaba colocado en observacion.

Repentinamente un ruido extraño y parecido al que producen las burbujas de una gran caldera herméticamente cerrada se dejó oir á bastante distancia del *Regina*, y en lontananza brilló de súbito una claridad rojiza acompañada de un horrisono estruendo.

Era uno de aquellos innumerables cráteres ó respiraderos del suelo selenio, un volcan cuya fuerza motriz habia roto la costra endurecida de la capa superior, trastornando toda aquella distancia que le rodeaba, y reduciendo á cenizas aquellas selvas vírgenes, aquellos bosques seculares de inmensa altura.

Entretanto el alba comenzaba á despertarse silenciosamente, y la órden de marcha fué dada con alegría.

Poco despues el *Regina* seguia en los espacios infinitos, como poco antes, sin rumbo fijo á merced del viento en su larga peregrinacion.

Todo aquel dia se pasó sin ningun contratiempo. Sessy contó á su jóven esposo las maravillas que durante su larga peregrinacion habian visto en la ciudad de Selenópolis.

Para los tiernos esposos, la separacion les habia parecido visiblemente una eternidad.

No era, pues, extraño que los jóvenes se hallaran impacientes por estrecharse mutuamente.

Harry, mientras con su cabeza vendada recorria, con el auxilio poderoso de su antejo, hasta la última ondulacion del terreno. Los tres aereonautas eran los únicos seres animados de aquellas soledades inmensas por las que el *Regina* cruzaba veloz como el pensamiento al empuje impetuoso del viento.

Las horas se sucedieron con apacible tranquilidad; á las nueve el doctor comunicó á sus compañeros que nada habia que temer, y envolviéndose en sus mantas, no tardaron en hallar en brazos de un sueño apacible el olvido de sus pasados infortunios.

Al dia siguiente, 8 de Abril, el cielo amaneció puro y el sol amenazaba fulminar torrentes de fuego con sus abrasadores rayos. Esto estrañó mucho al doctor, el cual temia un cambio repentino. Así es que se le veia inquieto, con los brazos cruzados sobre el pecho pasear de un lado al otro de la barquilla; observar el manómetro, pararse y volver la vista hácia el horizonte.

Sessy habia asado un par de palomas, y preparado un trozo de permican en el plato. Harry no comió: el thé y el rom terminaron el almuerzo.

—Lo que son las cosas del mundo, decia Sessy sin reparar que su padre no comia; ¡hoy tanta abundancia y ayer tantas privaciones!

—¡Pobre naturaleza la nuestra! contestó Ketrli. ¡Qué cobarde se nos muestra en medio de la miseria! ¡Dejarse abatir por tan poca cosa!

—¡Por tan poca agua, Ketrli, querrás decir! objetó el doctor con su gravedad acostumbrada; pues en realidad, lo que hasta ahora verdaderamente nos ha faltado es este elemento tan neesario para la vida.

—Es cierto, sobre todo en los abrasadores climas porque hemos pasado.

—¡Y porque tenemos que pasar! continuó Harry tristemente.

—Qué, ¿no caminamos hacia el Norte?

—Cierto.

—¿Y esperas encontrar en esas regiones arenas calcinadas como las del desierto que hemos atravesado?

—Tanto, que si continúa la misma calma en la atmósfera, los rayos del sol, arrojando torrentes de fuego sobre el centro de la tierra, pondrán en ebullicion las diferentes masas de que se compone el fondo, y los gases que encierra tenderán á salir rompiendo la costra de la capa superior endurecida aún muy poco por el enfriamiento natural, y entonces, todo el terreno que veis pasar bajo vuestros piés será una completa erupcion volcánica muy peligrosa para nuestro *Regina*, sin contar con que no nos agradaria mucho bajar dando volteretas por el aire.

—Yo lo creo.

—Mucho más cuando va uno llegando á viejo y sintiendo apego á la vida.

—Y cuando va uno terminando su difícil y peligrosa empresa, añadió Sessy.

—¡Pero á qué precio!

—¿Vas á filosofar, querido Harry?

—¡Qué diablos! hijo mio, en algo se ha de pasar el tiempo.

—Mucho más cuando este se halla de sobra como en este momento, objetó Sessy.

—Decís bien, repuso el jóven cazador.

—Pero desde este momento se va haciendo necesario aprovecharle, pues entreveo nuestra situacion muy negra.

—Yo tengo esperanza, dijo Sessy, que el Eterno no nos ponga á tal extremo.

—No hay que fiar mucho, sobre todo, cuando la

costra que recubre esta parte de la luna, se nos presenta con caracteres muy marcados de debilidad.

—¿Vas á hacernos creer que es de manteca ó de cristal? repuso Ketrli irónicamente.

—No tanto; pero el enfriamiento de la capa superior de tierra en esta parte de la luna es tan lento que puede muy bien compararse su dureza con las del grueso de la cáscara de un huevo respecto del centro ó yema del mismo; calculad vosotros ahora, hasta que todo el huevo ó la tierra llegue á ser una masa sólida y compacta endurecida, si tiene que pasar siglos.

—¡Eso es asombroso!

—Pero entónces, interrogó Sessy, ¿los mares y los volcanes desaparecerían por completo?

—Ciertamente; y lo que es mas, hasta el aire que dá la vida al organismo animal, repuso S'lay.

—Entónces la luna se convertiría en un caos.

—Ciertamente. Ya en algunas partes empieza á suceder.

Observa sino como desde nuestro planeta se perciben algunas manchas en el centro de este satélite. Todas esas manchas son partes no atacadas por la luz, y por tanto, muy distantes de hallarse mantenidas por una constante atmósfera.

—Segun eso, el desierto que hemos dejado atrás, dijo Ketrli recordando tiempos pasados, empezaba á carecer de este elemento tan necesario?

—Seguramente.

—¿Luego la luna...?

—La luna, hijos míos, segun todas las probabilidades es un mundo que tiende á desaparecer; como llegará un dia en que el planeta que habitamos desaparezca tambien por la falta de atmósfera.

—¡Desgraciado del que llegue á ver ese cataclismo espantoso! expresó Sessy con voz tímida.

—Seguramente ninguno lo verá.

—¿Por qué?

—Porque antes que eso suceda será muy probable que el sol, que es otro mundo, deje de calentarnos, porque este astro marcha delante en su carrera veloz de destruccion, y sin luz ni calor no es posible la existencia animal.

El *Regina* seguia veloz en su carrera imperturbable; favorecido por una suave brisa, empezaba á descender la falda de una colina en cuyo fondo apenas se hacian perceptibles las ruinas de un anchuroso edificio de forma elíptica irregular. En el horizonte se distinguian algunos puntos negros que venian con alguna regularidad procesional.

Harry se decidió á moderar la llama de su mechero; poco á poco fué haciéndose más perceptible el fondo de aquellas colinas: era una especie de cañada angosta y larga sobre la que se conservaban los ruinosos restos de un templo unitario selenio; Harry se sintió aguijoneado del deseo de descifrar los altos misterios del Gran Espíritu, pero ya hemos dicho que el doctor temia un cambio repentino en la atmósfera, ¿y qué seria de ellos si el viento los arrastrara al centro de este satélite, donde, como acababan de decir, no seria posible la existencia del reino animal?

El doctor S'lay se conformó con su deseo antes que despreciar un viento tan favorable.

A todo esto, los puntos negros se fueron acercando; haciéndose más perceptibles.

Eran grandes caravanas de selenios y vespertillos que marchaban de tres en tres con bastante regularidad. Hubo un momento en que esta pareció alterarse algun tanto; sin duda este trastorno lo habria producido la presencia gigantesca del *Regina* en aquellos sitios; pero bien pronto volvieron á agruparse cual si obedeciesen á alguna orden ú obrasen instigados por la necesidad.

En aquella igualdad ó simetría de filas de tres en

tres individuos, en el mismo número de pirámides, y la forma de tres en tres que había observado Harry conservaban las columnas del templo en Selenópolis, en la forma del triángulo equilátero de las ventanas de esta ciudad y en la del vestibulo del mismo templo tambien triangular y hasta en la mano que señalaba el ojo y los dos oídos le parecieron más bien que debidos á una casualidad, á un precepto divino del Gran Espíritu que todos los selenios debían acatar con sumision y constancia.

Por fin, llegaron estos dejándose caer rápidamente alrededor de aquellas ruinas: los selenios se colocaron en pié con la cara vuelta hácia el templo y las álas estendidas de modo que dieran unas con otras formando así una especie de muro. Los vespertillos, lo mismo que cuando describimos las ceremonias nupciales de la raza noble de los selenios, traían sobre sus espaldas grandes plantaciones, tal vez de tierras muy lejanas, las cuales fueron colocadas alrededor de las pirámides, sin duda como el sachem había dicho para evitar á las miradas de vespertillos y selenios lo que allí iba á tener lugar.

Los colores animados de dichas trasplantaciones formaban un contraste bien contrapuesto con los tintes muertos y sombríos de aquel vasto circo donde visiblemente aquellos bosquecillos no habrían podido crecer; la ondulation de sus ramas era muy lenta, razon por la cual Harry se impacientaba cada vez más aumentando sus temores, pues todo daba á entender la calma del aire que dominaba bajo aquel azul trasparente.

Luego que los vespertillos hubieron terminado esta estraña plantacion se tendieron boca á bajo al pié de los selenios, que en su inmovilidad estática hizo recordar á nuestros viajeros las imágenes de los santos que adornan la circunferencia de las naves en las catedrales católicas.

Estos vespertillos, tendidos á lo largo en la misma posicion, tenian las cabezas vueltas hácia las pirámides, con los piés dando en las cabezas de otros esclavos, y así sucesivamente en un circulo de más de doscientas toesas.

Sessy y Ketrli hicieron un cálculo del número de individuos que allí oraban, y sacaron una cifra aproximada de más de diez mil entre selenios y vespertillos aunque en realidad habria un número doble de estos últimos; una manifestacion más de la justicia celeste que somete la fuerza y el número á la inteligencia, así como abre el santuario de lo infinito poblado de sistemas y de universos á las humildes miradas de los imperceptibles seres de nuestro mundo.

Un selenio, ricamente vestido con una túnica azul recargada de bordados en oro y en piedras, se hallaba solo en un pié como las *estilitas*, con sus álas estendidas y posado sobre la punta superior de la pirámide central.

Esta especie de culto, salvas algunas diferencias muy pequeñas, atrajo á la memoria del doctor S'lay las contemplaciones estáticas de los *Dervis indios*.

De repente el selenio de la pirámide pareció elevarse insensiblemente y perpendicular en el espacio, y todos los vespertillos se levantaron de un salto sin moverse de su puesto, de modo que formaban muchos círculos concéntricos de los que el más estrecho de ellos se hallaba á la distancia de cuatro piés del bosquecillo que rodeaba las pirámides, y el último contra las paredes del circo.

A este movimiento siguió otro; los vespertillos se aislaron tres á tres precipitadamente con el lado izquierdo vuelto hácia el centro del triángulo; por espacio de cerca de quince minutos, con una especie de emulacion furiosa, se azotaron mutuamente y sin intermision dando el primero al segundo y este

al tercero y el tercero al primero: entre tanto los selenios dejaron sus puestos, y pasando por encima de los esclavos, dieron procesionalmente en filas de á tres en tres una vuelta alrededor del circo, lo que formó una variedad tan extraña de movimientos y de colores, asemejándose al centelleo de los rayos de una rueda de un blanco muy reluciente sobre un fondo negro, ó á los alambres de una jaula que diese vueltas sobre un eje.

—Hé ahí, dijo Ketrli rompiendo aquel silencio contemplativo de los tres viajeros; una mortificación espontánea de los esclavos á vista de sus amos.

—Y que estos parece que miran con desprecio, contestó Sessy.

—Es la espresion simbólica, añadió concienzudamente el doctor, de una fé religiosa respecto de las clases y gerarquías de cada una de estas razas.

Ninguno de aquellos séres volvió su vista una sola vez el *Regina*, y sin embargo, era indudable que todos le habian visto.

Al cabo de los diez minutos todos volvieron á ocupar su puesto.

El solitario ó dervi lunario de la pirámide apareció de nuevo descendiendo sensiblemente hasta que replegó sus álas con rapidez, y cual si un mismo resorte hubiera tocado á todos á la vez, los selenios volvieron á estender sus álas, y los vespertillos cayeron sobre la arena boca abajo. Dos grupos de selenios aislados de tres á tres conducian al centro de la pirámide unas andas, hechas de ramaje, sobre la que reposaba un ave.

El *Regina* pasaba á la sazón sobre el circo, y le fué fácil reconocer en aquel ave el *Founingo* ó zurito verde del Madagascar (especie de paloma) cuyos hermosos colores tomaban á los rayos de Febo un tornasol brillante.

Nuestros viajeros se maravillaron al verle sostenido

sobre un pié, sin hallarse sujeto de ningun modo, pues se le veia revolotear libremente pero sin salirse de las andas.

Esta ave fué elevada hasta la altura del solitario, el cual, cojiéndola en sus brazos y girando á todos lados, lo ofrecia á la adoracion de todos.

Las fiestas de Adonis y de Venus en la isla de Chipre, el culto que daban los Egipcios á los animales, especialmente al condor, las abluciones judáicas en el templo de Salomon acudieron en tropel á la memoria de nuestros viajeros.

Cuando el solitario hubo terminado esta ceremonia, al encontrar en su vuelta el mismo punto de donde habia partido, soltó el *Founingo*, que estendiendo sus alas cubiertas de hermoso plumazon se dejó caer como un para-caidas al pié de la pira; en el mismo momento una nube espesa de humo cubrió la pirámide, y los selenios y vespertillos, como dominados por una desesperacion repentina, comenzaron á darse fuertes golpes sobre el suelo acompañados de enormes gritos y lamentos.

Poco á poco la nube fué haciéndose más lenta y aplacándose el furor de que aquellos demonios, pues tal parecian aquellos seres revolcándose entre el polvo con una ferocidad increible.

¿Quién habia motivado aquella exacerbacion general de que se hallaban poseidos? ¿Quién habia producido aquel fuego repentino que habia ocultado á las miradas de todos los misterios sagrados de aquel recinto religioso? La rápida evolucion de aquellos seres, la masa poderosa y compacta de humo. Tal vez la voluntad del Gran Espíritu no permitieron al doctor S'lay y sus hijos lo mismo que á los seres lunarios penetrar en los misterios que el Gran Espíritu habia reservado tal vez y solo al número de sus escojidos.

En el instante los vespertillos del primer círculo se cruzaron repentinamente, á estos siguió el segundo

círculo, y despues el tercero, y así sucesivamente hasta el último. En un momento, con una fuerza verdaderamente prodigiosa, arrancaron toda aquella plantacion, y formándose en hileras de tres, uniéndose inclinadas sus ramas formaron dos especies de bóvedas sombrías por las cuales pasaron de un lado las selenias con sus largas cabelleras, y del otro los selenios sin juntarse jamás. El solitario habia desaparecido, escapando á las ávidas miradas del doctor S'lay.

El *Regina* habia pasado ya y Harry tuvo necesidad de su telescopio para percibir el movimiento de estos séres que se alejaban saltando los unos con rapidez á la cabeza para estender hasta lo infinito la calle y la línea de sombra bajo la cual pasaba la procesion de selenios, hasta que por fin la caravana se hizo invisible y solo muchos puntos negros se percibian vagamente en el espacio.

El calor era ya fuerte, pero soportable, debido sin duda á la geología del terreno, pues el *Regina* habia dejado rápidamente atrás unas doce millas de arenales despoblados cruzando en este momento sobre un elevado bosque de cytises, mimosas y gomeros blancos de variada inflorescencia.

Más allá se estendia una llanura admirable y tranquila de un verde oscuro. Era el mar. El mar del polo Norte lunario que en toda su imponente magestad se presentaba á las miradas de nuestros viajeros.

Estos quedaron sorprendidos á la vista de tan magnífica decoracion. Todo, hasta el piélago que se estendia en el horizonte como una faja ó zona inmensa de verdura aterciopelada, era una inmensa llanura alfombrada de flores de caprichosa variedad primaveral. Numerosas bandas de pájaros de mil especies cantaban en aquel paraíso lleno de rica magnificencia; el Founingo, el spring, especie de canario azul muy claro, única variedad de las selvas australianas, y el pájaro-mosca figuraban en primera escala del reino animal en

aquellas llanuras regadas por numerosos manantiales.

Ketrli y Sessy pidieron á su padre comer en medio de los perfumes y colores de aquel oasis.

El doctor manifestó alguna contrariedad, pero aquella admirable verdura de extraordinaria variedad en sus especies y los ruegos de sus hijos le hicieron ceder.

Sessy trasladó á tierra su cocina portátil y preparó la comida mientras que el jóven cazador y Harry se dirigieron por la llanura en busca de caza. Esta debía ser muy abundante, pues frecuentes detonaciones anunciaron á la jóven que no desperdiciaban el tiempo.

Ketrli fué el primero que levantó un animal muy raro, desconocido sin duda en nuestro globo, especie única de este planeta, y que tenia, sin embargo, muchísima analogía con el jabirú austral, ave zancuda que tiende á desaparecer de la faz del mundo moderno. Con todo, su talla era extraordinariamente mayor que esta, midiendo nueve piés de elevacion, su pico no era agudo, ancho, cónico ni terminado en punta, sino encarnado, corto y redondeado en su extremo: los reflejos del verde metálico de su cuello y cuerpo, contrastaban singularmente con el color blanco de su garganta, y el carmin muy vivo de su cabeza y largas patas, su cola era prolongada y negra aterciopelada, y sus ojos grandes, negros, redondos y relucientes como dos granos de azabache.

El jóven contó con suficiente destreza para herirle en una ála. El animal empezó á aletear, y valiéndose de sus largas piernas, buscaba en la fuga con precipitada carrera un medio de escapar á las manos de sus adversarios. Harry iba á disparar sobre él.

—No le tires; gritó Ketrli; veamos antes si podemos cojerlo vivo.

Con efecto no tardaron con su infatigable persecu-

cion en cansarle y el animal se tendió en el suelo farto de fuerzas con sus hermosas alas estendidas, las patas estiradas y el cuello alargado en toda su longitud. Harry lo cogió. Parecia que la Providencia habia agotado todo su saber en el colorido de la plumazon de aquel ave, ó mas bien que la naturaleza con su artístico pincel habia dejado muy atras los primitivos colores de su paleta misteriosa.

Nuestros cazadores se habian alejado mucho sin hacer en ello alto; pero todavia se alcanzaba á ver la gigantesca silueta del *Regina* y la amortiguada columna de humo del vivac.

Grande fué la admiracion y contento de Sessy al recibir tan singular regalo. Harry procedió en seguida á entablillar el ala de aquel hermoso animal á quien se aprisionó á la barquilla con una cadenita.

Poco despues la abundante comida compuesta de un trozo de carne asada á la que se añadieron una liebre y media docena de chorlos negros, de las provisiones que los dos cazadores traian en sus morrales, fué devorada con la prontitud y apetito acostumbrado por los tres viajeros.

Sessy arrojó los despojos de las frutas al cautivo, despojos que solo comió cuando instigado por el hambre despues de algunas horas se convenció de la imposibilidad de su evasion.

Sessy cogió algunas flores de las mas raras y llenas de perfume que matizaban el suelo y poco despues todos hacian la digestion recostados indolentemente sobre el tronco de una cityse sumidos en un saludable y tranquilo sopor.

Al cabo de dos horas de tranquilo sueño nuestros viajeros se levantaron asustados á los chillidos agudos y penetrantes de su prisionero. Un ruido sordo como el producido por las burbujas de agua hirviendo de la caldera de una máquina locomotora se percibia á lo lejos del lado del Océano. Harry volvió la vista.

—La erupcion submarina, exclamó corriendo á desembarazar la barquilla del lastre que habian puesto momentos antes equivalente al peso de todos ellos.

En efecto era una erupcion volcánica de las aguas de aquel archipiélago lejano, semejantes á las de la bahía del Thera en Islandia.

Ketrli y Sessy corrieron á ayudar al doctor en su faena.

El cautivo aleteaba fuertemente tratando de huir y dando fuertes chillidos. La erupcion avanzaba elevándose las olas hirvientes envueltas en columnas piramidales de humo hasta la altura de 300 piés sobre su nivel natural, mientras que el cielo se cubria de una niebla negra, densa, pesada que oscurecia el espacio; un olor nauseabundo y fétido empezaba á dejarse sentir, mientras que aquel ruido espantoso con que rodaban las olas, arrastrando en su violento empuje todo aquel campo de verdura anunciaba un próximo cataclismo.

El mismo *Regina* se estremecía á aquel extraordinario fragor y amenazaba ser desecho por el remolino de las arenas levantadas que les azotaban sin intermision.

Por fin todos entraron con ligereza en la barquilla al mismo tiempo que el vigoroso brazo de Harry S'lay arrojaba fuera el último saco de arena.

El *Regina* empezó á subir insensiblemente.

Ya era tiempo.

El cielo se cubria de un tinte rojizo muy subido, parecido al de la aurora boreal tan frecuente en este polo pero que estaba muy lejos de poderse comparar con el brillo refulgente que este fenómeno ofrecia á la vista de nuestros areonautas.

El gas contenido dentro del *Regina* silbaba á causa de la gran elasticidad que este habia adquirido en su estrecha prision por la alta temperatura que le rodeaba. La cubierta del globo habia adquirido toda la tirantez de que era capaz y sin embargo se hallaba sus-

pendido, inmóvil, estático, á una altura de 200 piés sobre la superficie de aquellas regiones lunarias.

—El *Regina* va á ser incendiado, exclamaba con desesperacion Harry S'lay.

—Arrojemos parte de nuestro cargamento, decia Ketrli; pero apenas se dejó oír porque la atmósfera se habia vuelto tan pesada que el sonido se apagaba completamente; pero un mismo instinto, el de salir de aquella angustiosa situacion, les hizo arrojar á todos parte de sus comestibles.

—Las cajas de agua, gritó Harry con toda la fuerza de sus pulmones para dejarse oír.

Ketrli comprendió lo que queria decir, y una de estas fué arrojada en el espacio. El *Regina* no se movió. Antes por el contrario, parecia descender pausadamente.

Los momentos eran supremos. El mar, en su imponente cólera, avanzaba ensanchándose, y todo aquel campo de verdura desaparecia como por encanto á vista de nuestros desgraciados viajeros.

—¡Pronto, las armas! ¡Las armas y municiones, volvió á repetir Harry.

Esto era muy sensible para el jóven cazador, pero no se hizo repetir la órden.

El *Regina* no se movió sin embargo.

Harry lanzó una terrible imprecacion.

Todos se miraron. ¿Qué hacer en aquellos momentos desesperados?

No quedaba que arrojar más que los útiles necesarios al doctor y una caja de agua; la sed los devoraba. Todas las miradas se fijaron aún tiempo con avidez en ella.

—¡Arrojad la caja! dijo Harry con energía.

—Esperad, dijo Sessy. Ya que no nos queda más recurso que desprendernos de un tesoro tan apreciable en estos instantes, como es el agua, saciemos al ménos la sed que nos abrasa, y luego procedamos á arrojarla.

—Pero, pronto, ó somos perdidos, volvió á decir Harry con su voz estentórea, que apenas se dejaba oír. En un abrir y cerrar de ojos, la caja, que antes era devorada con la vista, fué vaciada completamente y arrojada en el espacio.

Las mantas, los almohadones, todo cuanto hallaron á las manos fué igualmente arrojado en aquellos momentos desesperados, y el *Regina*, aligerado algun tanto, comenzó á subir á una altura más refrescante, bajo el azul trasparente de un cielo sereno, percibiéndose debajo la niebla oscura y negruzca que poco antes les envolvía.

Los tres infortunados viajeros se abrazaron arrojando abundantes lágrimas y latiendo sus corazones movidos por una misma emoción.

CAPITULO XIX.

Tres almas en pena. — El hambre. — El cazador errante. — La caza desesperada. — El adios á la luna. — Un muerto que no resucita. — Zamguebar. — El Simoum. — Golpe terrible. — Conclusion.

No quedaba ya rastro ninguno de la erupcion que habia rugido por espacio de diez horas, tras la cual desapareció, como por arte de magia, todo aquel edem de verdura y de flores, presentando únicamente la tierra las huellas de la cólera del Dios de las aguas. Estas habian arrastrado las arenas igualando el terreno. El silencio de algunas horas antes se habia convertido en un murmullo regulador que se dejaba oír en las montañas; este murmullo eran las cascadas y los torrentes que arrastraban en su caída el cieno, las yerbas y los arbustos arrancados de los flancos de las rocas, medio desmoronadas que el *Regina*, se dejaba atrás. La tierra habia sufrido una general conmocion, y grandes y profundas grietas arrojaban aún restos de un vapor humeante.

En medio de esta escena de destrucción, el sol brillaba en un cielo trasparente y sereno.

Un hombre con la cabeza inclinada, y sobre cuya enérgica fisonomía parecía que el dolor había marcado profundas arrugas en el corto espacio de pocas horas, se hallaba sentado en la barquilla, abarcando con su mirada el infinito horizonte que tenía delante, sin hacer atención, al parecer, de los rayos que caían sobre su desnuda frente.

Este hombre era Harry.

La fuerza de alma habitual en él, quebrantada ya por lo que había sufrido, parecía haber desaparecido completamente bajo el impulso del último choque. Hallábase inmóvil, y aunque su mirada parecía contemplar el horizonte, en realidad no se hallaba fija en ninguna parte: la desesperación reactivaba en él una crisis peligrosa en su peor período, en el del mutismo.

Un poco más allá, otro hombre, sentado al lado de una mujer, tenían la fisonomía marcada por una expresión de melancolía profunda.

Estos dos eran Sessy y Ketrly.

Así trascurrieron cuatro horas, ¡cuatro horas mortales de angustias! sin que ninguno se atreviera á romper aquel silencio.

De repente, el joven cazador, saliendo de aquella especie de letargo, se levantó con precipitación; su brazo se adelantó rápida y maquinalmente hácia el sitio donde se hallaban colocadas las armas, pero su mano no encontró más que el vacío.

—Está visto, dijo coléricamente, hasta la muerte nos abandona en estos últimos momentos.

Sessy alzó su cabeza, quiso levantarse, pero su debilidad no se lo permitió estendiendo sus brazos en ademán suplicante, como interrogándole se detuviera en sus insensatos proyectos.

Los desgraciados eran víctimas de los primeros sín-

tomas destructores del hambre y de una sed abrasadora.

Harry lanzó un grito, habia descubierto muy lejos las puntas verdosas de unos árboles, y se oia en aquella direccion más distintivamente aquel murmullo de los torrentes que la mole inmensa del *Regina* se habia dejado atrás.

—¡Por allí! ¡Por allí! exclamó:

Sessy y Ketrli volvieron la vista hácia el punto que les señalaba el doctor.

Ya no habia duda, la proximidad de un torrente era inevitable, y la esperanza de encontrar algunas gotas de agua, renacia por momentos en sus corazones á medida que se iban aproximando á aquel puñado de árboles.

Harry S'lay hizo descender el *Regina* una media milla de distancia de aquel pequeño bosquecillo de cityses.

Sessy y Ketrli se dirigieron á él, ó más bien esta última, apoyada en el brazo de su marido, caminaba arrastrándose sobre la arena.

Con efecto, nuestros viajeros hallaron bajo las sombras de aquellos árboles un torrente, del que no se conservaba más que las descarnadas endiduras ó canales de una agua que segun las señales hacia mucho tiempo que no habia pasado por allí.

El desaliento de los viajeros fué desde aquel momento mayor que sus fuerzas.

El ruido sordo que se escuchaba habia concluido sin duda, porque los torrentes pasajeros habian dejado de resonar, y solo vastas soledades se descubrían en muchas leguas al contorno.

En aquel momento Harry llegaba dando vueltas alrededor de la cadena de rocas que formaban la vertiente de aquel torrente, seco sin duda por los rayos

del sol que en aquel momento se dejaba caer con fuerza á pesar de hallarse ya muy entrada la tarde.

El doctor fijó en él sus ojos y se estremeció al considerar muertas sus esperanzas. Despues volvió su melancólica mirada hácia el jóven matrimonio. Una nube sombría velaba tambien sus rostros.

¡Cuánto debió sufrir en aquel momento el pobre doctor!

Ketrli levantó la cabeza dirigiendo una rápida mirada sobre su compañero.

—¿Nada? preguntó el doctor.

—Nada; respondió el jóven con un tono firme: pues creyó inútil ya toda clase de consuelo; pero estos sitios deben estar provistos de caza, y ya que no tengamos agua con que apagar la sed, busquemos un medio de acallar el hambre que empieza á dejarse sentir.

—¡Ah! exclamó el doctor. Si á lo ménosuviésemos nuestras armas, pero todo parece conjurarse contra nosotros.

—Aún tenemos armas de que no podemos desprendernos tan fácilmente, contestó Ketrli con su firmeza de alma en los trances más duros.

—¿Armas! ¿Cuáles son?

—Un par de buenos cuchillos, tres corazones intrépidos...

—Y la confianza en un Dios que no nos abandonará, añadió Sessy levantando su hermosa cabeza velada por una palidez mortal.

—¿Qué importa, dijo Harry desesperado, que saciemos el hambre sino podremos elevarnos mucho tiempo en el aire?

—Que no podremos elevarnos, preguntaron ambos jóvenes abriendo desmesuradamente los ojos. ¿Pues y el *Regina*?

—No existe una sola gota de agua con que poder alimentar su mechero, y escasamente podrá navegar en el espacio que le rodea dos ó tres horas.

—¡El cielo nos abandona! dijo tristemente el cazador.

—No desesperemos, amigos míos, dijo Sessy; recorreremos la selva, tal vez hallemos las huellas de algún animal y... Vamos, yo también me siento fuerte.

Y la joven, haciendo un esfuerzo, se levantó de un salto como para dar ánimos a sus desconsolados compañeros.

—Es inútil donde no existe agua que tratemos de buscar animales, contestó el docto.

—¡Qué importa! dijo Ketrli, más fuerte sin duda por las palabras de Sessy; probemos, y si no se encuentra en toda la selva rastro alguno, haremos lo que hacen los indios, que se mantienen de raíces y frutas selvajes.

—Así me gusta verte, Here; dijo la animosa joven tendiéndole su pequeña y fina mano.

—¡Qué diantre! prosiguió este, estrechando entre las suyas la mano de su mujer; si no nos comeremos á verde-verde.

Verde-verde era el pajarraco cautivo que tan buen servicio les había prestado momentos antes de la erupción submarina.

Los tres viajeros se dirigieron por entre los espesos matorrales de cityses donde parecía más difícil encontrar las huellas de animales borradas por el violento empuje de las olas.

El exámen minucioso á que se entregaron, no les dió indicio ninguno de que aquel país fuese habitable.

—No nos alejemos mucho del *Regina*, decía Harry S'lay.

—Es cierto; volvamos, Ketrli; pues que no nos queda otro medio, proveámonos de raíces antes que morirnos de hambre en este maldito desierto.

Faltaba aun bastante tiempo para que el sol declinase, cuando Harry y Ketrli más bien compadecidos

de las fatigas de Sessy que de las suyas, hicieron alto bajo aquellas sombras que se ostentaban gigantescas á la vista de los viajeros, aumentando mas los dolores de sus hambrientos estómagos, porque no hay cosa que más abra el apetito que un campo lleno de verdura bajo un cielo azul y trasparente.

De repente Ketrlí se levantó de un salto, lanzándose hácia el sitio en que se fijaban sus ávidas miradas con la rapidez de una flecha.

Harry no pudo comprender tan extraño movimiento, y aterrado por la idea de que el hambre le hubiese hecho perder el juicio, se volvió para seguirle con la vista.

Entonces no pudo contener un grito.

Sessy volvió la cabeza: la jóven se estremeció, palideciendo.

Un animal monstruoso, mayor que un jabalí, pero parecido á éste, cruzaba al través de la espesura, tras del cual el jóven cazador se lanzaba como una fiera hambrienta.

El doctor decidido á aprovecharse de aquella ocasion que les proporcionaba la Providencia, se lanzó tras el audaz cazador seguido de Sessy, que comprendió lo mismo que ellos que la existencia de todos dependia del resultado feliz de aquella caza desesperada.

Con efecto, aquella no era una de esas cazas en que se pone únicamente el amor propio; era preciso cazar lo mismo que los animales carnívoros en medio de la inmensidad del desierto.

Dos hombres solos y una débil mujer sin mas armas que sus cuchillos, tenian que perseguir á un animal bastante agil para burlarse de sus esfuerzos y demasiado temible para acercarse á él impunemente.

El animal, al divisar á sus perseguidores, se paró un momento esperándolos de frente para tomar carrera. Harry y Sessy parecieron comprenderlo, pues dieron precipitadamente la vuelta por detras del

animal, favorecidos por la espesura del ramaje. Pero el bicho no tardó en apercibirse de semejante movimiento, y viéndose encerrado entre los tres, rompió con fiera su terrible carrera. Ketrli le esperó cuchillo en mano con una serenidad admirable.

Harry y Sessy lanzaron un grito ¡grito de dolor! cubriéndose el rostro con ambas manos y corriendo hacia el joven intrépido.

El bicho, en su choque violento, había derribado á Ketrli y ambos rodaron en la arena luchando; pero pronto el animal partió como una exhalacion dejándose en el suelo á su audaz enemigo.

Este se levantó con rapidez: sus compañeros lanzaron un grito de alegría al verlo vivo.

—Va herido. ¡Adelante! gritó el joven. Mirad sino mi cuchillo y el rastro de sangre que va dejando.

Con efecto, el cuchillo se hallaba enrojecido y un rastro de sangre marcaba la ruta que en su rápida carrera dejaba atrás la res.

—Cortémosle el camino del bosque. Volvió á gritar el cazador.

Ya era tarde. El bicho se hallaba á mucha distancia, y nuestros cazadores errantes le vieron hallar un refugio entre la espesura de aquel maldito bosquecillo.

Los tres desgraciados seres, únicos vivientes de aquellas soledades inmensas, se quedaron como petrificados.

—¡Maldicion! dijo por fin Harry.

—¡Maldicion! repitió Ketrli.

Y el eco de la montaña ¡maldicion! comenzó á repetir.

Aquella tarde solo se comió en el *Regina* algunas raíces medio secas por el sol y endurecidas por los siglos sin que la menor gota de agua viniera á refrescar sus calenturientos labios.

Por fin el *Regina*, despues de dos horas eternas de lenta travesía, comenzó á abandonar el sorprendente disco de la luna, que comenzaba á perderse en los vapores del ilimitable horizonte, y solo el infinito espacio, el vacío, la atmósfera, rodeaba por todas partes al *Regina*.

Los viajeros saludaron á aquel planeta cuya inmensa superficie no seria ya más un misterio para la série de conocimientos humanos.

—Ahora es necesario, dijo Harry, saber á qué parte de nuestro globo nos lleva el viento; descendamos para reconocer el terreno.

Pero el doctor no tuvo necesidad de moderar la llama de su mechero, pues éste se apagaba falto de alimento.

—Hé aquí un muerto que no resucitará más, dijo con tristeza; y de sus ojos brotaron dos gruesas lágrimas.

—Al menos de este modo nuestra caída será menos rápida, añadió Ketrli, que si se nos hubiera incendiado en el *oasis del placer*.

Así habian llamado nuestros viajeros al campo de verdura donde habian dormido su último sueño y tomado hacia veinte y cuatro horas el último alimento.

Mientras tanto el gigantesco *Regina* seguía en un descenso constante.

—No hay nada que arrojar? preguntó el doctor con tristeza.

—Nada, respondió Ketrli.

—A menos que no nos desprendamos de *Verde-verde*.

—Mi opinion, dijo Ketrli, es que no hagamos tal cosa; Dios sabe, alla abajo en nuestro planeta, que tierra nos espera. Tal vez el desierto. Hace mas de veinte horas que no hemos probado bocado y la carne de este animalucho nos será de gran utilidad dentro de poco.

—Dices bien, no debemos separarle de nosotros.

—Ademas, añadió el jóven, ¿de qué nos serviría un alivio momentaneo de unas cuarenta libras si el *Regina* en su direccion constante no tardaria en volver á bajar?

—Tal vez contestó Harry, nos sea preferible descender antes que nuestro mechero se apague completamente. Quizá allá abajo algun caudaloso rio ó manantial pueda proporcionarnos otra vez una elevacion capaz de arrastrarnos por espacio de un dia entero, ó tal vez las altas torres de una ciudad destaquen sus contornos bajo nuestros piés, sin que nuestra vista alcance á percibir las desde semejaute altura.

Y la esperanza volvía á renacer en los desgraciados caminantes.

Así continuaron por espacio de una hora en rápido descenso.

Al cabo de este tiempo los objetos de un punto negro que bajo ellos se estendia comenzaron á tomar forma.

Nuestros areonautas lanzaron un grito de alegría. ¡El primero que habia salido de sus bocas desde que habian partido de su pais!

¡Era la tierra! la tierra iluminada por la luz vacilante de la tarde, que despues de diez y ocho dias de dolores y trabajos volvian á hallar en su estado aparente de inmovilidad.

—¡Hurra! exclamó el jóven cazador al contemplar su viejo mundo como el doctor lo llamaba.

En cuanto á éste permanecia mudo contemplando el espacio.

—¿Qué observas? le preguntó Ketrli tocándole en el hombro.

—Nada. Yaquel profundo sábio continuó en su mutismo.

—Me parece que el viento va á cambiar muy pronto.

—Cierto; por eso mismo desearía antes que la noche cerrase, saber sobre qué punto de nuestro globo caminamos.

—Nada mas fácil, descende.

—Eso mismo estamos haciendo.

Así era; el areostático seguía bajando, hasta que á una altura bastante considerable aun, halló una corriente de aire que le empujaba hácia el O. donde se mantuvo en equilibrio pero sin abandonar su rápida carrera.

El doctor disminuyó la llama del mechero.

El Regina volvió á seguir bajando hasta una altura de cuatrocientos piés del suelo.

Lo primero que se les ofreció á la vista fué un inmenso mar sembrado de islas que Harry comenzó á llamar por sus nombres propios, *Saya de Malha, Chagas, Diego García, Roquepig, Corgados, Goetivi* y otras muchas que su inagotable ciencia fué describiendo como sobre una carta.

Se hallaban en el mar de las Indias á los 100° del Ecuador.

El calor se dejaba sentir con una intolerable insistencia.

A las ocho el *Regina*, el victorioso de los cielos Australianos, cruzaba las islas *Maldivas* al fulgor de la pálida luna, cuyo sorprendente disco volvían á ver despues de ocho dias de ausencia.

¡Qué aspecto tan pintoresco! Este grupo de islas aparecian cruzadas de montañas y cubiertas de arbolado. La pálida luz de la luna bañaba en medio del silencio de la noche aquella joya preciosa, suspendida en medio de aquel mar tranquilo y bonancible, y la fresca brisa que en aquellos momentos reinaba posaba sus amorosos besos sobre su primaveral suelo.

Por algun tiempo las miradas de nuestros viajeros se pasearon errantes por todos los lados del horizonte, admirándose de la grandiosidad de la perspectiva,

pero muy pronto fueron perdiendo de vista estas islas y solo el silencio de la noche, interrumpido por el ligero murmullo de las olas cuyo espumoso manto blanco, bañado por la luna, brillaba sobre el fondo verdoso oscuro que en vano trataba de cubrir majestuosamente.

A las nueve dieron vista á los *Tres Hermanos* colocadas en hilera cerca de la isla *Anunciacion*, cuyo fertilísimo suelo atravesaron con una rapidez increíble.

Al Sud, un vasto continente, la isla *Madagascar*, se estendia como una inmensa colcha erizada de picos altísimos, de bosques seculares.

Finalmente, en la direccion que llevaban se distinguia toda la costa africana del reino de *Zangüebar*.

A las once de la madrugada cruzaron las islas *Almirantes*, dejando al Noroeste las islas *Seychelles*, y marchando con extraordinaria rapidez hácia *Zanzibar* á la cual se aproximaron al amanecer del día siguiente.

—¿Descendemos al mar? preguntó Sessy asustada.

—No, Sessy descendemos á tierra.

—¿No hay nada que arrojar? preguntó el doctor con tristeza.

—Nada; respondió Ketrli sin comprender la causa que Harry tenia para volver á elevarse nuevamente hasta las nubes.

Harry lanzó un terrible puñetazo sobre el borde de la barquilla.

—Cómo! ¿no deseas descender? preguntó Ketrli con extrañeza.

—Sí, pero tengo mis temores que donde vamos á parar....

—¿Y qué tierra es esa? objeto Sessy.

—Ese es el reino de *Zangüebar*.

—Segun eso esta isla que se estiende bajo nuestros pies.... observó Ketrli.

—Es la isla *Zanzibar*, cuyo Divan es aliado de la Francia y de Inglaterra, siendo una de las mas ricas

colonias que poseemos; su puerto se halla siempre frecuentado por buques de estas dos naciones; como lo veis, se halla separada de la costa de Zangüebar por un canal estrecho que cuenta muy cerca de doce leguas y media y es residencia de uno de nuestros consulados.

—¿Si tuviéramos la suerte de caer en ese suelo? añadió Ketrli.

—No lo espero, pues nuestro *Regina* es empujado con una velocidad incalculable.

—Mirad; parece que nos han visto desde aquella hermosa fragata. En efecto, una ligera humareda y una llama instantánea brilló á la escasa luz de la mañana, izando en sus palos el pabellon nacional.

—Es de los nuestros, dijo Ketrli, y sacando su pañuelo saludó con un viva y entusiasta ¡Hurra! que repitieron los ecos.

Pero en aquel mismo momento otra voz, la del doctor en que se descubria el mas espantoso terror, gritaba:

—¡El *simoum*! ¡El *simoum*!

Con efecto, al Oeste y al Noroeste, á diferentes distancias, se descubria este espectáculo de los más magníficos que puede presentarse á la vista. De aquel suelo desierto se levantaban muchísimas y enormes columnas de arena enrojecida; hasta tal altura que era de todo punto imposible divisarlas, pues se perdian entre los vapores de las nubes. Dos ó tres de estas pirámides improvisadas se quebraron cerca de su cúspide.

Este espantoso espectáculo llegaba con la velocidad de una exhalacion sobre el *Regina*, amenazando aplastarlo contra las acantiladas rocas de la costa.

De repente se dejó oir un estampido atronador parecido al que produce la explosion de un cañon. Eran aquellas inmensas columnas que se rompian por su mitad al empuje violento del huracan.

Un grito se escapó de los labios de la joven viajera.

Una nube, tan encendida como la púrpura del arco iris, de veinte brazas de ancho y á unos catorce piés levantada del suelo, corria hácia el areostático con una rapidez imponderable.

El peligro era inmenso.

Se hallaban á unos noventa piés del suelo á media vara de distancia de una enorme roca, sobre la cual irremisiblemente iban á estrellarse.

—Tirarse todos al suelo, pronto, gritó una voz que ninguno sabia de donde salia.

No habia momentos posibles de vacilacion, pues el calor de aquella tromba les daba en la cara. Todos lanzaron en grito de terror al ver llegar aquel monstruo de los desiertos, arrojándose fuera de la barquilla.

El doctor iba á hacer otro tanto; pero un terrible choque contra las aristas de una enorme roca, le despidió violentamente á algunas varas de distancia.

El *Regina* desapareció envuelto entre las arenas candentes de aquella nube de fuego.

El meteoro habia pasado; pero el aire se mantenía todavía tan caliente, que, bien fuera la falta de respiracion, ó bien el violento golpe que dieron al caer, nuestros denodados exploradores del Cielo Austral habian perdido el sentido; y solo cuando volvieron en sí hallaron que se encontraban á bordo del *Leviathan*, hermoso vapor anglo-americano que al dia siguiente debia salir de la isla *Zanzibar* con direccion á *Plymouth*.

El primer cuidado de Harry S'lay fué conducir al teniente Fritz Grant al sitio donde el *Regina* habia sido destrozado.

—Vos podeis ser el mejor testigo, le dijo mostrándole los pedazos de aquel gigantesco aereostático de

que Harry S'lay y su familia llegaron muertos de hambre y de sed despues de una larga travesía sobre las regiones desconocidas de la luna, á los diez y ocho dias de haberse elevado en el patio de Waldrik.

El *Leviawnan* se hallaba en el puerto próximo á zarpar. Los viajeros se trasladaron á bordo, y el dia 20 de Abril salieron con direccion á Plymouth.

Dos dias despues de desembarcar entraban en Lóndres en medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo y de los apretones de manos de los miembros de la sociedad geográfica.

Sessy, y Ketrli se trasladaron al cabo de una semana á *Elmey-Worcerthershire*, donde *Verde verde*, sujeto á los hierros de los balcones de esta preciosa quinta, sigue siendo la admiracion de aquellos sencillos campesinos y aldeanos.

En cuanto á Harry hay quien asegura le faltó tiempo para declarar en sesion pública á la honorable sociedad geográfica de Lóndres los pormenores y resultados de su aereonáutica escursion.

Hé aquí la más audaz de las concepciones del pensamiento humano, fielmente representada en el viaje del doctor S'lay

A SELENIA EN 1868.

FIN

INDICE.

		Páginas.
CAPITULO I.	The Illustrated London news. --El discurso de Harry S'lay. --Cinco mil libras esterlinas.— Harry S'lay; Sessy.— Un amigo del doctor.— Convencido.— Ocho dias despues.	5
= II.	Descripcion de un globo extraordinario.— Aparato ingenioso.— Fisica recreativa. —Observaciones.— Aparato equilibrador.	17
= III.	Primeros preparativos de un viaje.— El profundo estudio de un sábio.— El 1.º de Abril. — El Regina.— Adios.	25
= IV.	Una conversacion en los aires. — Lo que empieza á marear á Ketarli.— El primer cuarto de vela.	31
= V.	Teoria de la luz.— ¡Ojo cierto!— La region de los vapores.— Sobre la tormenta.— Lo que abre el apetito al doctor S'lay.— ¡Una lágrima!	41

CAPITULO VI.	En los cuernos de la luna.—Ketrli cazador.—Un descubrimiento. — Conversacion astronómica	51
= VII.	La fiebre.—El sacrificio.—Una noche en la Selenia.—Se ha salvado.	65
= VIII.	Selenografia.—Terreno de transicion.—Reino vegetal.—Reino animal.	75
= IX.	Razas inteligentes.—Androselenios.—Vespertillos.—Fisiologia.—Guerras salvajes.—La sorpresa.—El peligro.	81
= X.	Cleomone.—El mar.—Castores; sus habitaciones.—Longreemsu.—Ceremonias nupciales.—El lecho nupcial.	93
= XI.	El pais de la caza.—El antilope azul.—Rapto de Ketrli.—Maldito pais.	105
= XII.	La region de hielo.—El vivac salvaje.—Los amores de Kaoghut.—Eldeshielo.—La venganza de Kaoghut.—Dios es justo.—La travesia á nado.—La tierra firme.	111
= XIII.	Conjeturas de Harry S'lay.—El pais de las serpientes.—La emigracion.—Nuevos descubrimientos del doctor.	121
= XIV.	La tierra firme — La vida del del desierto.—Ketrli domestica las fieras.—El hambre.—Un rayo de esperanza.—La fuga.	133
= XV.	Las últimas gotas de agua.—Recuerdos de un discurso.—El principio de un incendio á vista de pájaro.—El volcan ambulante.—Un disparo á tiempo.—Hurra por Ketrli.—El gimnasta aéreo.—Una mañana de violetas.	143

CAPITULO XVI.	La granja modelo.—Un reparo singular del teniente Draumound.—Conversacion científica de nuestros aereonautas.—Hevelius en 1847.—Selenópolis.	157
=	XVII. Invitacion de los selenopolitanos.—La plaza del Mercado.—El Bohowigwam.—El campo de Marte. Las fábricas.—El templo de la religion.—Vuelta precipitada al <i>Regina</i>	169
=	XVIII. La noche tranquila.—Filosofia de nuestros aereonautas.—Las caravanas de peregrinos.—Culto y religion de los selenios —El <i>Founingo</i> —Los temores del doctor Slay se realizan.—Ultimos momentos desesperados.	187
=	XIX. Tres almas en pena.—El hambre.—El cazador errante.—La caza desesperada.—El adios á la luna. Un muerto que no resucita.—Zangüear.—¡El <i>simoum</i> !—Golpe terrible.—Conclusion. . .	217

